

Ángel

LA RAÍZ GALLEGA DE FIDEL

Ampl. Castro

Ángel

LA RAÍZ GALLEGA DE FIDEL

KATIUSKA BLANCO CASTIÑEIRA



Edición: *Lilian Sabina Roque*
Diseño: *Ernesto Niebla Chalita*
Realización: *Ernesto Niebla Chalita y Enrique D. Medero*
Cambeiro
Asistencia
de investigación: *Alba Orta Pérez*

Digitalización
de documentos: *Celia Rodríguez Luis y Juan Rodríguez Lahera*
(Dirección de Informática del Consejo de Estado)

Corrección: *Belén Sardiñas Álvarez*

Fotos: *Fondo de la Oficina de Asuntos Históricos del*
Consejo de Estado, sitios web citados y fotos de
la autora

- © *Katuska Blanco, 2008*
- © *Sobre la presente edición:*
Casa Editora Abril, 2008

ISBN *978-959-210-528-7*

Casa Editora Abril
Prado 553 entre Dragones y Teniente Rey,
La Habana Vieja, Ciudad de La Habana, Cuba
e-mail: editora@editoraabril.co.cu
<http://www.editoraabril.cu>

A la raíz gallega en el alma de Cuba

A mi abuelo,

Manuel Castiñeira Fernández

Gratitudes

Este volumen es heredero del trabajo de investigación, escritura y edición realizado para el libro Todo el tiempo de los cedros y, por esa razón, el esfuerzo de quienes entonces participaron del sueño, está presente también en estas páginas.

Abrazo a la Casa Editora Abril y a la Oficina de Asuntos Históricos (OAH), al Equipo de Versiones Taquigráficas, la Dirección de Informática, el Grupo Creativo y la Secretaría del Consejo de Estado, y a las imprentas Alejo Carpentier y Federico Engels, que hicieron posible palpar este ejemplar en rostro, cuerpo y estampas de papel.

A la misión diplomática cubana en Madrid, a quienes facilitaron las búsquedas y las entrevistas realizadas durante la visita de la autora y de Asunción Pelletier –especialista de la OAH–, a España, realizada entre el 28 de mayo y el 11 de junio del año 2007. En especial, en Madrid, al embajador Alberto Velazco San José, María del Pilar Fernández y Rubén Abelenda; y en el Consulado de Santiago de Compostela, al cónsul Alejandro Fuentes y a los fraternales Miriam Arestuche, Luis García, Coral Prieto y a María Sánchez (anterior cónsul en esa ciudad).

Considero de gran valor las referencias ofrecidas por el investigador gallego Javier Cordero Aparicio, hasta quien

nos llevó otro gallego amigo de Cuba, Antón Alonso; el médico José Eladio Fernández Alfonso en Vigo; y el investigador Luis López Pombo, en Lugo.

Valoro afectuosa la hospitalidad de Carlos López Sierra, concejal de Láncara, y de todos los que allí ofrecieron su colaboración como Eladio Capón López, Victoria López Castro y Manuela Argiz, entre otros.

Agradezco especialmente a Tania Fraga Castro, nieta de don Ángel, quien en mayo de 2007 entregó a la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado una fotocopia del expediente del Cuerpo de Sanidad Militar, correspondiente a don Ángel Castro Argiz en el período en que cumplió el servicio militar como soldado en la isla de Cuba, lo cual permitió confirmar la concordancia de su itinerario con el registrado en el Historial del Regimiento Isabel II No 32. Legajo 4.

Reconozco al Archivo del Servicio Histórico Militar en Madrid del Instituto de Historia y Cultura Militar del Ministerio de Defensa en España, y específicamente a María de Jesús Franco Durán, técnica; y al funcionario Luis Mateo González, por el rigor, la prontitud y delicadeza con que orientaron las indagaciones.

Agradezco la disposición de los archiveros del Archivo Diocesano del Obispado de Lugo y de la iglesia parroquial de San Pedro de Láncara, y la de los especialistas del Archivo Histórico Provincial de Lugo.

Como siempre, doy gracias a los seres queridos, a mi esposo y mis hijos, quienes me alientan y apoyan en el estudio y cada cuartilla que escribo.

Finalmente, la autora corresponde con un abrazo fraternal al noble empeño de Alba Orta Pérez, quien callada y eficaz ayudó en las investigaciones, aportó sugerencias y revisó todo el material para entregarlo a la mirada acuciosa de la editora Lilian Sabina, al dominio técnico de Enrique D. Medero y a la imaginación diseñadora de Ernesto Niebla, quienes se entregaron al trabajo como enamorados del libro.

❧ *Frialdades* ❧

La tierra olía a musgo, a lluvia de invierno. Sobre los brezos enmarañados, las florcillas de jara y las hojas muertas al pie de los robles, pinos y castaños, el niño rodó de nalgas hasta el río. En el declive del terreno siempre era sombra. El bosque denso permanecía en solitario al atardecer. Se incorporó y quitó la camisa, el pantalón de lana y los amplios calzones de lienzo blanco. Luego lanzó cerca las alpargatas de cintas y entró en las aguas. Con unas pocas brazadas alcanzó la otra ribera, pues el Neira se estrechaba en aquel recodo al despeñarse por una hondonada repentina. Dejaba al silencio y al torrente caer sobre su cuerpo; aliviaban su cansancio. Perdía la noción del tiempo mientras miraba a lo alto, entre las ramas de árbol por donde la claridad se filtraba a hurtadillas y las nubes se trenzaban unas con otras, pasaban, volaban, se desvanecían.

Anhelaba esa paz fresquecita, muda y serena. ¡Ah! Si su madre doña Antonia le viera en este momento pondría el grito en el cielo:

—¿Cómo te bañas en la corriente cuando apenas se despide el invierno?, ¿no te das cuenta, Angelito, que puedes pescar un resfriado o una tuberculosis, hijo mío? Loado sea Dios y líbrenos de ese infortunio

—diría entre el enojo y la alarma, levantando los brazos, para rogar que no se cumpliera el vaticinio.

—No, ella aún no había notado su falta —se dijo.

El sabía que si demoraba hasta el oscurecer se inquietaría. Imaginó entonces a su madre junto al fuego, abanicando la leña y preparando el cocido con que se calentaban en la cena, trabajando con el viejo huso y la rueca casi destartalada para hilar lana y lino, tejidos utilizados después para coser las colchas rematadas con puntas bordadas. Otra faena la ocupaba durante horas: pasar las ropas por ceniza para blanquearlas. Lo hacía siempre en el tronco de castaño ahuecado. Las telas más apreciadas eran las de Padrón, y los encajes: los fabricados en las cercanías de la Costa de la Muerte, por A Coruña. Los viajeros de comercio los traían por los caminos de Santiago a los establecimientos improvisados en las aldeas, a las ventas, las romerías y las ferias en el mercado.

Antonia era fornida y buena, con una estampa imponente y una salud en apariencia a prueba de congojas, como la de verse obligada a ejercer como nodriza en Madrid tras el nacimiento de alguno de sus hijos. Los tiempos eran muy difíciles y ella apenas pudo soportar el sacrificio de irse lejos, donde las muchachas robustas eran vistas como alguien ideal por «pacer las hierbas del oeste de la Península», ello significaba que amamantarían provechosamente a un crío. La verdad: las trataban como bestias. Allí donde

eran naturales y sensibles se les consideraba rústicas o indiferentes.

Ella, sin embargo, no corrió tan mala fortuna. Quienes la contrataron fueron siempre generosos y agradecidos. Aun así, vestida con las galas de quien trabaja para familia rica, en un daguerrotipo de estudio, su rostro tenía una expresión adusta y lánguida, como de quien soporta a duras penas el sufrimiento de un oficio doloroso y además, mal visto. En la imagen apoyaba el antebrazo en un sólido y repujado atril de madera sobre el cual se desbordaba de rosas un vaso decorado a su vez con florestas, costumbre impuesta a los retratados por los artistas perdidos tras el fuelle de la caja oscura y la humareda de una súbita iluminación asustadiza.

Antonia vestía un traje de cuello alto, mangas largas y oscuro, adornado por encajes, lazos y vueltos. En una mano un pañuelo y en la otra una sombrilla. El pelo recogido en un moño alto y los rizos sobre la frente, denotaban cuidado en el arreglo, así como los pendientes largos aportaban un leve detalle de coquetería, pero con todo y esos primores y el donaire de la estampa, a ella se le veía triste y seria en el daguerrotipo.

Antonia sentía muy hondo y como propia la humillación vivida por las jóvenes reunidas en la Plaza de Santa Cruz, en la capital, para vocear la abundancia lechera de sus pechos hasta conseguir un buen postor. Las miradas de soslayo que las seguían apenas

contenían el desprecio y la burla, sin comprender cuán desesperada habría sido su necesidad, al punto de llevar a las aldeanas al centro del mercado más triste, lejos de sus hijos a poco de nacidos «¡angelitos de Dios!», de los sencillos días provincianos y envueltas en la vorágine ruidosa e inclemente.

A Antonia la apenaban los dichos de las aleluyas, aquellas hojas de papel donde aparecían viñetas cuadradas y en ocho filas, con grabados y textos para relatar historias cotidianas... Qué sofoco indignado el suyo al saber que una pregonaba: «Por oro todo se haría/ la propia sangre se da/ dígallo un ama de cría». Alguien le mostró la hoja, pero ella no podría decir quién, porque en ese instante se le nubló la vista entre el llanto y el coraje mientras el mensajero leía sin despegar la vista de aquel papelucho endiablado. Únicamente, la consolaba la certeza de que existían almas caritativas que reconocían en ellas la honradez, la humildad y el temor de Dios. La aliviaba además la frecuencia de esa condición en las familias gallegas. Después de esa experiencia, era natural que fuese muy amorosa con sus hijos, mucho más que quienes nunca habían vivido entre el desgarramiento y el menester. Se desvivía por los niños de su corazón, en un afán desmesurado de acunarlos junto a sí. Los arropaba, consentía, besaba y acariciaba con mucha ternura. Era severa consigo misma y lloraba y suspiraba sin consuelo a veces hasta dormida.

Tiempo después, cuando Antonia ya había pasado por el dolor de perder a su pequeña hija de dos años y medio: María Antonia Dominga, alguien aseveró que las penas le consumieron no solo el alma sino también las fuerzas físicas. María Antonia, su primera hijita, nació en el regocijo cálido y colorido de la primavera, a las seis de la tarde del 18 mayo de 1874, y se fue como una desoladora ventisca en diciembre de 1876. Fue la primera adversidad sufrida por la joven pareja desposada por el infrascrito don Ramón López Neira, cura propio de la única iglesia parroquial de San Pedro de Lánacara, donde tuvo lugar la ceremonia de casamiento tras el debido examen y aprobación de la Doctrina Cristiana, según ordenamiento de la Santa Madre Iglesia en el Santo Concilio de Trento y, a su vez, el consentimiento y consejo requeridos por la Ley vigente.

El matrimonio tuvo lugar en el verano de 1873, a los dieciséis días del mes de agosto; Manuel de Castro Núñez contaba 24 años y la muchacha elegida, 18. Aquella mañana, la iglesia hacía resonar las campanas de sus torrecillas, rompiendo el silencio de la casa rectoral contigua y la paz de los sepulcros cercanos. El cura, con los lentes rodándosele hasta la punta de la nariz y secándose con un pañuelo de seda el sudor de los calores en la sacristía, cumplió todos los sacramentos de rigor y dio su bendición, y por su intermedio la de Dios, a la unión de Manuel y Antonia. Ella

llevaba en el pelo una guirnalda de flores silvestres recogidas a la orilla del Neira y su piel, rozagante y pálida, parecía la de una señorita crecida a la sombra de los recogimientos y de los altos y húmedos portales: valladar a interiores de Santiago de Compostela, laberíntica y seductora ciudad donde proliferaban las beaterías desde tiempos inmemoriales, la pasión al Apóstol, el musgo de las sombras frías y las discusiones políticas.

—Envejeció pronto —acreditaban las vecinas al comentar de Antonia.

Angelito no percibía esa languidez de espíritu, y menos su cansancio si pasaba las jornadas de un trajín a otro. Advertía su desvelo por ellos y el ansia de Antonia por buscar amparo entre los brazos de su esposo Manuel al sentir abatimiento. Sí, la había visto refugiarse en su papá; poner la cabeza en su pecho largo rato y en silencio, o conversar con él sobre los asuntos casi siempre azarosos de la agricultura: cuestiones de temporadas, lunas, semillas y lluvias. Angelito no alcanzaba a entender sus diálogos. Sus padres habían crecido entre gente de campo sabia en fecundar la tierra. En esa labor cifraban todas sus esperanzas de prosperidad. Con las cosechas podrían llevar la casa, alimentar los hijos y pagar las rentas. Ella dedicaba tiempo a los olivos, vides y manzanos. Antes de disiparse las sombras de la noche ya estaba podándoles las desmesuras, y removiéndoles la raíz.

Ponía los ojos en los sembrados de legumbres y patatas con el deseo de que fueran productivos como para disfrutar de estos en las comidas. Era sin duda una ancestral costumbre familiar la de procurarse, con las propias manos, algo de lo que se ponía a la mesa cotidianamente. Lo más atendible sin rezongamientos de parte de nadie era darle de comer a los animales, cualquiera de sus hijos cumplía esa tarea con esmero, hasta la más pequeñita de todos, a quien reconocían como bola de humo porque era escurridiza e incansable y se divertía rociándole granos de maíz a las gallinas y a las palomas.

Angelito no podía recordar la muerte de su hermana María Antonia Dominga en 1876; él apenas contaba un año de edad entonces. Había nacido en la noche del 4 al 5 de diciembre de 1875, un día húmedo y frío. Sí evocaba la llegada de su hermano Gonzalo Pedro. Para esa fecha él estaba a punto de cumplir los seis años. Aquel 21 de octubre de 1881, fue una jornada tremenda, vivida en sobresalto hasta las nueve de la noche, cuando se escuchó el llanto del niño en la habitación contigua a la principal, donde junto a la lareira, el padre apuró una copa de vino y dio gracias al Señor porque todo hubiera concluido felizmente. Celebró en compañía del sacristán de la parroquia, un político del pueblo y el padrino. Angelito pensaba en ello y sentía mucha alegría pero también un salto en la boca del estómago.

Recordó el golpeteo constante de los granizos en el techo de la casa esa misma madrugada. Al alba, el día apenas se vislumbró en un cielo marchito, un velo gris alejó la suerte de una mañanita con sol.

—¡Diablos! ¡Cómo demoran los otros! —maldijo.

Rogaba porque los primos Ramón y Manuel Argiz llegaran a tiempo para echar una competencia hasta el fondo fangoso del cauce, chapotear, zambullirse una y otra vez, comprobar quién podía resistir más sin tomar aire en el aire, quién conseguía pescar una trucha, cazar pájaros o atrapar animalejos entre la hojarasca del bosque, colgarse de las raíces y ramas de los frondosos nogales... y todo, antes del oscurecer, porque no olvidaban las advertencias de los más viejos, pronunciadas en torno a las lareiras en las frías noches: en la penumbra podían bajar a la aguada los lobos y atacar a sus víctimas, o al menos embrujarlas con sus ojos como brazas ardientes, durante unos ocho días, al cabo de los cuales volverían en sí de un largo adormecimiento similar, según contaban, al provocado por las serpientes en las selvas de la India.

Un vientecillo gris rizó las aguas, removió el follaje, agitó los brezos y le recorrió todo el espinazo.

—Si se tardan demasiado tendré que irme —lamentó—. ¿Será posible? ¿Demorará tanto arrear las vacas o segar el heno? ¡Maldita vida la de nosotros! —rezongó.

Los primos Argiz no vivían lejos de su casa. Para ir a verlos, él atravesaba por el horro y el pequeño huerto al fondo de la casa y enfilaba por la vereda al borde de la casona de los López, compadres de don Manuel, su padre. A unos 800 metros de andar cuesta arriba, a la derecha, se levantaban las casas da Piqueyra, de recios muros y frontón con la inscripción del nombre Pedro Argiz, el abuelo, y una cruz, como de iglesia, tallada en la piedra, bajo el alero de la entrada, perdido a veces tras una inmensa pila de leña acopiada en previsión de los crudos días de frío. La casa de los abuelos maternos tenía porte señorial, aunque no alcanzaba a disponer de dos plantas como tantas otras existentes en el valle de Láncara. Su madre había nacido allí, en el que ya parecía remoto año de 1855. En La Piqueyra vivían el tío Félix José y su señora Josefa Huerta, y los primos. Los tíos Manuel Antonio y Antonio no permanecían o se habían marchado como los abuelos Pedro Argiz y Dominga Fernández, al insondable territorio de la muerte. Cuando él nació los abuelos aún vivían, pero poco después desaparecieron y él no podía recordarlos. También murió en su casa la abuela paterna, doña Juana Núñez, a quien cerraron los ojos un día de 1877. Su madre Antonia había en poco tiempo llorado muchos declives, oca-sos, acabamientos de vida y siguió vistiendo de negro por el luto, sin posibilidad de cambiar su atuendo por el color morado del alivio.

Angelito sí reconocía enseguida y de cuerpo entero a su padrino Ángel Cabana Sierra y a su madrina Benita Fernández, ambos visitaban la casa con frecuencia y brindaban ayuda en días de enfermedad o de júbilo, como cuando el coheterío estremecía la pequeña plaza de la parroquia durante las fiestas del Carmen, en segundos domingos de septiembre. A la virgencita del Carmen le rezaba su madre todas las noches en el dormitorio, y a San Roque, el santo patrón de las inmediaciones. Ella rogaba en voz baja y Angelito la escuchaba como un arrullo; cerraba los ojos hasta dormirse con la tranquilidad de que la tenía cerca, muy cerca, por muy cerrada o glacial que fuera la noche o enigmáticas resultaran las ausencias repentinas sufridas por su madre y su padre.

—Si oscurecía también podían aparecer los espíritus del bosque —pensó.

En la aldea creían en esos seres, algunos eran buenos y protectores, alados y hermosos; y otros, pícaros, falsos, malignos y repulsivos. Merodeaban la noche con fulgores verdes, búhos de un solo ojo, lobos de dos cabezas, almas en pena aparecidas en las aguas y los caminos.

Sebastián contaba siempre las mismas historias. Ya no tenía dientes y palidecía por momentos, solo el brillo intenso de sus ojos muy azules desmentía su debilidad y senectud, sus desvaríos... Con una copa de vino en la cabeza y una cola de zorra en el panta-

lón insinuaba unos pasos de baile en las fiestas o se tumbaba en un banco a repetir, en tono de confianza, las murmuraciones de las comadres, las visiones en el cristal de las ventanas durante las tempestades o los resplandores frente a la iglesia donde reposaban todos los difuntos de las cercanías. Contaba siempre cómo una vez logró escapar de los lobos por una llamita que consiguió encender y arrojar a la mirada de las bestias, ya bien cerca. Todos, incluyéndolo a él, lo escuchaban ensimismados: las lavanderas en la fuente del pueblo, las viudas a la entrada de la iglesia, los hombres en el mercado, los viejos en los atardeceres, y los niños mientras la lumbre calentaba el sueño arrebujados en la calidez robusta del escano de la sala, el banco largo y sólido donde se juntaba la familia frente a los sahumeros de la leña ardiente.

De súbito sintió como si los olmos, las hayas y avellanos se estremecieran. Un soplo húmedo agitó los fresnos. Por primera vez reparó en su soledad profunda. Nunca se había sentido así, como desnudo.

—Los primos ya no vendrán. Tengo que volver a casa —se persuadió.

Recogió sus ropas y se vistió rápido. Comenzó a llover yapuró el paso. Sintió dolor; era la misma punzada de siempre. Casi lo paralizaba.

—¡Ave María!, ahora sí se complicaron las cosas... —se alarmó.

Antonia iba a reprenderlo por andar pescando frialdades y lo demás era un verdadero fastidio: tendría que reposar, dejar a un lado las caminatas por unos días y, sobre todo, las tardes en el río, y estarse quieto durante horas con paños tibios alrededor de la pierna para la inflamación de los huesos. Todavía no podía ni imaginar cuánto le haría sufrir ese mal.

—Sí, algunos decían que los huesos se deshacían en polvo y otros aseveraban que como estos también terminaba por hincharse el mismísimo corazón, pero él no iba a hacer caso a esos pronósticos. Eran habladoras, cosa de viejos demasiado temerosos a la muerte. Él no podía comprenderlos, la muerte estaba tan lejos..., él no la conocía.

❧ *Abrigo* ❧

Recorrió con la mirada la madera de los robles y castaños, la armadura del techo de la casa. Las vigas eran como una calle ancha de Lugo donde desembocaban modositas otras callejas deslizadas por tramos y arcos umbrosos al interior de las murallas romanas. Las arañas se descolgaban en las esquinas, a salvo del deshollinador que Antonia paseaba por los techos asiduamente. Los palos entretejidos en lo alto terminaban en los maderos recios, estos sostenían el cielo de su vida y las tejas de pizarra azul que protegían de las nevadas lluviosas o del implacable sol de mitad del día en veranos ardorosos. Todavía la resina escurría de los árboles acostados en días de humedad y él sentía el agua en las piedras de la casa. Sentía su frescor y fluir... El agua fluía y fluía como la del Neira y los días vividos hasta entonces, como la música lejana y sombría de una gaita en invierno.

Los López y los Osorio, más viejos por los lados de Láncara hablaban del manantial en lo hondo de la edificación, una de las más modestas de la aldea, como una parte o dependencia de una propiedad mayor, ubicada en un ángulo esquinado del pueblito, en el lindero más allá del cual los terrenos se extendían lisos hasta comenzar a empinarse tenues hacia las colinas.

Rodeada por el fondo de una cerca de piedras, la pequeña construcción se cuidaba de los inviernos y las rachas de aire con gruesos muros y ventanas de cristal como postigos. Las aguas subterráneas brotaban a sus plantas, y la familia bebía el líquido a la puerta o por un costado del hogar. Su madre, desde viejos tiempos, llenaba los baldes de barro allí mismo. Pero esas no eran las aguas que humedecían las piedras, las lajas reposadas unas sobre otras tanto tiempo. Para él, las aguas del río Neira secreteaban su rumor dentro de las piedras de los muros o quizá dentro de sí. Sentía las aguas mientras estaba despierto o dormido, como si las piedras de la casa llovieran o como si las gotas calaran sus huesos de una buena vez, sus huesos desnudos; dolían todos y la pierna abrigada entre alcanfores y paños calientes, único remedio para aliviarse. El malestar iba de la cadera al tobillo y a veces se tornaba irresistible. Él pasaba horas bajo las mantas con la esperanza de calentarse y mejorar, así quizá podría borrar la sensación de que una parte de su cuerpo pesaba y estaba prematuramente viejo, demasiado viejo, como Sebastián, quien encorvado y exhausto vagaba por los caminos de la aldea y ya casi no respondía a los saludos de los compadres y las comadres, porque había perdido la memoria y el oído, y andaba envuelto en un mundo que los otros no percibían y él musitaba bajo e ininteligible como si respondiera a otras voces...

Alguna lamparita de aceite permanecía encendida en la casa porque aún no clareaba. Angelito decidió arrebujarse en el banco, macizo y confortable, cerca de donde humeaban las cenizas del fuego prendido en la noche. Se incorporó del lecho, vadeó con éxito el arcón para la ropa, el pequeño aguamanil, un armario y los veladores, sin enredarse con la cortina divisoria de la estancia para aislar el lecho matrimonial del de los hijos. Su silueta se dibujó efímera en el espejo. Adelantó unos pasos a hurtadillas para no hacer ruido y despertar a sus padres y hermanos, y sobre todo a los animales: de estos sentía el resuello de su respiración bajo el entablado del piso del dormitorio, donde se les resguardaba, mientras las palomas y los murciélagos se refugiaban en lo alto, en la cornisa. A pesar de su sigiloso andar, Angelito ocasionó un resoplido, un acomodo ruidoso del rebaño de ovejas y vacas, un leve trote de caballo, un sordo cacareo de aves. Fue un alboroto pasajero. Todo volvió rápido al plácido y callado reposo.

Sentado en el escano, creía que el tiempo no transcurría. Percibía y observaba minucioso a su alrededor. El péndulo del reloj de pared continuaba moviéndose acompasadamente. Todos dormían y la casa conservaba el silencio como una gruta olvidada. Entre el dolor y el insomnio, ya no soportaba quedarse en cama mucho más, pero a su vez no se despabilaba del todo en medio de la penumbra. Iba y venía su

lucidez, como si soñara despierto o viera visiones... En la sala los hilillos de humo ascendían de vez en vez a intervalos breves y espumosos. En ocasiones, él quería atraparlos. Le fascinaban y transportaban por vericuetos de lo escuchado una y mil veces a las viejas historias de guerreros celtas, suevos, romanos, musulmanes y caballeros cruzados, confundidas en el pasado reciente y remoto: esos espíritus habitaban la niebla espesa de las amanecidas por aquellos confines o la vida de los ilustres hidalgos de la comarca, herederos de esa condición por uno y muchos caminos, todos considerados de buena fortuna.

Una vez había oído a un notario enunciar cada uno de los laberintos del destino por los cuales podría considerarse a alguien como hidalgo de condición. Él estaba sentado junto a su padre bajo la higuera cercana a la iglesia mientras algunos hombres del pueblo reposaban de la caminata al regreso del mercado. Reunidos a la sombra escuchaban al menudillo escribano, un ser endeble, cuyo rostro, perfilado por unos anteojos sobre una nariz prominente, sabía bien de su ascendencia entre los presentes por la exuberancia de sus discernimientos y juicios, perspicacia y conocimiento al dedillo de las directrices, capítulos, apartados y normativas de todas las leyes escritas o por escribirse regidoras de los arbitrios y potestades en las inmediaciones, y porque además andaba de visita por esos lares donde el

venido de afuera era atracción ceremoniosa y bien visto como sabedor de todas las verdades letradas. El chupatintas dejaba a los inexpertos y neófitos habitantes de la aldea con la boca abierta, mientras discurría concienzuda y detalladamente sin que Angelito, por su corta edad, pudiera seguirle el trazo o los significados a aquel tedioso discurso, pronunciado con entonación enfática y modulaciones de voz. El escribano se arreglaba los lentes, alzaba la barbilla en pose de erudito y contaba:

«Existen los hidalgos de sangre por pertenecer a una familia distinguida, de clase noble; los de brageta –agregaba no sin desplegar una cierta sonrisa maliciosa–, por haber tenido siete hijos varones sin interrupción de hembra alguna; de cuatro costados, por los abuelos paternos y maternos; de devengar quinientos sueldos, quienes por los antiguos fueros de Castilla tenían derecho a cobrar quinientos sueldos en satisfacción de injurias; de ejecutoria, el que hubiere litigado su hidalguía y probado ser hidalgo de sangre y por diferencia a quien la conseguía por privilegio del rey; de gotera, alguien en algún pueblo gozaba de los privilegios de hidalguía, pero de mudarse a otra parte perdía tal merced; de privilegio, por compra o merced real; de solar conocido, quien tenía solar o casa solariega o descendía de quienes hubieren poseído ese bien; por prestar servicio al rey, cualquiera al servicio del monarca

con armas o con su propia persona, algo enunciado en las leyes de Juan II: “que los caballeros ciudadanos de todas las ciudades y villas y lugares de los reinos de S.M. gozaban de nobleza”; y por graduación militar, los soldados que en los reales ejércitos llegaran a la graduación de coroneles, mariscales, sargentos mayores, maestros de campo y capitanes generales...» –concluyó casi sin respiro su melopea exhaustiva, grandilocuente e innecesaria, pues de todo ello, poco pudieron discernir los reunidos a la sombra del árbol, a no ser, constatar lo enrevesado del asunto de ilustres conveniencias y mucho respeto.

Los paisanos de la comarca y también él convivían desde la niñez con signos, huellas o detalles del pasado, algunos explícitos y comprensibles a simple vista; otros, indescifrables o enigmáticos, abundaban en los portones de los templos, los cimientos de los puentes sobre los afluentes del Neira, en las paredes de las capillas, en frescos e imágenes borrosas pero apreciables aún en los escudos, los sellos militares, las ruinas de castillos y las llaves de hierro; las polvorientas veredas al camino real de Santiago, los baúles, armarios y mosaicos; en el deshilado de las sábanas, los bordados de los manteles y la suavidad del tejido empleado para las servilletas; en las iluminaciones, las inscripciones de los muros, las tumbas y los libros parroquiales, las directrices de los petrucios para llevar indumentarias, los mecheros y candela-

bros, y en las tradiciones del día a día, los hábitos de trabajo y hasta bajo la tierra, desde donde de improviso afloraban vestigios de unos antepasados que vivían en círculos, soñaban en círculos, amaban en círculos y hasta morían en círculos, siempre en círculos, como enunciando espirales o infinitos concéntricos. Mágico, mágico mundo en las tierras por largo tiempo la mano de Dios sobre el paisaje, en el séptimo día de la creación, con sus rías y sus lenguas de tierra adentrándose en el mar y todo apreciado por los habitantes como cosa natural y cotidiana sin cavilar mucho en sus significados o en las razones de su abundancia allí, como parte de sus vidas.

Angelito había visto muchas veces los círculos de piedra en algún promontorio del valle, donde se perdía junto a sus primos dando vueltas y vueltas pero hacia adentro, con los brazos extendidos a ambos lados como aves en vuelo con destino a un punto.

¡Ah, el pasado! otros pormenores eran más palpables y deliciosos y olientes como el pan y el vino, las filloas y los cocidos, las avellanas y castañas, los jamones, el tocino, las morcillas y chorizos, y el aroma de la leña al fuego vivo invadiendo hasta el último resquicio de las moradas y el alma, o la certeza de que las piedras de las tapias habían sido colocadas allí cientos, quizá hasta miles de años atrás... Los sueños no, los sueños tenían en toda Galicia y en la aldea de Láncara el sonido del mar inmenso nunca visto por

la mayoría de sus pobladores y la forma de un barco surcando las aguas tormentosas del Norte, hacia donde se ponía el sol en las tardes y desde donde se avisaba a poco de navegar la Torre de Hércules, el Faro romano protector de los marinos, no más salir del puerto en A Coruña... Los sueños viajaban lejos a las tierras nuevas de América. Al hablar, a los indianos se les subía a la cabeza y a los ojos la euforia de su corazón. Musitaban o exclamaban febriles: ¡América! ¡América!, para referirse a intensidades y abundancias, mujeres hermosas y riquezas sin límite: ¡América!: un paraíso al alcance de unas pocas semanas por mar desde que la máquina de vapor irrumpiera en el itinerario de las navegaciones y las acortara en el tiempo. Y en América: Cuba, a pesar de la guerra, pues la guerra se había acabado cuando él tenía tres años y la isla seguía siendo «la fidelísima» tierra de promisión con olor a fruta fresca, a rocío mañanero, a sahumero de tabaco envuelto en pencas de guano y el sabor a mieles y alcoholes de los azúcares prodigiosos... Todo eran sueños, sueños, sueños interminables alcanzados por quienes se iban lejos del terruño, del hogar y no permanecían en el tedio y la decadencia, la ruina abarcándolo todo: se morían los nobles hijos de los señores feudales más encumbrados, la hiedra iba cubriendo los muros de los castillos, se desplomaba el esplendor de las habitaciones y vidas, volvíanse polvo títulos y nombramientos, se perdían los pazos y

hasta los empeños de progreso pues las nacientes industrias eran superadas por las de otras provincias y reinos más capaces de sacudirse el pasado, la rudeza y el pudor...

Pero Angelito no conjeturaba nada de esto, desde su sitio, junto al hornuelo donde su madre cocía el pan todos los días, en la esquinita, solo vislumbraba la cruz para evitar que «tragos y otros seres entre villanos y pícaros» malograran la hornada en un exceso fugaz. En ese instante, imaginó sobre la mesa las crujientes y doradas rebanadas de pan caliente embadurnadas de aceite de oliva o acompañadas de un trozo del tocino preparado por sus padres en días de matanza. Paladeó los olores de su imaginación y sintió hambre. Anheló el amanecer cuanto antes.

Con la clareada, Antonia se puso en pie y comenzó a trajinar por la cocina. Petra María Juana invadió poco después, como un torbellino, los espacios del aposento. Con sus cinco años, le haló el cabello a Angelito, se coló bajo la frazada que le cubría las piernas, saltó alegre en su regazo, señaló los pajarillos en el cristal de la ventana, entreabrió la puerta de la entrada, parloteó sin descanso y asomó el rostro afuera a la frialdad para mirar si alguien pasaba por el sendero, porque pronto se vería a las beatas cubiertas por sus mantillas y en corro andar camino de la iglesia; los hombres llevarían sombrero de fieltro y expresión solemne, y los niños, muy compuestos, se

preguntarían cómo brotaba una música tan bella del órgano, unos acordes que trasponían invariablemente el recinto de la casa de Dios y se esparcían por la campiña como rocío de mañana. Petra rió bulliciosa hasta que su madre le pidió un poco de moderación.

—Mira hijita, me hace falta sosiego –le dijo.

Antonia contaba ocho meses de embarazo según las lunas transcurridas y pronto alumbraría a otro ser, justo a la llegada de la primavera.

—Habla bajo niña, habla bajo. Respeta el descanso de los otros. Aprende, aprende eso en tu vida –amonestó otra vez con dulce y paciente voz a Petra María.

Terminaba abril de 1884. El padre descansaba un poco más porque era día domingo de irse a misa con el resonar de las campanadas de la iglesia, a unos pocos pasos con sus contrafuertes medievales y el camposanto en los flancos como cubriéndola o abrazándola.

Con un chal por encima de los hombros y del refajo de dormir, Antonia, le preguntó a Angelito por qué no había permanecido hasta la alborada en el dormitorio, donde había más calor y abrigo, pero él no dio razones, porque si confesaba el dolor entonces sería más tiempo el que habría de permanecer inmóvil. La seguía con la mirada a todas partes sin perder un segundo.

Desde su atalaya, a un lado de la habitación, seguía todos sus movimientos; ella se desplazaba con la

fuerza de la costumbre. Cuando él estaba horas fuera de la casa la extrañaba y entonces corría para verla. A él le gustaba acompañarla en las solitarias amanecidas silenciosas.

De pronto, a su espalda, desde el pollero empotrado en la pared del fondo de la estancia principal, las gallinas armaron un revuelo de mil demonios cuando Antonia recogió los huevos; batieron alas y picotearon las manos de la mujer. A poco, su madre serviría huevos fritos, tocino, tostadas y chocolate caliente.

Sin dejar de seguirla con los ojos, Angelito apreciaba cómo ella iba de uno a otro quehacer propio del despuntar el alba sin asomo de fatiga por el abultado vientre. Poco después, le ponía entre las manos un tazón humeante de chocolate. Lo sorbía observándola. Los ojos del niño repasaban todos los rincones de la cocina donde ella reinaba como en ningún otro sitio de la casa. La mesa donde se agolpaban los potes, ollas y baldes, el escurridor donde colocaban los platos y fuentes después de fregarlos en el vertedero, los estantes con vasos; los ganchos de hierro de los que pendían sartenes, potas y cazos; los armarios para guardar botellas y copas, la alacena donde conservaban los granos, y en una caja de madera, la sal; en un entrante en la pared, la leñera, y en otro espacio, la masera útil para amasar el pan o picar las berzas o cortar las carnes; y al fondo, como el gallero donde se resguardan de los ratones, las viandas; las *touciñeiras* o *claveiras*,

de donde pendían los ganchos de hierro en forma de áncora, con los tocinos, morcillas, chorizos, jamones y cachuchas... Pero lo más colorido de la cocina eran los racimos de mazorcas de maíz tierno colgados del techo, puestos a secar al aire fresco, refulgían con los destellos de la lumbre, sobre todo cada día al oscurecer.

Su madre se inclinó para lavar y cortar las patatas y los trozos de puerco y los puso con los garbanzos en una misma olla colocada al fuego. Así adelantaría al menos lo más difícil. Hacer sopa o estofado de cabrito, o cualquier otra cosa llevaba mucho menos tiempo. Al momento, acomodó una mesita de cuatro pies y un diminuto tallo redondo para que Petra María se sentara a desayunar. Luego puso agua a calentar en un pote de hierro. Por donde en otro tiempo iluminaban las antorchas, encima del fuego, las piedras habían perdido su color de monte y estaban renegridas, tiznadas.

Antonia llevaba todavía el pelo suelto y el ropón de dormir. Debía apresurarse si quería componerse, asearse, cepillarse el cabello y recogerlo en un moño en la nuca y sobre todo, cambiarse el atuendo que, a pesar de ser sobrio, recatado y holgado para llevar con comodidad las prominencias del embarazo, por el color oscuro afirmaba en ella la lozanía y belleza de su juventud. Pero antes de dedicarse un tiempo a sí misma, Antonia envolvió queso en un paño húmedo y envasó en pomos de cristal la

confitura de higos que había dejado refrescar en la cazuela desde la noche anterior. Era temprano y aprovechó para adelantar algunas labores antes de irse en procesión dominguera al templo. Bajó la mesa de alzar adosada a la pared y le pidió a Angelito que recogiera los pies; a un costado del banco estaba el cajón donde guardaba los manteles y las servilletas. Luego de extender el tejido sobre la mesa y disponerlo todo con prontitud, Angelito vio cómo ella, tras secarse las manos en el mandilón, ascendía sin dificultad los peldaños al entablado del dormitorio para despertar con un beso a su padre y a Gonzalo. Él ya no sentía frío. Vio a su madre moverse displicente y de buen ánimo y eso lo contentó mucho. Decidió levantarse y probar suerte, a ver si la pierna no le daba ya más molestias.

☞ Domingo ☞

La iglesia, era toda un cuchicheo ardoroso y sutil, rumoreo que ponía las manos sobre los labios de muchas de las comadres para que nadie adivinara el decir, ocasionaba leves toques de codo en el de al lado; apenas una vista fija seguía los movimientos de otra persona o se desplegaban presurosas y aromáticas las tablillas de sándalo de coloridos abanicos. El murmullo crecía si el párroco demoraba el inicio del oficio.

Manuel permanecía atento y en silencio. Daba la impresión de estar en los celajes, como decía el abuelo don Juan Pedro de Castro Méndez a quien los hijos de Antonia y Manuel visitaban con frecuencia en San Pedro de Armea de Arriba, de donde había llegado a Láncara el padre de familia.

La casa del abuelo disponía de dos plantas, amplias habitaciones, largos corredores y varios cobertizos en el patio, y aunque los niños revoloteaban por todas partes durante las visitas al abuelo, Ángel, Petra María y Gonzalo preferían asomarse a los balcones del segundo piso desde donde alcanzaban con la vista las tierras del valle en hondonada a sus pies y lanzaban al aire hojas secas para ver cómo el viento, según soplara fuerte o no, cada día, las alzaba o precipitaba al suelo.

Apostaban por una u otra hoja de encina, y ganaba quien más veces acertara en adivinarle la suerte. El juego era más divertido en días de cuaresma. La casa había sido construida a comienzos del siglo con la bonanza del desarrollo industrial fruto de los efímeros esplendores de la agricultura, la industria del lino, las teneras y las ferrerías en Galicia, bonanzas desvanecidas apenas cincuenta años después con la irrupción de los tejidos catalanes o el algodón de Inglaterra, Francia y Bélgica; el arribo de pieles desde las colonias o el cierre de hornos por la dependencia del mineral vasco y los insumos ingleses.

Con un lacónico «¿qué hay?», don Manuel saludó a sus compadres en el portalón de la entrada. A Angelito no le extrañó su parquedad, sino lo poco efusivo del cumplido. Manuel era serio y de mucho respeto, pero también cordial y propenso a la charla, sobre todo si se trataban los vaivenes políticos de la localidad y las incidencias de estos en las economías de la región y de la casa. ¿Algo estaría sucediendo? Angelito había escuchado hasta tarde la conversación de los mayores junto a la lareira.

Los augurios enunciados el día anterior por el padrino no eran alentadores. Las nacientes industrias gallegas iban camino al naufragio total porque imperaba bien arraigado en lo profundo lo artesanal a despecho de lo fabril. Quizá esa era la causa de la expresión preocupada de su padre. Manuel era de com-

plexión vigorosa y ánimo taciturno. Tenía instrucción elemental que le permitía leer, firmar y comprender los sucesos a su alrededor con la luz natural de los inteligentes.

—¿En qué estás pensando papá? —preguntó el niño.

—En mañana, Angelito, en mañana —reiteró Manuel sin pronunciar una palabra más.

En los macizos y alineados bancos del templo se agolpaban las gentes de Láncara, Os Baos, Veiga de Outeiro, Pedreira, Piqueyra y San Pedro; un domingo de augurios primaverales a la espera de la misa del párroco, don Ramón López Neira. Estaba dispuesto el altar pulcramente: engalanada de encajes la mesa, brillantes los candelabros y los vasos, como recién pulido el púlpito, y reluciente el retablo de cien años atrás. La mañana cálida lucía un cielo despejado y una brisa suave.

El cura inició sus palabras en un tono gentil que fue volviéndose, poco a poco, admonitorio y grave, mientras su discurso se adentraba en asuntos ásperos: recriminó el sacrilegio de quienes se mostraban incrédulos ante Dios o profanaban la sagrada tradición poniendo en duda la autoridad de la Iglesia para ofrecerla en bandeja de plata a las asambleas políticas, fustigó el libertinaje que iba calando no solo los asuntos públicos sino también las buenas costumbres hogareñas, y por último, sermoneó a las mujeres, quienes se debían al marido y a los hijos, a los quehaceres

domésticos y al temor de Dios y debían seguir siendo compasivas y obedientes, recatadas y devotas.

Al solecito frágil de la mañana lo desplazaron unos nubarrones que presagiaban vendaval y se posaron antes de mediodía en lo alto como aves de mal agüero. La iglesia, antes bañada de una claridad refulgente, se tornó umbrosa. Un viento fuerte cerró el portón y apagó las luces de candil. Prevalció una fugaz oscuridad. El propio ventarrón abrió de nuevo las puertas de par en par. Olía a lluvia y a tierra mojada, a goterones precipitándose del follaje a los charcos del sendero, a maíz podrido, estiércol y flores marchitas. ¿Serían las ya muertas al pie de los sepulcros? ¿Serían las almas en reposo afuera, en el camposanto en los alrededores del templo y de la casa rectoral contigua? Angelito se atemorizó.

Con la voz del párroco creció el cuchicheo entre las comadres en el recinto. Se llevaban y traían chismes sobre algunas adolescentes de la comarca demasiado desenvueltas y atrevidas para con los mozos a su edad, o empecinadas en tener luces en el pensamiento y arbitrio en sus vidas, como una tal señorita de A Coruña, Emilia Pardo Bazán, ella escribía y era ya afamada en el mundo de los liceos, los diarios y las imprentas por su *Ensayo crítico sobre las obras del padre Feijoo*, con que alcanzó un premio, y por una colección de poemas, inspirados en el nacimiento en 1876 de su hijo Jaime. Se hablaba en términos sor-

prendentes de Emilia: cuando niña había desdeñado las usuales clases de música y piano propias de las señoritas de bien, por pasarse horas entre libros de la biblioteca de su padre, y muy joven, instruida y capaz de discernimientos, se introdujo con desenfado y naturalidad –¡oh, irreverencia impía!– en el mundo literario, reservado siempre a la inteligencia y sensibilidad inobjetable de los hombres. Y es que no era lo mismo ser de aldea o ciudad provinciana al interior del territorio gallego, que pobladora asidua de una ciudad volcada a las travesías marítimas como A Coruña, perennemente comunicada con otros mundos cercanos y distantes. Pero en Láncara, en lo profundo de la provincia, la vida era harina de otro costal para las labriegas y jóvenes distinguidas, crecidas a la sombra de añejas tradiciones nobiliarias.

—Hay quien se salió del tiesto –aseveró una anciana de expresión estricta, al persignarse y mirar fijo a una jovencita que, sentada a su lado, permanecía temblorosa sin atreverse a levantar la vista, y solo atinó a resguardar entre sus manos el libro en el regazo con poemas de Emilia. ¡Ah, quién fuera ella!, suspiraba la joven de uno de los pazos en declinación, descendiente de una familia hidalga a quien ya rodeaban las verjas oxidadas, los jardines secos y el musgo en el espíritu. La muchacha pasaba horas absorta en lecturas alentadoras de su afán de viajes y vida citadina, lejos del primitivo y rudo ambiente del paisaje en

derredor. *La Biblia, La Iliada y Don Quijote* abstraían a la muchacha de su entorno y la mantenían ensimismada de tal manera que llevaba los libros a la mesa a la hora de las comidas y entre uno y otro bocado, sin apartar los ojos de lo escrito, pasaba páginas y páginas de historias sin prestar atención a ninguna otra cosa. La abuela se persignaba y pedía a Dios perdonar tales delirios y pasiones en una jovenzuela.

Pero los dime que te diré también incluían por aquellos días a los jóvenes varones liberales y románticos de los pazos, quienes paladeaban frases grandilocuentes e ideales como la igualdad, la fraternidad y la libertad, aprendidas en los volúmenes de la revolución francesa, mientras los sirvientes y los labriegos los escuchaban atónitos. Los libros llegaban hasta esos confines donde se consideraban un verdadero ¡sacrilegio! ¡Sacrilegio!: resonaba el escándalo entre las paredes de los oratorios, capillas y monasterios en la Galicia rural, remisa a los cambios y las revoluciones...

Los revuelos y estremecimientos religiosos y políticos se habían desbocado desde 1868 cuando la Reina Isabel II de España se marchó al exilio en Francia tras el triunfo de la revolución La Gloriosa. En París abdicó a favor de su hijo Alfonso XII, el 25 de junio de 1870. Aunque su reinado trajo el tendido de muchas líneas de ferrocarril, la reapertura de las universidades y la industrialización; y tuvo resultados bien

vistos en política exterior con la anexión de territorios marroquíes en la guerra de África, el reconocimiento de la posesión de Guinea Ecuatorial, la breve readquisición de Santo Domingo y el mantenimiento de Cuba, Puerto Rico y Filipinas como enclaves coloniales; era llamada en el recuerdo como La reina de los tristes destinos, en lo cual tendría mucho que ver su infortunado matrimonio con Francisco de Asís y sus amores prohibidos con el capitán de ingenieros Enrique Puig Moltó, a quien muchos concebían como padre de un único hijo varón Alfonso XII, o con el general Francisco Serrano Domínguez.

Luego, se sucedieron unas tras otras las convulsiones de las que llegaban vagas y confusas noticias a Láncara, al punto de avivar los corrillos y las disputas entre los más entendidos y lúcidos y quienes casi podían ser considerados ignorantes. Todo, todo era torbellino y camino al desastre, al olvido. Pocos lo preveían o avizoraban. Y el puntillazo habían sido los diez años de guerra en Cuba y los ánimos levantiscos. Según se sabía, perduraban las turbulencias en el territorio indómito de «la fiel isla de Cuba», una aseveración que iba siendo ensueño, ilusión, espejismo...

Allí, en Láncara, no llegaban tan a fondo los entendimientos y mucho menos los rompimientos, los deslices en la moralidad. Allí seguían inalterables las castizas costumbres, las palabras y la naturaleza, y

eran casi enfundados los temores del párroco. Allí no se miraba al futuro sino al pasado, y el pasado iba a su vez deshaciéndose sin que las almas reunidas se percataran de su inocencia y desamparo. Nadie, ni el mismísimo párroco, adelantaba el desenvolvimiento triste de los días y los destinos... Una sola verdad parecía inmutable: en Galicia no había esperanza de progreso.

Angelito reparaba en su madre, ella musitaba muy bajo sus oraciones y pasaba una y otra cuenta del rosario con lentitud, mientras sus hermanos Petra y Gonzalo ya jugaban afuera, pues la misa había concluido y aprovechaban la sombra bajo las campanas y el cabildo protector a la entrada. Su padre, con espíritu renovado y ya cambiado el ánimo, en la conversación con los paisanos, preludiaba lluvias intensas y bienhechoras para los cultivos en el entrante mayo de entonces. El debate estaba por iniciarse cuando alguien interrumpió la conversación para alcanzar a los presentes una copita de jerez y unos dulces. Para muchos labradores la cuestión de la caída o no de las aguas abundantes era no solo asunto de primer orden, sino también de adivinación constante y prueba de sus dotes como anunciadores infalibles del clima: unos y otros hacían predicciones –fueran estas halagüeñas o no– y defendían su visión sobre qué hacer para salvar los cultivos de las granizadas o los fanguizales.

Los apuros monetarios de Manuel menguaron un poco a fines del año anterior, y el 28 de enero del corriente 1884 adquirió –ante el notario de la villa de Sarria, letrado del Colegio de A Coruña, don Antonio Buján y Rodríguez , por compra hecha a doña Isabel Riesco– dos fincas rústicas carentes por entonces de gravamen y servidumbre; radicaban en el mismo término de San Pedro de Lán cara. De esos terrenos esperaba sacar provecho en corto tiempo, esto le valdría de ayuda para sostener su casa, sobre todo porque otro hijo venía en camino en el hogar y Antonia no podría ayudarlo en las faenas del campo durante un tiempo. Tampoco esta vez podría ejercer como ama de cría porque antes habían contado con la ayuda de doña Juana Núñez ya difunta. Por primera vez, debían enfrentar la llegada y crianza de una nueva criatura con sus propias y únicas fuerzas.



La niña se agitaba entre los pañales de hilo.

—Su piel es muy tierna y le molesta la tela –dijo Juana Vázquez, quien sostenía a la recién nacida entre sus brazos con bastante dominio, a pesar de que nunca había tenido hijos. Pedro, el hermano de don Manuel, observaba a la pequeña con asombro, como si se tratara de una aparición. Ellos, los tíos Pedro y

Juana, se habían matrimoniado desde 1878, pero no habían logrado concebir hijos, razón por la cual agradecían el gesto de cariño y solemnidad con que Manuel los congratulaba y les mostraba además su confianza.

Los ojos de la criatura eran muy azules, tenía el pelo oscuro y un rostro hermoso. Sus manecitas afloraban por entre el cobertor con los dedos rojizos y las diminutas uñas blanquísimas y largas.

El cura don Ramón López Neira se acercó a los presentes e inició la ceremonia, pero entonces la niña comenzó a llorar y los asistentes se inquietaron. Rodearon a la pequeña, le hicieron mimos y ternezas y al fin consiguieron tranquilizarla. Juana la arrulló con el amor guardado dentro desde siempre, le palmeó las nalgas, le resopló una brisita en la cara con su aliento y le cantó bajito. La niña se durmió profundamente. Entonces le rociaron el agua bendita, le pusieron la hostia en la frente y el Padre la bendijo. Don Manuel se sentía agotado y feliz. Todo el santo día anterior había vivido en inquietud, pero en la madrugada, el alumbramiento natural disipó los temores de una complicación. Se encontraba allí para agradecer a Dios tanta benevolencia y para que su hijita recibiera todos los buenos augurios de que podía proveerla la augusta mano del religioso, en la iglesia parroquial.

Don Ramón López Neyra sintió un gran alivio al terminar el bautizo. Lo prefería a la difícil y triste cir-

cunstancia de los entierros, pero significaban para él de todas formas una tremenda tensión, obsesionado porque todos acontecieran con el debido rigor, convencido de que de ello podía depender en buena medida la fortuna o la desgracia de los bendecidos. Sentía un peso abrumador sobre sí cuando se ponía en sus manos el destino de los angelitos inquietos y vocingleros; por lo general, rompían con su llanto no solo el silencio, sino también el tedio de la iglesia parroquial.

Al marcharse todos se sentó frente al voluminoso Libro VI de Bautismos y apuntó en el folio correspondiente:

En la Iglesia parroquial de San Pedro de Lancara á tres días del mes de Mayo de mil ochocientos ochenta y cuatro, yo el infrascrito Dn. Ramon Lopez Neyra cura propio de la unica iglesia parroquial del dicho San Pedro de Lancara en el Obispado y Provincia de Lugo, bauticé solemnemente a una niña hija legitima de Manuel de Castro natural de San Pedro de Armea, y de su muger Antonia Argiz natural de La Piqueyra, y los dos vecinos del pueblo de Lancara de oficio labradores. Nació hoy día de la fecha a las cuatro de la mañana.

Se le pusieron los nombres de Maria, Juana Petra. Abuelos paternos Juan de Castro y Juana Nuñez

difunta naturales de Santiago de Souto, y vecinos del pueblo de Lancara. Maternos Pedro Argiz y Dominga Fernández difuntos y vecinos que fueron de las casas da Piqueyra. Fueron sus padrinos Pedro de Castro, y su muger Maria Juana Vazquez Pardo vecinos del dicho Lancara y tios de la bautizada a quienes adverti el parentesco y mas obligaciones que contrajeron. Y para que asi conste lo firmo como actual cura, dia, mes y año ut supra. Ramon Lopez Neyra.

Terminada la escritura, el padre Ramón colocó la pluma de pavo en el tintero y se incorporó para almorzar algo y después irse a su habitación a dormir la siesta placentera y reparadora de cada mediodía, de la cual despertaba en las tardes como nuevo, para irse de visitas, emprender la restauración de algún altar o releer las sagradas escrituras hasta que la luz de la vela o la lamparita de aceite languideciera en la oscuridad. Apreciaba el descanso de esas horas porque le disponía favorablemente el cuerpo a las amanecidas tempraneras, cuando el firmamento no había disipado del todo las sombras, y la luz se filtraba entre las nubes para otorgar al cielo el púrpura maravilloso que contemplaba, agradecido de la bondad de Dios, desde el portal de la iglesia; a esas horas las veredas del pueblo permanecían vacías, solo de vez en vez, a la distancia, veía a los labriegos camino a los

sembrados, ellos tiritaban de frío a pesar de estar abrigados con chaquetones de lana. Al andar se calentaban las manos con su propia respiración.

❧ *Borrasca* ❧

El niño tenía los labios resecos y los ojos marchitos después de llorar inconsolable durante cincuenta horas, pero ahora sentía el peso de su cuerpo y los párpados se le cerraban. No quería dormirse. Sintió olor a hojas húmedas, a pétalos secos, a resina de los pinares. Ya no podía más. Todo sucedió de forma inesperada, al menos para él. Recordaba los dos nacimientos anteriores como motivos de alegría y revuelo en casa: primero bautismo en la iglesia, luego visita de familiares, entra y sale de vecinos, celebración de su padre con anicete compartido con el cura, los amigos y los parientes, y, él, Angelito, asomado a la cuna mirando al recién nacido como si hubiera caído del cielo y le tomara prestado su nombre. Sí, eso les contaba el abuelo don Juan Pedro de Castro: a los niños los traía una cigüeña y los dejaba entre los brazos de la madre y a esas horas, el padre hasta ese instante ansioso, daba a los cuatro vientos la buena noticia.

También los nacimientos de la iglesia eran algo muy bonito. A él siempre le llamaba la atención la criaturita en su pesebre y la manera como el cura don Ramón se las arreglaba para imitar la caverna donde el niño Jesús había nacido en Belén. Para él nada en un nacimiento preludiaba infortunio; todo lo contrario,

el tiempo de Navidad era maravilloso; daba paso a días de fiesta en la parroquia y en los hogares; abundaban las luces coloridas y las golosinas con la llegada del Año Nuevo, y con él, la visita de los Reyes Magos.

Pero este nacimiento de Leonor, como pusieron a la niñita, el día 8 de noviembre de 1887, el mismo de su alumbramiento a las seis de la mañana, no fue así, todo aconteció triste y amargamente. Angelito sintió frío. Primero fue la pequeñita: Ella abrió los ojos al mundo y unas horas después los volvió a cerrar. Luego fue su mamá. No pudo recuperarse de las calenturas y delirios durante nueve días sin reposo; ella ya no estaría nunca más en casa, no encendería el fuego ni les besaría al acostarse porque Dios se la llevó a las nubes, a las estrellas, a pesar de que ellos la extrañarían tanto y tendrían una soledad inacabable en su corazón, en sus vidas. Su hermana Juana era muy pequeña para comprender, jugaba distraída en medio del llanto y el luto de los presentes. Permanecía quieta un rato como una mujercita, y luego se echaba a correr o se escondía o iba al patio a perseguir mariposas, buscar polluelos para acariciarlos o atrapar cochinos que chillaban a voz en cuello mientras ella los sostenía en el aire par soltarlos después, un poco sorprendida y asustada. Petra y Gonzalo, silenciosos, parecían ausentes, como él, a quien le daba vueltas el mundo y se le abría una grieta honda y oscura a los

pies. Cuando la procesión salió sopló un verdadero ventarrón que hizo chirriar la carreta donde llevaban el cuerpo para darle sepultura eclesiástica en el camposanto, levantó las faldas a las comadres y se llevó los sombreros de quienes no alcanzaron a ponerse las manos a la cabeza. Algunas flores salieron volando y las mujeres se afianzaron con ambas manos las mantillas. Alguna de ellas aseguró que Antonia se había gastado. La frase hizo pensar al niño en la lenta agonía de las mechas y también en los repentinos golpes de viento. No imaginaba cómo podía una persona languidecer como las velas de cera o la luz de las lámparas de aceite. Alguien suspiró y dijo:

—Se aproxima una borrasca, por algo dicen que las desgracias llegan todas juntas. ¡Ave María purísima!...

Don Manuel de Castro hizo aplicar a su mujer, en sufragio de su alma, diecisiete misas durante el funeral y el entierro, todo lo cual dejó registrado exactamente en el libro de defunciones de la parroquial de San Pedro de Lán cara, el cura don Ramón López Neira, a quien abrumó la desgracia ocurrida en la casita cercana. Pensó en los niños. ¿Qué sería de aquellos infelices y del padre cuya presencia de hombre roble y curtido se había venido abajo y ahora parecía más un ser débil y desamparado?; de él ¿qué sería? ¿Cómo se las arreglaría para educar a cuatro niños pequeños? Don Ramón elevó entonces la mirada al cielo y rogó con las manos juntas a la altura de su

pecho: «Jesucristo, hijo de Dios vivo, compadécete de nosotros». Habría de existir una solución a tantos pesares, al desafío de un hogar a la deriva como un barco en medio de una tormenta y perdido el palo mayor. Recordó la casa de San Pedro de Armea de Arriba, de donde había llegado a Láncara don Manuel, y luego la mañana rebosante de alegría del matrimonio con Antonia, crecida en las cercanías de su iglesia, en una familia asentada en La Piqueyra, cuyas raíces se hundían en el pasado de Santiago de Cobas y Santiago de Cedrón, lugares no muy distantes. Los jóvenes habían constituido una pareja por casi veinte años. De los ardores y la calma de sus amores nacieron seis hijos: María Antonia, Ángel María, Petra María Juana, Gonzalo Pedro, María Juana Petra y Leonor.

Recordando ese casamiento, pensó en Juana, la madrina de una parte de los niños Castro Argiz. Transcurridos diez años de su boda con el tío de los niños, don Pedro de Castro Núñez, no había tenido hijos por más que los había anhelado en su vida. Sería una excelente madrecita, al menos para las niñas, las más pequeñas, y a quienes sería más difícil crecer entre varones.

Con todos esos pensamientos en la cabeza, el cura se fue a la cama. Se revolvió una y otra vez entre las sábanas de hilo, preocupado por el sufrimiento infinito de sus feligreses y la soledad repentina de Manuel y sus hijos. Apagó la luz del candil en la veladora. En su imaginación veía los ojos enrojecidos de Ange-

lito y repasaba su presencia como si le tuviera delante. El niño tenía la expresión más desolada vista en su vida: la claridad de su mirada se había enturbiado, llevaba el pelo despeinado y la cara mugrienta de haberse enjugado las lágrimas una y otra vez con las manos sucias; la camisa blanca se desbordaba del chaleco y del pantalón de bombachos hasta la rodilla y tenía las alpargatas de cintas llenas de tierra, tal vez de recorrer desesperado las casas de los parientes cercanos y los vecinos en un frenesí agotador de llevar y traer recados y mandados para ayudar en todo lo posible mientras su madre deliraba por las fiebres. A pesar de su devastación espiritual, el niño demostraba a su vez una entereza precoz, una fuerza de ánimo poco común a su edad, ello conmovía más a don Ramón, a quien en medio del sueño se le desdibujaba la imagen de Angelito, esfumada en humaredas del pensamiento hasta volver otra vez a la memoria del párroco; lo vislumbraba ante la tumba de Antonia, donde el niño sollozaba en silencio. De súbito, el Padre despertó sudoroso y sobresaltado. Se explicó las pesadillas porque le abrumaba la certeza de que Angelito, con once años y siendo el mayor de los hijos Castro Argiz, era también quien se percataba de la dolorosa situación, y por eso sufría más angustiosamente que los otros niños. Pidió a todos los santos consuelo para él y deseó de una buena vez dormirse para acercarse al alba, al comienzo de un nuevo día.

☞ *Andén* ☞

Bajo el alero de la estación ferroviaria de A Poboia de San Xiao, sentado en un banco de madera, el joven Ángel percibió con ansiedad que faltaban algunas horas para tomar el tren en regreso por la vía del noroeste Madrid-Coruña-Ferrol. La vista se le perdía en el tedio interminable del camino de hierro vacío sin asomo del pitazo de la locomotora en el horizonte. Desde el declive a ambos lados de la vía, la hierba verde y húmeda de rocío casi invadía la línea de vigas unidas por tablones de roble. Frotó sus manos y las calentó soplándoles su aliento. Del zurrón sacó una bota de vino que, junto a unas raciones de chorizo y pan, le había puesto su tía Juana en el equipaje.

—Cuídate niño. Madrid es grande y difícil y te puedes perder de muchas formas —le dijo, sin dejar de pedirle diera muchos besos en su nombre a su cuñada Justina Ángela María.

Ángel tomó a sorbos el líquido y consiguió entrar en calor en medio de tanta crudeza invernal sin perder la lucidez. Imaginó el ruidoso arribo de la máquina de hierro y recordó que siendo pequeño en casa se habló con tanto fervor de la llegada del primer tren por allá por 1879, como durante muchísimo tiempo había sido costumbre hacerlo sobre los ya

desusados e inmemoriales encuentros del correo en el puente de Carracedo. Cada jueves, en tiempos de más de cien años atrás, se había citado en el paso sobre el río Neira el correo procedente de Sarria, Monforte y Orense con el del resto de Galicia para de allí ser enviado a la corte de Castilla. Los domingos en las noches se recogía el que venía de vuelta de dicha corte y más partes de Castilla. Láncara era camino importante desde siempre, por el que la portentosa ciudad de Lugo, llamada en días romanos como *Lucus Augusti*, bosque sagrado de Augusto, se conectaba con las tierras del sur.

Al sur se encaminaba porque a todos los forasteros recién llegados a Armea les escuchaba las novedades sobre Madrid; a sus ojos prometía prosperidad e independencia para los muchachos de aldea. En el corriente año de 1890 la ciudad presumía de su condición de capital metropolitana. Todavía le quedaban al país territorios en ultramar, en las Indias Occidentales, el Pacífico y África. Aunque la decadencia era evidente, España sostenía sus ilusiones, se obstinaba en su conservadurismo hacia las colonias y alentaba sin esperanzas el autonomismo en Cuba. Ensueños que, al final, terminaban por encender los ánimos de jóvenes como Ángel. Él se las prometía felices en la aventura, lejos de Láncara y Armea. Evocó a la tía Juana y a sus hermanas Petra María y María Juana aún pequeñas. Ellas parecían dos maripositas revoloteando a su alre-

dedor cuando supieron de su viaje. Lo miraban ansiosas, le pedían no las olvidara y les trajera de regreso alguna muñeca de porcelana, un corte de tela o unos alfileres de cabecita perlada. Al partir, las vio asomadas al balcón de la primera planta de la casa del abuelo en Armea, reclinadas a la baranda le decían «el Adiós» y a él, en la distancia, se le hizo un nudo en la garganta.

El día anterior había visitado a su padre y su hermano Gonzalo que permanecían en Láncara, en la casa de su niñez. Tuvo la impresión de que su padre había envejecido con premura y misma estampa del abuelo Juan Pedro, tal como todos los Castro de la familia. Las manos y los dedos de acentuada largura, se le nublaron de pequeños y numerosísimos lunares. Miraba profundo desde sus indagadores y acuciosos ojos, rodeados por grietas como de hombre de 50 ó 60 años y Manuel apenas contaría unos 40. Su padre no había conseguido recuperarse tras la tragedia de su hogar deshecho. El dolor abatió su espíritu por más que se afanaba en sus esfuerzos para fabricar carretas, arados y otros instrumentos de labranza para salir adelante, pero todavía así sentía un gran cansancio apreciable a simple vista en él.

Con la estancia breve, un mundo de recuerdos invadió al joven Ángel y una tristeza infinita que deseó disimular ante su padre Manuel. Fue algo inevitable. Por su mente pasaron las imágenes como torrente de agua, como crecida del río Neira, como inundación

súbita donde se ahogaba: las aguas subían, subían: veía a su madre Antonia temblorosa y delirante por las fiebres, escuchaba el llanto de las plañideras, percibía el negro, negro... oscureciendo sus vidas, vivía otra vez la partida de las niñas con la tía Juana y la soledad en la casita sin la presencia de la madre, ni la de Petra y Juana que bullían alegres entre las paredes de piedra a la luz de la vieja lareira o saltando de la madera recia del banco al suelo para pasar por encima de la lumbre, mientras Antonia les decía que eran pequeñas para conseguirlo.

—Cuando las muchachas lo logran sin rozar las llamas apenas en un año se casan... —afirmaba.

Ángel sentía el frescor del agua, el agua buena y no turbulenta, aquella que según la tradición, su madre ponía plagada de hierbas aromáticas o pétalos a la intemperie en celebración de San Juan para lavar a sus hijos a las doce en punto de la noche en las aguas santas o milagreras, esto los libraría del poder maléfico de las brujas y las cuitas. Esa noche el rocío no era el de siempre sino agua maravillosa de San Juan Bautista para bendecir los campos. Otras veces, las aguas eran las que un pájaro mágico traía en el pico y ponía en fuentes encantadas donde los vecinos se bañaban para espantar hechizos.

El ánimo de repente cambió en Ángel. Esbozó una sonrisa y recordó coplas y cantares de los días de San Juan, días de música de gaitas, cornetas y tamboriles

de fiesta. Bailaban en su recuerdo las estrofas, mientras las repasaba y musitaba entre labios:

Día de San Xoán, alegre,
Meniña, vaite lavar,
pillarás auga do páxaro
antes do que o sol raiar.
Irás o abrente do día
a auga fresca catar
da auga do paxariño
que saúde che ha de dar.
Corre, meniña,
vaite lavar
alá na fonte
te has de lavar,
e a fresca auga
desta amañecida
cor da cereixa
chen ten que dar.
Se arraiar,
Se arrairá
Tódalas meigas levará,
Se arraióu
Xa arraióu
tódalas meigas levou
Peladas era
Peladas serán
tódalas meigas

que andan polo chan
Peladas son
Peladas eran
Tódalas meigas
Que andan pola terra.

—La pena se alivia, sí, pero nunca se olvida —pensó. Entonces rememoró su partida con rumbo a Armea. Fue como si dejara atrás su infancia. Había pasado casi un año de la muerte de su madre Antonia y para Manuel y sus dos hijos varones se hacía cada vez más necesaria la presencia cálida, hacendosa y delicada de una mujer. Su padre volvió a matrimoniarse en la iglesia de San Pedro de Láncara. Con el afán de rehacer su vida, de hallar un remanso para su desconsuelo, lo hizo el 6 de octubre de 1888, con una vecina de la aldea, María Fernández López. Ella padecía el mismo mal de soledad porque nunca se había casado ni tenía hijos, y seguramente sintió, al traspasar el umbral, que lo hacía por primera vez en un refugio acogedor. La boda fue una ceremonia sencilla en la parroquia de Láncara. No hubo mucha celebración por respeto a la memoria de Antonia, a quien Manuel y sus hijos pusieron flores ese mismo día. Esa segunda unión bajo las torres del mismo santuario no habría de dar hijos. La única descendencia de Manuel fue la que la difunta Antonia Argiz Fernández trajo al mundo entre sudoraciones y buenos pre-

sagios en un tiempo radiante. Después, esa época de su vida le parecería a Manuel lejana e irreal.

Para Angelito, a punto de cumplir los doce años, fue de todas maneras muy difícil aceptar que alguien ajeno ocupara los espacios antes señorío de su mamá: junto al fuego en la cocina, en el lecho matrimonial del dormitorio o en el escano durante las noches de invierno, mientras Antonia hilaba y la familia escuchaba historias.

Con el consentimiento de su padre Manuel, el adolescente ideó irse por un tiempo a casa del abuelo don Juan Pedro de Castro Méndez, para trabajar en la fábrica de chorizos de los tíos Pedro y José, y vivir con la tía Juana y sus hermanas. Tendría doce o trece años cuando tomó la decisión, pero tampoco allí permaneció largo tiempo antes de volver a su hogar de Láncara. Ahora lo recordaba porque, con quince cumplidos, reparaba en que toda su vida la había pasado entre Láncara y Armea. Por primera vez se iba lejos de los suyos y de Galicia para probar fortuna y tentar a la buena suerte. Atrás quedaban su padre y su hermano Gonzalo, y sus hermanas, junto al abuelo y los tíos. Hasta ese momento no tenía otros horizontes que no fueran los de permanecer bajo la estricta tutela de los tíos y trabajar la tierra para nada, sin esperanzas de mejoría, ni conocimiento de otros mundos. Ahora se disponía a rebasar barreras y explorar caminos. Todo habría de cambiar para él.

Se incorporó para estirar las piernas. Recogió el pequeño bulto del equipaje y se encaminó al interior de la estación con el propósito de aliviar su impaciencia, su ansiedad. En un reloj de péndulo adosado a la pared comprobó que todavía faltaba para la llegada del tren y decidió recorrer la calle principal del pueblo. En el umbral de la puerta de la estación ferroviaria se sorprendió de tanto ir y venir de gentes y de la carga y descarga pronta de sacos y cajas de mercancías. Claro, era de esperar, porque con la llegada y partida de trenes, el lugar se había convertido en punto obligado de paso y parada para quienes se proponían adentrarse en los territorios de Láncara, y en sitio por donde, sobre todo, llegaban al municipio las importaciones; descollaba la irrupción de las telas de percal, los estibadores llevaban sobre hombros los gigantes rollos. Sintió una extraña sensación entre el gentío y un deseo de respirar en el espacio exterior. Apuró el paso. Afuera volvió al ritmo lento del andar.

En el trayecto no reconoció a nadie y observó cómo prosperaban los comercios de tejidos —el percal, por cierto, era la última novedad y se agregaba a los terciopelos, merinos, paños de Béjar (sedán), de Segovia, de Tarazona o del Torrejoncillo, estos antes ya se habían impuesto en el uso gallego junto a los tradicionales hilados de lana y lino: picote, candil, sanel, estameña, cúbica, nazcote, estopa, lenzo de casa, baeta y muchos otros—; pormenores ajenos al joven

que recorría A Poboá y solo se percataba del sonido titilante de las campanillas de las tiendas y el trasiego en los estancos.

Proliferaban en la calle también los paradores para viajeros y los almacenes de vino, granos y harinas. En un pequeño puesto de ventas, una robusta y rosada mujer voceaba semillas y frutos secos, turrones, churros, chocolate caliente y diarios viejos. Lo otro eran abacerías, casas y una farmacia. A pesar de ese movimiento y el progreso evidente de la localidad, la capital seguía siendo Carracedo, donde se encontraba la Casa Consistorial. En Carracedo también perduraba el puente sobre el río Neira, punto de encuentro de correo y construcción antigua levantada, a su vez, sobre las ruinas de la que allí mismo, sobre las aguas, habían edificado los romanos.

Por el camino, Ángel topó con un grupo de niños danzarines que cantaban tomados del brazo y dando palmadas. Un relámpago a la distancia le hizo pensar: bien haría en volver sus pasos hacia el paradero, un edificio de techo a dos aguas sobre paredes firmes y estilizadas. A la espera y sentado en el banco, evocó los decires en Lán cara sobre las propiedades curativas de los trenes: afirmaban que el vapor de la máquina locomotora en los andenes de la estación era el mejor remedio para los constipados. En medio de la frialdad húmeda de Galicia, era como someter al enfermo a una vaporización general que descongestionaba las

vías respiratorias y los poros de todo el cuerpo, lo cual aseveraban los proclamados entendidos.

Poco después se vio envuelto en una densa y vaporosa humareda, tal como aquella argüida por los viejos para sanar males. Sin dejar de pensar en la casita de Láncara, territorio de la felicidad en su pasado, tomó el tren a Madrid.

Capital

Hacia 1890, Madrid era verdaderamente atrayente. No tenía edad para el servicio militar cuando, con quince años, Ángel María decidió conquistar su propio mundo y se fue a vivir con su tía Justina Ángela María, donde el bullicio de los edificios de inquilinato, los bodegones, las vendutas y los cafés de la Puerta del Sol. En las amplias avenidas y las calles estrechas, la luz eléctrica ya no era una novedad y los coches inflaban al pasar los toldos de balcones bajos y comercios. Las muchachas no vestían los trajes como en el viejo daguerrotipo donde su madre aparecía rodeada de velos y encajes. El cuerpo del traje femenino era muy ajustado y sin adornos: escotado en el busto; las mangas amplias en los hombros y ceñidas en los brazos hasta las muñecas; la falda estrecha en las caderas, amplia bajo las rodillas y recogida por detrás para estilizar la apariencia. El toque final lo daban los sombreritos y pamelas con ramilletes de flores y cintas de satín. Esas figuras delineadas llamaron su atención al llegar a la estación de trenes en la capital. Las consideró demasiado voluptuosas y provocativas. Casi perdía la cabeza ante aquellos maniqués vestidos con atrevimiento inaudito. Sin embargo, él no existía para ellas,

las jóvenes citadinas apuradas al andar en pos de no se sabe qué premuras. Las muchachas de su aldea eran discretas y tímidas, llevaban sus días a un ritmo más lento; no transgredían las normas petruciales de vestir de acuerdo con su condición social y según la ocasión fuera de ir a trabajar, de fiesta o ir a ver a Dios; usaban con mucho recato corpiños y enaguas, blusa y saya holgadas de colores más bien oscuros y un pañolón a la cabeza; pero eran ¡oh, maravilla divina! de sonrisa franca y modo natural en el trato, y nunca, nunca lo habían ignorado. Muchas veces intercambió adioses con las labriegas, lo mismo en la huerta que en el mercado adonde concurrían para acompañar a sus padres y ayudarles en la venta de sus productos agrícolas, o durante las fiestas religiosas o las misas de domingo en la iglesia. Las veía cuchichear entre ellas, saludarle de lejos o acercársele para comentar cualquier asunto de poca importancia, con el rostro ruborizado pero determinadas.

Los hombres de la ciudad se diferenciaban de los del campo gallego por los tejidos de sus ropajes y la línea de confección de sus indumentarias. Ángel solo vestía con mayor galanura en la Nochebuena o la misa dominguera: camisa de mangas largas, chaleco, saco, pantalón de franela y boina de fieltro, y un atuendo más sencillo y rústico si se trataba de ir a trabajar. Lo que para él constituía festivo, lo era cotidiano, simple y demasiado ramplón para los capitalinos.

Por las estrechas veredas adoquinadas escuchaba al pasar el repiqueteo de los borceguíes de las señoritas y los botines de los caballeros. Sus alpargatas de cintas solo susurraban su andar por la Calle de la Sal mientras su mirada perpleja se perdía en los azulejos de las edificaciones de varios pisos.

Llegó ilusionado e ingenuo, con buenos sentimientos en el corazón, sin aviso de las asperezas, burlas y el desdén con que eran vistos los jóvenes como él; venidos de las tierras del Norte, entendidas como lugares inaccesibles, de gentes bárbaras, pobres, rudas y cerriles, empleadas en labores donde lo esencial fuere la fuerza bruta: como mozos de esquina, de compras, aguadores, segadores, siempre encorvados por el peso de cajas, pacas, sacos, rollos de telas y baldes. A los gallegos se gastaban bromas pesadas, como una conocida desde mucho antes de su arribo a Madrid: se les aseveraba que los Reyes Magos pasarían por la Puerta del Sol y que, para mejor divisarlos, resultaba imprescindible llevar una escalera. A quien de un lado a otro arrastraba en 6 de enero los peldaños de su candidez, lo rodeaba y seguía a todas partes una nube de niños, entre risas y rechiflas, mientras una multitud cómplice observaba impasible.

En aquella época, Ángel no descansaba hasta el oscurecer, y siendo ya un joven, sus amores tenían que ser desahogos intensos y fugaces al filo de la madrugada. Era un muchacho fuerte, de estatura

más bien mediana. Había dejado atrás su timidez para habituarse a la vida desenfadada de Madrid, sin abandonar sus reparos por los excesos liberales y donde, por fortuna, también conoció muchachas como él, empleadas en duras labores que apenas daban respiro a sus vidas, pero a quienes alcanzaban los sentimientos para amar con pasión sin pedir nada a cambio.

Durante los más de tres años en la capital, despertaba mucho antes del amanecer para irse a una panadería, a una carnicería o a cualquier otro comercio o almacén donde haría cualquier oficio que le asegurara dinero hasta su reclutamiento por el ejército. A pesar de sus desvelos por ahorrar no pudo hacer fortuna y, cuando lo reclutaron como quinto en 1894, regresó a Láncara sin fondos suficientes como para sostenerse por mucho tiempo. Apenas un año después saldría con rumbo a la isla de Cuba.

El sorteo de quintos tuvo lugar bien temprano en la mañana, en el portal de la Casa Consistorial en Carracedo, bajo la presidencia del alcalde y los concejales. Lo recordaría muy bien toda la vida porque, muchos años después, aún sentía el frío agrietándole los labios, mientras se soplaba las manos y veía llegar a los mozos acompañados de sus padres. A su lado se encontraban su padre Manuel y su hermano Gonzalo. La señora María les había preparado unos bocadillos y una bota de vino por si la jornada se tornaba larga antes de regresar a casa. El alcalde declaró abierta la sesión

al leer el Artículo Séptimo de la Ley de Quintos y la lista definitiva de los muchachos a sortear, confrontada con las papeletas; luego los concejales estrujaron el papel en pequeños rollos y los echaron en un globo de madera donde se leía «nombres». Igual procedimiento se realizó con los números del sorteo. Dos niños se acercaron a los globos y comenzó a dar vueltas el destino de todos, su ventura o desventura, su fortuna o su desgracia, su vida o su muerte. El azar giró y lo destacó como soldado en Galicia. Otros fueron movilizados a Ultramar: a Las Antillas, las posesiones en África o a Las Filipinas. Las noticias de Cuba eran alarmantes, se decía que allende el Atlántico se respiraba un ambiente levantisco, como a punto de estallar la guerra por tercera vez.

Angelito, en medio del beneplácito familiar, se aprestó con disposición a cumplir el servicio militar en las guarniciones del territorio gallego, pues el ferrocarril, a tramos zancudos, había ido conectando unos con otros los municipios y siempre estaría relativamente cerca de los suyos, una ventaja no siempre al alcance de los reclutados, sobre todo en los comienzos de una vida más estricta y difícil. No podía imaginar los sufrimientos y vicisitudes que habría de depararle el destino. Por entonces, su espíritu andaba en vilo gozoso. Cerraba los ojos y la veía a ella; se disponía al final del día a dormir y durante un buen rato no lo conseguía pensando en ella, siempre en ella. Era

delgaducha y de pelo largo, pero con ojos muy negros, silenciosa y de rostro hermoso. Vestía según la tradición y bajaba ruborizada la mirada si alguien le miraba fijo. Sin embargo, a él le sostuvo el reflejo de sus pupilas azules. Intercambiaron la primera vez unas pocas palabras en una de las fiestas de la comarca dedicada a San Roque, patrono de todas las poblaciones, iglesias y monasterios de la localidad. Le sorprendió su hablar, denotaba delicadeza a pesar de la ruda vida del campo. Después volvió a verla también en los *pendellos* del Campo de la Feria de A Poboia y de Láncara. Cada mes, Ángel esperaba con ansiedad los días 2 y 17 en A Poboia, y los 24 en Láncara, entonces los viejos cobertizos o puestos de ventas en los centenarios campos feriales se abarrotaban de lienzos, quesos, paños y quincallas y del vocerío de quienes ofrecían su ganado como el mejor del país. Rezaba para que la vida militar no le llevara muy lejos y porque le fuera concedido el permiso de descanso en alguna de esas fechas.

Él la vería llegar junto al padre y permanecer atenta, como aturdida entre tanto bullicio y ajeteo. Luego –siempre que le fue posible– comenzó a frecuentarla en el pueblito de su vecindad, el antiguo San Juan de Muro. Acudió en reiteradas ocasiones a la misa de domingo en la iglesia. La esperaba a la sombra de la puerta principal abocinada, de medio punto y gran belleza. Era un mareo universal de los

sentidos: se le apuraba el corazón en el pecho, le sudaban las manos, percibía un cosquilleo en la piel al verla. Allí sentía la humedad de las piedras, que invadía además la nave y ábside rectangulares. Respiraba un olor a pasado y a musgo al trasponer el umbral. No lo consideraba un buen presagio, pero persistía en su delirio amoroso por aquella joven crecida en una villa entre aguas del Neira y el río Sarria. Cuando pensaba en su futuro, el mundo se le venía abajo, pues no contaba con recursos suficientes para ofrecer matrimonio. Esa idea se convirtió en pesadumbre hasta que, en febrero del año siguiente, un pensamiento comenzó a rondarle la cabeza.

En Cuba, la guerra se había iniciado y allí en Galicia ofrecían lo que él consideraba una verdadera fortuna a los soldados sustitutos. Con esos fondos y los pagos del servicio podría abrirse camino en la vida, casarse y fundar su propio hogar. Admitió con resignación la posibilidad de la lejanía y los riesgos, solo ese sacrificio le posibilitaría la felicidad. Resolvió así convertirse en un recluta sustituto, uno de los tantos mozos que propiciaban la redención militar a los hijos de quienes poseían dineros suficientes para no embarcarse en los vapores de la Compañía Trasatlántica, con rumbo a la campaña militar en las tierras ásperas y desconocidas del trópico. Dos mil pesetas era el precio por librarse del servicio militar en Cuba. También se podía eludir la

guerra con una cantidad entre quinientas y mil doscientas pesetas si se aportaba un soldado sustituto, alguien que no hubiera salido en el sorteo de la quinta parte de los seleccionados cada año para el ejército, o uno de aquellos designados a las guarniciones de la península.

Manuel le dejó ir con la triste conformidad de los convencidos: por aquellos lares era vana la ilusión de progreso. No existía otra oportunidad que la de marcharse lejos, incluso al mismísimo tronar de los disparos en medio de una contienda; al menos eso creían firmemente la mayoría de los pobladores de la Galicia olvidada. Su hermano Gonzalo contaba con catorce años de edad, podía ayudar a su padre Manuel y a la señora María, lo cual aliviaba su preocupación por ellos al marcharse. Su hermana Petra María rondaba los diecisiete años y era puntal de apoyo en Armea para cuidar a la más pequeña de los Castro Argiz, su hermana María Juana, y también al abuelo y a los tíos ya ancianos.

Reticente, su novia le pidió no alargar su ausencia y prometió esperarlo.

Él asintió. Dio su palabra para retenerla en el tiempo; pero de veras no sabía cuánto podría durar su viaje. Tal vez no tendría retorno. No podía dar fe de su destino. Nadie podría hacerlo tampoco, si la guerra era hermética e insondable en la sucesión de imprevistos y albures ¿Cómo saber cuándo podría

terminar o si alguna vez se encontraría de vuelta con vida? ¿Cómo anticipar contingencias, fortunas o desventuras? ¿Cómo predecir el mañana? Al partir confiaba en su resolución y buena estrella.

❧ *Mar* ❧

El joven Ángel había permanecido en silencio mientras el vapor *Santiago* avanzaba vapuleado por el mar con una cadencia de vals propicia a las meditaciones. Reclinado en las bordas de la cubierta su vista se perdía en las profundas aguas. Las aguas, siempre las aguas en su camino por la vida. Esta vez tenían la densidad de las sales y un color oscuro salpicado de espuma. Mil historias se contaban de lo hondo, desde épocas inmemoriales y todos los que por primera vez se enrolaban en una travesía permanecían como abstraídos observando sin ver, sin descubrir, sin hacer ningún hallazgo en aquel que todos creían camposanto extenso e inescrutable, donde reposaban los restos de los marinos ahogados en los incesantes naufragios. Las olas se alzaban espumosas en súbitas espirales. Luego se deshacían al romper en los arrecifes y salpicaban las proximidades, definían un rastro de sal y humedad, como cartografías trazadas con pulso frágil.

Por estos lados, que se creyeron durante siglos el fin del mundo, horizonte enigmático por donde al sol se lo tragaba el océano, las corrientes bajaban sin freno del polo norte, tal vez por eso, las tempestades súbitas asolaban con frecuencia aquellos parajes. Las campanas de las iglesias de los pueblitos como vacíos,

taciturnos y tranquilos resonaban de pronto para espantar los vendavales y los rayos. Ángel sintió extrañeza: con la frialdad húmeda no le dolían los huesos, más le dolía el alma esa tarde. Habrían de navegar no muy lejos del paisaje hasta Vigo, la capital de Pontevedra; a partir de levar anclas de esa última ciudad, la ruta se adentraría en el Atlántico y en lo desconocido. Los marinos hablaban del bojeo que emprendían por la costa norte –desde A Coruña hasta Vigo– como de uno de los tramos más riesgosos de toda la navegación de los mares del mundo pues habrían de mantenerse contra viento y marea a prudente distancia de los riesgos y peñascos de la orilla. En numerosas ocasiones las ráfagas, la furia de las olas o la niebla habían empujado hasta allí a infinidad de embarcaciones que luego del naufragio y por mucho tiempo aparecían a la vista de todos como buques fantasmas en un confín maldito. Serpenteando acantilados, las aguas saladas se adentraban en las rías, brazos de mar, tierra adentro, en esa zona de España, colmada de creencias y leyendas que los marinos del *Santiago* contaban con naturalidad en medio de la excitación aprensiva de quienes subían a bordo por primera vez; los tripulantes lo hacían además en una jerga ininteligible, ello provocaba aún mayor desconcierto y temor entre quienes escuchaban con los ojos muy abiertos.

—¡Qué regocijo extraño ese de despertar alarma en los otros! –pensó Ángel, mientras observaba con

mayor detenimiento a los parlanchines. Bajo la impecable y fría prestancia de sus trajes, tenían la piel áspera y oscura de tanto salitre y sol; para él aquella locuacidad era inusitada, los había imaginado parcos, ajenos y hasta implacables; pero quizás así era la oficialidad de las navieras británicas y no estos hombres, algunos de los cuales pasarían mucho tiempo reclusos en lo oscuro y trepidante del barco: el cuarto de máquinas. Los marinos hablaban de algunos vecinos de la Costa: ataban un farol a los cuernos de una res para guiar durante la noche la lucecita por los peñascos más afilados, y luego, desde un promontorio, distinguir cómo los malhadados navegantes perdían el rumbo y se estrellaban contra los rompientes. Los bandidos se acercaban después a los bajíos para saquear las naves y robar a las víctimas.

Algunos de los soldados del Batallón de Isabel II, habitantes de esos lares, sonrieron y desmintieron las historias.

—Son meras fábulas —dijeron; pero la mayor parte de la tropa persistió en el miedo. Hubo quien mencionó algunos de los buques malogrados como prueba irrefutable de la fiereza con que batía el oleaje en la zona o de que algo cierto había en los malos presagios, habladurías y murmuraciones contados como secreto de familia en aquellos lugares de apariencia inhóspita y poblados de pescadores y mujeres enlutadas. Al interior de las chozas humildes, los candeleros

parpadeantes testimoniaban susurros sí, pero las historias, tejidas como una vasta red, contaban las aventuras y desventuras de los pescadores. A veces, los hombres confundían en la desmesura maravillosa de sus palabras la exuberancia vegetal del monte con el mar o la adoración de las serpientes con el ronco batir de las aguas en los peñascos.

De todas formas, en la charla prevaleció la creencia marinera, avalada por la lista numerosa de los desastres acontecidos en la misma región por donde Europa se acababa. Se recordaban con nitidez los casos más recientes del *Insurgente Roncalesa*, del *Great Liverpool* y el *Captain*.

El *Santiago* zarpó desde el puerto de A Coruña el 24 de agosto de ese año de 1895 y en lontananza, poco a poco, fue desapareciendo la Torre de Hércules, el emblema que había visto pasar casi dos mil años y barcos por miles bajo su faro. La luz fue diluyéndose hasta no divisarse más, tal como los reflejos de la puesta de sol en los cristales de las galerías de los edificios de la Avenida de la Marina, cuyos fulgores se divisaban desde los navíos al zarpar en atardeceres. Ángel recordó su tránsito por las callejuelas viejas de A Coruña y especialmente por la Calle Real, la más viva arteria comercial de la ciudad, donde confluían bares, bodegones, boticas, lonjas, bazares, cafés, restaurantes y quioscos de mil colores con las mil y una ofertas. Tuvo la impresión de que era una ciudad volcada al mar,

porque a una hora, todos iban a su encuentro, al paseo junto al litoral, quizás para respirar la brisa marinera o apreciar la hidalguía del bosque de mástiles en los muelles del puerto. Pudo verlo al salir rumbo al atracadero y sintió no permanecer, no quedarse. Mientras subía la escala de embarque comparó el navío con una fábrica: tenía en medio de su largura, una alta chimenea coronada por una espiral de humo persistente, densa y negra. Ángel reparó en otros comentarios de los tripulantes. Aseguraban que el buque había salido de los astilleros apenas cinco años atrás, pertenecía a la British India Associated Steamers, y había sido fletado solo por unos meses por la Compañía Trasatlántica Española para la transportación de tropas con motivo de la guerra de Las Antillas. Por eso había cubierto sus navegaciones con varios nombres: unas veces surcó los mares como el *León XIII* y otras como el *Jelunga*, hasta denominarle *Santiago*, por el Apóstol de quien se guardaban los restos en una cripta húmeda y oscura de la catedral de la Ciudad de Santiago de Compostela, levantada en el lugar del sepulcro, y sitio de peregrinaciones perennes desde todos los rincones de Europa hasta Galicia por el camino Francés o camino de Santiago. A la distancia se veían los montes y prados gallegos. Ángel recordó algunas estrofas de los *Cantares Gallegos* de Rosalía que los niños entonaban por los senderos y se habían hecho tan populares, revelaban sus sentimientos: «Adiós, ríos; adiós, fontes;/ adiós,

regatos pequenos;/ adiós, vista dos meus ollos:/ non sei cando nos veremos...». Bajó la cabeza para que los hombres de su Batallón no se percataran. Con el puño de la camisa se limpió el rostro. A bordo del buque sentía la contradicción de la nostalgia y el entusiasmo. Al caer la noche ocupó callado un sitio mínimo e incómodo.

Desde 1764, el correo marítimo establecido entre España y las Indias Occidentales había facilitado la emigración gallega a las tierras americanas, pero por fortuna ya no eran los veleros de transporte de pasajeros los que cubrían la ruta entre España y Cuba, cuya travesía demoraba entre ochenta y cien días, durante los cuales la modorra y la sal invadían el maderamen del barco y el ánimo de los viajeros con una obstinación aburrida y poco menos que pecaminosa. Ahora eran buques de otro calado y velocidad los que atravesaban el océano, mientras dejaban una nube de hollín entre las olas y el viento.

Con el transcurrir de los días, y a pesar de todos los designios y previsiones el mar se mantuvo en calma. Sin embargo, esa circunstancia no consiguió borrar en Ángel la inquietante sensación que lo embargaba. Al dejar atrás la ciudad de Vigo, el presentimiento amargo se acrecentó. No resistía la pestilencia que despedían los cuerpos amontonados durante días, como blasfemias insultantes con un desenfado aterrador. No fueron pocos los reclutas enfermos. Entre cielo y

mar, las náuseas y los vómitos parecían no tener fin. Tres días estuvieron como moribundos, sin apenas probar bocado ni agua, sin la ilusión de que aquel vaivén infernal tuviera término de una buena vez, y olvidados de todos.

Fue en medio de aquella atmósfera densa que Ángel escuchó hablar por primera vez de la trocha de Júcaro a Morón, una barrera con puestos de observación, alambradas y pequeñas fortalezas militares erigidas por tramos al borde del oriente del país, para evitar el paso de los cubanos en armas hacia el occidente. Alguien aseveró que los destacarían allí, en pleno vórtice del huracán, y mencionó la primera carga al machete dirigida por Máximo Gómez, cuando aún no era el General en Jefe de las tropas cubanas y apenas concluía un mes de iniciada la primera guerra. La historia era contada como una leyenda espectral en las noches de los fortines rodeados por la manigua con toda su espesura de enredaderas, susurros de grillos, pájaros o avisos del enemigo.

Mientras Ángel escuchaba, el hombre pormenorizaba los detalles de aquel pasaje de la Guerra del 68, en esa ocasión los españoles constataron la definitiva resolución de los mambises por alcanzar la independencia. Los cubanos ponían la piel a las balas del máuser y terminaban venciendo por la pujante decisión con que embestían, inspirados en la pasión libertaria y el desprecio a la opresión.

Quien evocaba, lo hacía casi en un murmullo, recreando cada detalle, gesticulando despacio. Sabiéndose conocedor de una realidad desconocida por los otros, provocaba de una manera sutil no solo la expectación, sino también el miedo en los demás. De pronto hizo un alto, respiró profundo y se adentró en la memoria más estremecedora. Ángel seguía con interés cada palabra:

«Cuando hallaron al joven soldado español tenía los ojos desorbitados y el uniforme hecho jirones de andar desenfrenado por la manigua sin fijarse si de veras alguien lo seguía. Con la mirada perdida, balbuceaba unas pocas palabras, el recuerdo anclado en el día que avanzaba por el camino polvoriento y sombreado, como infante de la columna del coronel Quirós, integrada por setecientos hombres y dos piezas de artillería. Hablaba entrecortado y apenas si se le entendía algo. No se sabía a ciencia cierta si aquel divagar de la mente tenía algo que ver con las calenturas que la isla encendía en los hombres acostumbrados a otro clima, o si eran los temblores del miedo. Se refería a los cubanos como una aparición fantasmal y arrolladora. Estaban semidesnudos cuando se cruzaron en el camino para cercenar vientres, cabezas y brazos, con una rapidez de vendaval, en medio de la confusión y la sorpresa.

»Maldecía a “esta tierra de mil demonios adonde no debía haber llegado jamás” mientras se le despertaban los temores y se le desfiguraba el rostro

ante las imágenes que sólo él veía. Regresaba de la inconciencia, aclaraba algunas dudas y luego caía de nuevo en una especie de sopor, rodeado de alucinaciones.

»Era noviembre de 1868 y no se hablaba de otra cosa en las cercanías de Baire, en Oriente. Se mencionaba a Gómez, un dominicano de treinta y tantos años, con experiencia militar al servicio de España en la guerra contra los franceses, en la frontera con Haití, poco antes ascendido a sargento del Ejército Libertador cubano por un poeta mambí.

»El coronel Quirós pasó la Venta de Casanova y ocupó Baire; allí las fuerzas insurrectas lo hostigaron hasta propinarle un golpe demoledor con la carga al machete, en la Tienda del Pino, el 4 de noviembre. Cerca de cuarenta hombres lo atacaron sin darle tiempo más que a dejar el sendero poblado de cadáveres.

»“¡Parece cosa del diablo!” –blasfemaba Quirós.

»Apenas lo podía creer, porque los cubanos no poseían armas de fuego suficientes como para enfrentarlos sino de aquella manera suicida; presentía que los efectos de esa acción harían más daño al ejército peninsular que los disparos ensordecedores de una descarga de fusilería a quemarropa. No se olvidaba, no podía olvidar, la increíble acometida a golpes secos, silenciosos, de tajazos profundos.

»Nadie pudo regresar al soldado de aquella confusión de gritos y convulsiones que padecía mientras

dormía, agotado de batallar contra los recuerdos. Pasaba horas entre lamentos y sudoraciones, en perdurable letargo e infinita soledad, lejos de su pasado. Maldecía el servicio militar una y otra vez, en destellos fugaces e intermitentes de lucidez, sin importarle ya nada».



Todo ese espanto permanecía casi treinta años después de las aprensiones del coronel Quirós. La posibilidad de que las tropas cayeran en emboscadas de machetazos se temía en todas partes: en los despachos de la Capitanía General, en los aposentos de las esposas de los altos oficiales, en las oficinas de telégrafos, cuarteles, convoyes y acampadas, en los fortines de las tropas peninsulares, e incluso, en las bodegas, la cubierta, los camarotes de la tripulación y hasta en la brisa de salitre que respiraban los hombres en viaje hacia la isla para cumplir el servicio militar. El primer batallón de la fuerza de la que formaba parte Ángel se había organizado al pie de guerra por Real Orden del 27 de julio de 1895 y orden del día 29, destinado al ejército de operaciones en Cuba y nombrado Batallón Expedicionario de Isabel II No. 32, con Puesto de Mando y seis compañías, con treinta y nueve oficiales y mil tres de tropa. Se constituyó en

Valladolid, con su propia fuerza y la del Segundo Regimiento, más quinientos setenta reservistas procedentes de los regimientos de Monforte, de los de Huesca, y Ontoria, Madrid, el Bruch y Ávila, Teruel, Astorga, Filipinas, Salamanca, Castrejana, y A Coruña. Embarcaron ese 24 de agosto con cinco jefes, cuatro oficiales y novecientos cincuenta y cinco de tropa y la aureola de un nombre resonante pero aciago, de reina desterrada a Francia y no regente desde que abdicara en 1870 a favor de su hijo Alfonso XII.

El viaje por el Atlántico fue calmado. Por el contrario, al aproximarse el *Santiago* a las Islas Bermudas y al Arco de las Antillas Mayores, el cambio fue súbito; se encresparon las aguas y el cielo se mantuvo nublado y ventoso hasta dejar atrás la Punta de Maisí, en el extremo oriente de Cuba, y retomar el rumbo oeste por el sur. Quienes se atrevieron a permanecer en cubierta notaron el azul intenso de las profundidades y la serenidad del mar. El esplendor de las altas montañas de la Sierra Maestra delineaba el cielo. El barco continuó por toda la costa sur, pasó el golfo de Guacanayabo, en Manzanillo, donde se reabasteció de agua y alimentos, y luego continuó su derrotero hacia Cienfuegos. En esa última parte del recorrido, la transparencia del mar y su escasa profundidad permitían casi tocar fondo con la vista. La bonanza del tiempo era total y el panorama paradisíaco entre cayos e islotes en verdor resplandeciente, lo cual confortó a los pasajeros, les alivió tras

una travesía convulsa y dio oportunidad a los marineros de contar historias nuevas y viejas de sus muchas navegaciones por el mundo.

El Primer Batallón Expedicionario de Isabel II No. 32 desembarcó el 8 de septiembre de 1895 en el puerto de Cienfuegos, al centro de la isla de Cuba. La amplia bahía resguardaba navíos, pequeñas embarcaciones y goletas que llevaban y traían mercancías desde y hacia Centroamérica y hacia otros embarcaderos de la Mayor de Las Antillas. No más llegar los infantes, conocieron su puesto: sería en la provincia de Las Villas, territorio al oeste de la temida Trocha de Júcaro a Morón. Apenas sin hacer un alto, emprendieron viaje por tren y el propio día 15 de ese mes de huracanes y calores insoportables salieron a operar desde San Juan de los Remedios, una ciudad de vetustos aires señoriales cuya prosperidad económica y el título de urbe concedido por su fidelidad a la corona convirtieron, durante los diez años de la guerra pasada, en una importante plaza militar del Ejército Español. Su ubicación en aquel sitio –antes tuvo asiento en un lugar más próximo a la costa y muy vulnerable a los ataques de corsarios y piratas– ocurrió tierra adentro de la isla, un 24 de junio, día de San Juan, y se le tituló de los Remedios para conjurar los demonios que se presumía cercaban la localidad.

En el corriente año de 1895, aunque la ciudad conservaba con prestancia la Plaza de Isabel II, la casa

del Alférez Real y la de Las Arcadas, ya no era la misma de antes, había venido a menos a causa de la aparición de cinco municipalidades en el período de la sobresaltada paz después del Pacto del Zanjón, lo cual restó allí fuerzas al integrismo. Al llegar, las tropas españolas no recibieron de la población la efusiva acogida que quizás esperaban o probablemente hubiere acontecido apenas unos años atrás. Al conocer el estallido del 24 de febrero, las autoridades españolas de la jurisdicción detuvieron, en previsión de un levantamiento, al revolucionario cubano Francisco Carrillo y Morales, quien había liderado el inicio de la Guerra Chiquita, con el levantamiento en Remedios del 9 de noviembre de 1879. A pesar del cautiverio del Brigadier Carrillo, el 5 de junio se alzó en armas el teniente coronel Pedro Díaz, reconocido como Jefe de la Brigada de Remedios como parte de la Primera División del Cuarto Cuerpo del Ejército Libertador. Sus fuerzas operaron con resonancia en el territorio hasta la invasión del general Máximo Gómez y Antonio Maceo, a la que con una pequeña partida de caballería se incorporaron en su marcha al occidente. En las acechanzas perennes a los destacamentos de Isabel II, brilló el Brigadier José González Planas, secundado por hombres de la valía de Enrique Malaret.

Con todo, los soldados monárquicos no eran rechazados porque la población de la isla disponía de una sensibilidad natural que le confería suficiente

clarividencia como para ver en ellos a unos pobres infelices arrastrados por la vorágine de los acontecimientos al centro de una contienda que les deparaba desgracias e infelicidad, mientras otros se llenaban los bolsillos o escalaban un lugar más prominente en la jerarquía de los mandos y hasta conseguían títulos honoríficos para pavonearse a su regreso a la península. En definitiva, los mambises, los pobladores de los campos y los poblados –fueran cubanos o españoles–, y los quintos serían diezmados de igual manera, primero por la cruel política de Valeriano Weyler, y luego también por la obstinación de España en no desprenderse de su posesión y alentar un autonomismo que jamás aceptarían los revolucionarios cubanos y extendería las calamidades de la guerra.

☞ Guerra ☞

Ángel era infante de la 6ta. Compañía del Bon. de Infantería Isabel II No. 32. Esa fuerza organizó en Remedios la guerrilla montada, y por orden del Capitán General del 27 de febrero de 1896 y circular de la Subinspección de Cuba, del 9 de marzo, se reorganizó en abril en cuatro compañías ordinarias, una montada –la quinta o guerrilla–, y la sexta, formada por los enfermos, convalecientes y menos aptos para operaciones y para cubrir destacamentos. Así, las comunicaciones entre los mandos ponían al tanto de los desplazamientos, relevos y misiones. El 9 de septiembre de 1895 un mensaje participaba al Comandante de Armas de Caibarién:

autorizado para decir á Teniente Yaguajay vaya a ésa á recoger haberes... Disponga relevo de destacamentos de Borbón por Isabel 2da. Enviando 25 soldados á Dolores en... de 20. Déme cuenta haberse verificado expresando qué fuerza queda ahí de la Compañía de Isabel 2da. á cubrir los destacamentos. Reconcentrado ahí Borbón espere instrucciones mías para embarcarlo...

El día 10 se remitía acuse de recibo al General Gobernador e informaba:

Recibido telegrama V. E. Ordeno á 1er Jefe Burgos esté Camajuaní llegada primer tren Santa Clara para reunirme con 1er Jefe Isabel 2da. á oficial Estado Mayor y Ayudante V.E.

Una orden al Comandante de la Guardia Civil, don Manuel Ferreira, del 12 de septiembre de 1895, es decir, apenas cuatro días después del arribo del batallón por Cienfuegos, mandaba, por órdenes superiores al Primer Jefe de Isabel II, que dos compañías de dicho batallón marcharan al día siguiente, 13 de septiembre:

a Vueltas á formar la columna que teniendo por centro de operaciones a este punto ha de ser mandada por V. habiendo dispuesto también que de dichas compañías se establezcan los destacamentos siguientes: Vueltas: 25 hombres al mando de un oficial; Vega Alta: 25 hombres con otro oficial y que se refiere al puesto de la Guardia Civil de Vega de Palma con 15 hombres mandados por un sargento...

Los escribientes de las diversas fuerzas, en las oficinas de los batallones, anotaron pormenorizadamente los movimientos de tropas, despliegues y plazas cubiertos por Borbón y los que de estos habían sido relevados por Isabel II en Taguayabón, Caibarién, Buenavista y Zulueta (los designados a estos dos últi-

mos lugares por interrupción de la vía férrea quedaron momentáneamente en Caibarién), Vega de Palma, Dolores y Jinaguayabo. Además registraron que «Isabel 2da tiene establecido un puesto de un sargento con 20 hombres en el puente Reforma por disposición del Excelentísimo Sr. General en Jefe». Para entonces quedaban por relevar por los soldados del batallón recién llegado, los destacamentos en Vueltas, Guadalupe, Vega Alta y Camajuaní.



Al final de las partidas de barajas o dominó en el cuartel, sin otra cosa que hacer, ni conversar y envuelto en la penumbra demasiado densa para la frágil luz de los candiles, Ángel se entristecía mientras recordaba a su novia. Se inquietaba porque el perfil del rostro de la muchacha se le iba borrando de la mente, desahaciéndose, difuminándose como la neblina espesa de las frescas amanecidas al rayar el día; deseaba retenerlo. La pérdida le provocaba un gran desasosiego. Sentía nostalgia por su pueblo y los suyos.

No lograba conciliar el sueño. Lejos de la aldea añoraba sus valles, planicies, tenues montañas, el frío intenso y la visión del cristal nublado en las ventanas de la casa, donde las aguas corrían por el subsuelo, el interior de las piedras y de su corazón.

Rememoraba como una fiesta la matanza de los cerdos para preparar tocinos, jamones y chorizos; la costumbre de reunirse todos en torno al cocido de garbanzos, oveja y patatas para entrar en calor durante la temporada de invierno. Una temperatura a la que estaba acostumbrado, y no esta, plomiza y sofocante de Las Antillas que asediaba a sus huesos. No se movía una hoja. El tiempo cargado de nubes, a punto de romper el diluvio. Ángel María miraba a su alrededor. Había poco lugar allí para tantos soldados. Todos dormían plácida e inexplicablemente. Lo hacían apurados, la mayoría descansaba sin desvestirse del todo, con la incomodidad del uniforme, el cinturón, las botas puestas, los temores y el deseo de mujer bajo el sombrero de almohada. Llevaban algún tiempo destacados en aquella zona de fortines y ramales de ferrocarril que la industria azucarera había tejido apretadamente de una localidad a otra y con rumbo a la costa. Las marchas y contramarchas, los llevaban de uno a otro monte, a potreros perdidos, lomas que fueron hospitales de sangre de las fuerzas mambisas, a ciénagas infernales en días lluviosos o de seca, donde los mosquitos y los matorrales los cercaban. Padecían el maltrato de la oficialidad casi siempre indiferentes a sus desfallecimientos por cansancio, hambre, sed o enfermedad o porque los nervios ya no soportaban más el constante acoso de la mutilación o la muerte en los combates.

Durante la primera quincena de diciembre de 1895, después que el general cubano Antonio Maceo cruzó la Trocha de Júcaro a Morón el 30 de octubre, y de su reunión con las tropas del viejo general Máximo Gómez, lo que les vino encima fue un verdadero vendaval. Los insurrectos batallaron fieramente en Iguará y en toda la línea Zulueta, Placetas, Camajuaní, Remedios, Caibarién, Sagua la Chica y Sagua la Grande, Santo Domingo, Cienfuegos. Estremecía el resplandor de los cañaverales incendiados. El viento arrasaba las cenizas y opacaba los días hasta que se hizo verdad, con todas sus palabras y significados, el Mal Tiempo. La columna del coronel Salvador Arizón había perdido allí casi la mitad de sus hombres.

Los primeros meses tras el desembarco en Cienfuegos fueron de un sobresalto en otro. No tenían instrucción militar y no pocas veces pagaron cara su novatada. Los oficiales, por lo general, les mantenían ajenos a las noticias más importantes; les llegaban al dirimirse acontecimientos en esferas más altas o cuando tenían sobre sí un infierno. Casi siempre sin explicación alguna de estrategias o tácticas, les llevaban y traían en los vagones de tren o a jornadas de a pie extenuantes.

Gómez se había ido más al occidente, pero las partidas de mambises batían en la región, reforzadas de nuevo en marzo de 1896, al regresar a Las Villas, el viejo Generalísimo mambí. El día 23 de ese mes

llegaron noticias del destacamento de Isabel II desplegado en Vega Alta. En la vía férrea conectada con Calabazar, las fuerzas de Gómez habían destruido un puente. Al día siguiente, los cubanos insurrectos casi consiguieron ocupar Santa Clara. El embate era cada vez más fuerte: se sucedían ataques a los trenes, a las guerrillas y a los poblados, la destrucción de puentes, paraderos y alcantarillados. Los militares españoles, a veces no lograban explicarse los ímpetus de los cubanos, tras un golpe demoledor al inicio de la pelea como la caída en combate de José Martí, el principal organizador de la guerra. Apreciaban esa circunstancia con asombro y hasta admiración.

Los días 10, 11 y 12 de mayo, Gómez no dio tregua a las columnas españolas en las inmediaciones de Manajanabo, en las proximidades de Placetas. El Jefe del Ejército Libertador escribió en su diario:

Los españoles, han acumulado fuerzas sobre mí, para impedir el cruce de nuestras fuerzas a Occidente. Sin embargo, al mismo tiempo de estas operaciones activas, he logrado organizar una columna de más de 500 hombres bien armados y pertrechados que al mando del Brigadier Zayas marcha el 13 a reforzar al General Antonio Maceo.

Al día siguiente recuenta fugaz:

El 14, sostenido combate en el cual no se pudo empeñar decisivo por el mal terreno para maniobrar la caballería, única arma de que he podido disponer. Terminada aquí mi marcha y fin, contramarcho con el propósito de continuar la marcha hasta el Camagüey, en donde se me avisa que se hace necesaria mi presencia por el mal estado de organización en que se encuentra aquella comarca.

Desde su arribo a la isla, los avatares y severidades de la guerra comenzaron a hacerse sentir en el cuerpo y el espíritu de Ángel, y poco más de ocho meses después de salir por primera vez de operaciones, fue hospitalizado en el Hospital de Remedios, en la clínica de Placetas. Fue el 8 de junio de 1896, apenas podía sostenerse en pie por la fiebre tifoidea, esa enfermedad lo mantuvo en cama por ocho días, en medio de temblores y delirios. Sentía todos los temporales de la isla en los huesos, era como si lloviera dentro de sí. La segunda recaída de ese año fue por el intenso reumatismo muscular. Once días permaneció hospitalizado hasta el alta, anotada en la Hoja Clínica del Cuerpo de Sanidad Militar, en fecha 2 de diciembre de ese propio 1896. Mientras sufría la inflamación en las coyunturas de todo el cuerpo recordaba su niñez y los cuidados de su madre Antonia. La extrañaba más que nunca. Ella le ponía paños tibios en la pierna

adolorida y le rogaba no hacer largas caminatas, ni bañarse en el río y mantenerse al calor de la lareira sin exponerse al frío fuera de la casita de Láncara. A su pensamiento regresó la imagen del viejo Sebastián. Cuando niño temía volverse tan encorvado como él, pero no sabía que el final del camino era la muerte. Ahora la muerte lo rodeaba, no solo por el efecto de las balas enemigas, sino sobre todo por aquellos males del Trópico a los cuales no estaban acostumbrados los peninsulares.

Una tarde de aquellas, en que permanecía recluido, escuchó a uno de los doctores movilizados por España, ante la emergencia epidémica de sus tropas en Cuba, afirmar que en el hospital de Remedios, incluyendo la enfermería o clínica de Placetas donde se encontraba, eran internados unos mil soldados enfermos cada mes. El reumatismo muscular agudo lo tumbaría en reiteradas ocasiones en una cama de aquel lugar, donde también fue ingresado por padecer paludismo, ulceraciones y fiebre tifoidea a lo largo de los años 1897 y 1898, e incluso los primeros días de enero del 1899.

☞ Armisticio ☞

Realizada la invasión, la contienda abarcaba toda la isla. Las fábricas de azúcares y los campos de caña habían sido arrasados por la tea incendiaria de los mambises con el propósito de destruir el sostén económico de la metrópoli en Cuba, mientras las tropas monárquicas hacían arder las poblaciones y caseríos de quienes se refugiaban en la manigua.

Los más entendidos ubicaban a los españoles a la ofensiva desde Pinar del Río hasta Las Villas, y a la defensiva en Camagüey y Oriente.

El Capitán General Valeriano Weyler lanzó, sin resultados, más de cincuenta mil hombres contra el *Generalísimo* mambí Máximo Gómez. El viejo dominicano cumplió con éxito la Campaña de la Reforma, allí donde mismo tenía destacamentos desplazados el Batallón de Infantería Isabel II. Gómez batió y desconcertó a las tropas peninsulares en una zona de apenas diez leguas cuadradas, hacia el oeste de la trocha. Allí consiguió que sus fuerzas tirotearan durante la noche los campamentos enemigos, se hicieran perseguir en angustiosas marchas y contramarchas, y luego establecieran emboscadas temibles como aquella del 4 de noviembre de 1868.

Los soldados españoles enfermaban de las fiebres, el desconcierto, el miedo, y los disparos, como

una maldición irremisible. Padecían disentería, paludismo, erupciones en la piel, fiebre tifoidea, tuberculosis pulmonar, males para los que no tenían defensas. Sufrían también espasmos reiterados, insomnio o adormecimientos agotadores; fatiga del cuerpo y el alma.

Aquellas dolencias insólitas, los tiraban durante días en los improvisados camastros de los hospitales de campaña y muchos no sobrevivían a la frialdad de los amaneceres, las calenturas del cuerpo en días reverberantes y al desahucio anticipado. Otros no soportaban la impúdica indolencia y los maltratos de sus superiores. Los soldados de espíritu noble no podían explicarse lo que sucedía, no podían justificar a España por el hambre de tantos infelices pobladores, ni la destrucción del país, ni los incendios de los montes, ni el olor a cadáver que se respiraba en los territorios de la isla. ¿Qué hacían allí? ¿Qué sentido tenía su martirio y el de los cubanos?

Los más audaces se encaraban a los mandos y se resistían a la fría crueldad a la que los obligaba la política española en Cuba, otros desistían: no avanzaban un paso más en el camino o aprovechaban la noche para desertar y perderse de aquel manicomio. Un numeroso grupo engrosaba, una y otra vez, la cuantiosa lista de los enfermos, de los moribundos.

Los diarios de la península recordaban la tragedia algún tiempo después:

(...) se habían enviado 200 000 soldados; luego triunfaríamos. ¡Y no eran 200 000, ni eran soldados! Eran un rebaño de muchachos anémicos sin instrucción. Y así, en la tragedia de la guerra, ocurrían escenas como la de la Acción de Mal Tiempo, en que varias compañías fueron macheteadas por no saber cargar los Máuser.

Los quintos murmuraban y las terribles historias diezmaban la moral. Se decía que aquellos pobres muchachos solo habían atinado a arrodillarse y rezar mientras recibían impávidos el torbellino de abanicazos mortales. Aún no conocían que dentro de los cubanos, muchos no tenían armas y el sonido que los acompañaba al avanzar era el del roce de la cuchara y la vasija, atados a la cintura.

Una disposición de la superioridad militar española concentró todas las fuerzas de Camagüey en las poblaciones de Puerto Príncipe, Nuevitas, Santa Cruz del Sur y en la línea de la trocha, reconstruida para obstaculizar el paso desde Camagüey a Las Villas y viceversa. El resto de la provincia y Oriente estaban en poder de los mambises, quienes podían moverse con libertad y vivir allí en sus prefecturas en el monte. Los partes militares no lo reconocían, pero lo comentaban los quintos en voz baja, después de adivinar el pesimismo en el rostro de los jefes reunidos para examinar los mapas y los acontecimientos. A comienzos

de 1897, a los fuertes españoles en la provincia de Las Villas, llegó el informe de que Gómez volvía a operar en la zona. El 7 de marzo, los exploradores cubanos sostuvieron un corto encuentro con una columna española, y los días 8 y 9, otra fuerza española de las tres armas en composición de 3 000 hombres atacaban a los patriotas cubanos quienes tras dos días de resistencia, se retiraron con varios heridos.

En enero el reumatismo muscular agudo no daba paz a Ángel, a quien volvieron a hospitalizar el 8 de enero de ese año. Regresó a la clínica en otras seis ocasiones. De nuevo por fatiga muscular en febrero, por paludismo en abril; a fines de ese mismo mes cayó en cama por fatiga muscular, en junio la fiebre lo debilitó; en noviembre y diciembre lo internaron por enfermedad de la piel. Le dieron de alta en 29 de diciembre de 1897.

Terminaba un año convulso y cambiante para España: el presidente del Consejo de Ministros, el conservador Antonio Cánovas del Castillo, fue asesinado en agosto por un anarquista. En su lugar, el jefe del Partido Liberal, Práxedes Mateo Sagasta, como ensayo de una solución del daño irreparable y para evitar pretextos que pudieran ser utilizados por los Estados Unidos con el propósito de intervenir en la guerra, dispuso el relevo de Weyler por el general Ramón Blanco y presentó un decreto para el establecimiento de un régimen autonómico estrenado en

enero de 1898 con el rechazo manifiesto de los cubanos en armas.

En la primera semana del nuevo año, Ángel no pudo asistir a la revista militar ni a la misa de campaña, el mismo 4 de enero fue recluido en el hospital por paludismo y diarrea. Permaneció todo un mes en la clínica de Placetas, de donde salió el 5 de febrero. A la vuelta a su compañía supo que el general Blanco había sacado tropas hacia Cienfuegos para embarcarlas a Oriente, donde reforzaría la campaña militar.

Sin comprender bien lo que ocurría a su alrededor, ni estar al tanto de los intereses que se movían en aquella contienda de mil demonios, Ángel María intuía el final.

«Esto se acaba» –decía para sí, sin atreverse a compartir sus meditaciones. Lo percibía con mucha claridad mientras buscaba entre sus cosas la última carta de la península, llegada en uno de los vapores de la Compañía Trasatlántica Española, una empresa naviera que inició sus operaciones en 1881. Don Antonio López y López y don Manuel Calvo y Aguirre se unieron para fundarla.

La Compañía tenía el transporte de la correspondencia entre España y las islas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, adquirido en subasta pública en el año de 1861. Su crédito y fama eran tan envidiables como las de su buque insignia, el correo *Alfonso XII*.

Ángel María releía la carta, manoseada tantas veces, con la sensación de siempre. Pensaba que las aldeas de Armea de Arriba y la cercana Láncara se morirían sin remedio e iban a terminar por quedarse vacías. Las noticias llegadas desde lejos eran aciagas; siempre, al recibir un sobre, le daba un vuelco el corazón. La primera que lo abrumó fue la del fallecimiento de su hermana Petra María, sepultada el 4 de noviembre de 1896. Ella habría cumplido, precisamente el día 21 de ese mes de 1896, los 18 años. También en noviembre, pero de 1897, murió el abuelo don Juan Pedro de Castro Méndez, otra pérdida que Ángel sufrió en la distancia, cuando se encontraba hospitalizado. De San Pedro de Armea de Arriba eran los acaecimientos tristes, y aunque en Láncara, por lo pronto todo iba bien, él intuía que en Galicia, al final, solo permanecería su hermana María Juana, con sus hábitos, su fuerza y su bondad. Ángel María no lograba sustraerse de la realidad: lejanía y progreso eran sinónimos. La certeza lo desconcertaba tanto como el final de una guerra y la repatriación forzosa de civiles y militares, la mayoría campesinos olvidados de Dios. El regreso era el motivo real de sus insomnios a principios de 1898, y no el calor sofocante al que sin percatarse se había habituado. Era una sensación contradictoria, por un lado, la posibilidad de la paz le salvaba la vida y significaba el pronto reencuentro con su novia, con su familia; pero también la vuelta a la nada.

Descubrió la verdadera razón de su sinsabor cuando alguien hizo a un lado su fusil, se despojó del cinturón con el parque, y le dijo sin inmutarse.

—Estamos solos. No hay nada que hacer. España acaba de firmar la suspensión unilateral de las hostilidades.

El 16 de febrero de 1898, la noticia de la voladura el día anterior del acorazado norteamericano *Maine*, fondeado durante tres semanas en la Bahía de La Habana, ocupó los titulares de primera plana en los diarios de Nueva York, Madrid y la capital insular, y desató, de una vez, los desafueros de los Estados Unidos, apenas contenidos hasta ese momento, en sus ambiciones por Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

La noticia elevó al millón de ejemplares las tiradas de las ediciones de la mañana y la noche del *World* de Pulitzer, y del *Journal* de Hearst, que exigían el inicio de las beligerancias militares. En Madrid, los vendedores de *El País*, *El Imparcial* y el *ABC*, voceaban inconscientes y con cierto aire fanfarrón, en el mismísimo espíritu de las crónicas y artículos, la guerra de España con los Estados Unidos por todas las calles y ante todos los portones de la capital. La desavenencia no era nueva. Norteamérica venía presionando desde hacía mucho tiempo para apropiarse de esas colonias.

España se precipitó a conjurar la catástrofe, dispuso el cese tardío de la reconcentración y las acciones

militares en Cuba, pero ya el presidente norteamericano William MacKinley solicitaba al Congreso autorización para intervenir en el conflicto.

La Armada Naval de Estados Unidos bloqueó los principales puertos de la costa norte y la bahía de Cienfuegos, que don Ángel conocía muy bien porque fue por allí por donde desembarcó su batallón poco más de tres años atrás, en septiembre de 1895. Así, la tragedia del hambre y escasez de suministros que durante toda la guerra asoló a los insurrectos cubanos se hizo extensiva a las tropas monárquicas.



El paisaje a la entrada del puerto sobrecogía y las naves parecían cementerios. Cuba se conmocionó con lo ocurrido a las unidades de la escuadra española del almirante Pascual Cervera, arrasada por la artillería de la poderosa escuadra norteamericana del almirante Sampson, a la salida de la Bahía de Santiago, el 3 de julio de 1898. Todos los marineros del *Vizcaya* murieron en aquella batalla.

Nadie podía imaginar entonces que, al mismo tiempo, más de mil cien cadáveres de personas y animales permanecieran abandonados en casas, fondas, almacenes y solares de una ciudad condenada a los aires malolientes del olvido y la ausencia de sarcófagos.

Las pérdidas españolas sumaban trescientos cincuenta muertos, ciento sesenta heridos y mil seiscientos sesenta prisioneros. La capital provincial de Oriente resistió el sitio durante varias semanas pero al final depuso las armas. Los destacamentos cubanos cortaron los abastecimientos por el oeste y apoyaron el desembarco estadounidense por el este. Los mismos cubanos a quienes luego las fuerzas norteamericanas impidieron la entrada a la ciudad de Santiago de Cuba en el momento de la victoria, lo que fue una frustración y una injusticia histórica.

Las derrotas navales en el Pacífico y el Caribe forzaron a España a capitular. En agosto de 1898 se hizo público el protocolo preliminar para la suspensión definitiva de las hostilidades y comenzó a tramitarse la evacuación de sus tropas en Cuba, como condición ineludible para los tratados de paz que habrían de firmarse sin la merecida presencia de los cubanos, ese diciembre en París.

Los médicos yanquis solicitaban con empeño curar a los heridos españoles para anotar sus observaciones sobre los efectos de los proyectiles norteamericanos, en informes dedicados a conocer y estudiar las ventajas del armamento Winchester. Para los soldados españoles no había algo mejor que el Máuser. Doscientos fusiles Máuser se entregaron en la capitulación de Santiago y todos fueron enviados a Nueva York para su análisis. Cada aciaga

incidencia la conocían a pie juntillas los desventurados militares peninsulares a quienes los rumores de tanta humillación apesadumbraban aún más en la derrota.

El dolor persistía. El invierno húmedo de la isla se le metía en los huesos y los inflamaba hasta no soportarlo. El 9 de enero volvió a la clínica de Placetas, en medio del revuelo que ese mismo día causó entre los vecinos y las tropas españolas e insurreccionales cubanas, la noticia de la presencia del General Gómez en el poblado. Iba con rumbo a La Habana y venía procedente de las ciudades de Remedios y Caibarién, adonde había llegado tras la travesía «con mar gruesa» en un vaporcito por la costa norte. Arribó por el derruido y crepitante muelle de Jinaguayabo, ingenio entonces en ruinas, y donde en 1895 habían sido destacados algunos de los infantes del Batallón de Isabel II. Allí, en Jinaguayabo recibió al viejo combatiente el General Francisco Carrillo. En ambas ciudades, tanto los adversarios de antes como los compañeros de armas de siempre, le tributaron los merecidos honores con júbilo, respeto y una cerrada ovación.

Ángel comprendía la fraternidad demostrada tras los acuerdos de paz entre los soldados que hasta muy poco tiempo atrás habían sido contendientes: no existía en Cuba el odio a lo español, sino a la política española. Quienes desconocieran la estirpe y el noble

carácter de ambos pueblos podrían considerar la realidad de los hechos como algo insólito e inexplicable. En todas las localidades adonde les había llevado el movimiento de tropas, los quintos españoles habían establecido amistad con familias cubanas y peninsulares que, de alguna manera, les observaban como seres dignos de compasión, puros desdichados a quienes la necesidad arrastraba al desastre, víctimas de un poder superior y ajeno a sus vidas.

Mientras muchos festejaban, él preludiaba días difíciles: lo sería sin duda el repliegue, la ocupación por fuerzas extranjeras del territorio evacuado, la partida; luego, la travesía por el Atlántico y la llegada a una España en ruinas. Al ser dado de alta y reincorporarse a su destacamento, apreció el incesante ajetreo en que estaban inmersos, «tenía lugar en todas partes –le dijeron–: en las oficinas de los batallones y en los puestos de los destacamentos desplegados por toda la geografía cubana». En previsión del probable movimiento de tropas se ponían en orden todos los asuntos.

Desde los meses de octubre y noviembre del año anterior, la Capitanía General cursó instrucciones para la evacuación del ejército, lo cual incluía a las familias de los oficiales y a los soldados enfermos. Esa operación debía comenzar por Pinar del Río y extenderse paulatinamente hacia Oriente. Quedarían así disueltos todos los cuerpos y unidades de voluntarios,

con la consiguiente entrega de armas y municiones en los parques y plazas de las poblaciones y en las fincas rurales. El material de guerra que no pudiera transportarse con destino a España habría de ser entregado, junto a propiedades inmuebles, bajo acta a las autoridades civiles. Se delineó el cuadro de embarques en los vapores de la Trasatlántica y previó el orden a tener en cuenta en la distribución de las literas. Tendrían preferencia: el jefe de cada expedición, las señoras y niños, después los jefes y, en último lugar, los oficiales por categorías y los hombres de menor graduación, a quienes de no ser suficientes las literas, se les facilitarían colchonetas para dormir o, en caso extremo, se les permitiría hacerlo en divanes y sofás de los comedores y cámaras, con lo cual se les proporcionarían los medios para su aseo en la mejor forma posible. En las semanas finales, se abonaron pagas y mensualidades atrasadas, entregaron pasaportes y licenciamientos, y prepararon los bultos con armamentos y municiones, correajes, y papelerías de archivo, todo lo cual habría de trasladarse sin falta a la península. A última hora se llevarían a bordo los trajes de abrigo y mantas que les correspondiesen a las fuerzas embarcadas de las existencias procedentes de la península para distribuirlas a los cuerpos, unidades o fracciones de unos y otros...

☞ Regreso ☞

El vapor correo trasatlántico *Ciudad de Cádiz* se bamboleaba con levedad en las aguas del puerto de Cienfuegos, poco antes de iniciar su travesía con destino a A Coruña y Santander. Este barco impresionaba mucho más que el *Santiago*, por su altura espi-gada en la proa y la popa amplia y como bonachona. Había sido construido en Escocia en 1878 por Lobnitz, Coulborn and Co. en Renfrew y alcanzaba con su única hélice movida por una máquina de vapor de triple expansión, los 13 nudos de velocidad, datos desconocidos para quienes emprendían viaje a España. Quizás los 163 pasajeros de los camarotes de primera clase o los 54 que iban en segunda lograron conocerlos en charlas durante la ruta marítima con los oficiales, algo impensado para los que, al subir la escalerilla, de inmediato eran confinados al área próxima a las bodegas.

Ángel era uno de los doscientos pasajeros que viajaban en tercera clase. Pensó en la ventisca fría de ese 26 de enero de 1899 como preludio del invierno de su tierra. Viajaron sin los vaivenes del mar turbulento, en medio de una serenidad de olas y cielo a ratos exasperantes, en una travesía larga y lenta. La mayoría de los pasajeros iban heridos, enfermos y

abatidos. No sabían adónde los llevaría la providencia esta vez. Una dolorosa peregrinación de barcos llegó a A Coruña y Vigo, y allí depositó los despojos de la guerra, el orgullo maltrecho de España y toda la amargura posible de la derrota. Eran más de veintiocho mil, entre civiles y militares, los desembarcados en los puertos al norte del país.

El periódico *El Mundo* publicó una crónica de la llegada de los barcos *Isla de Luzón* y *Montserrat*, el día 28 de agosto de 1898:

A las 7 de la mañana de hoy es avistado en Vigo el vapor *Isla de Luzón*, que conduce el segundo gran contingente de repatriados de Cuba. A las 8:30 horas gana su costado la falúa de sanidad, con los gobernadores civil y militar, el comandante de marina, el alcalde y el director de sanidad. A las 10 el barco fondea en Punta San Adrián, en la orilla derecha de la ría, donde está preparado el lazareto de San Simón. Un inmenso y silencioso gentío observa sus maniobras.

Los médicos informan que el estado del pasaje es «regular» y seleccionan a los repatriados que pueden desembarcar tras la preceptiva cuarentena y los que han de permanecer en el lazareto, que ha sido dotado para albergar a 1.100 individuos. Durante la travesía han fallecido 32 hom-

bres, y otros dos al entrar el barco en el puerto. Trae un centenar de enfermos graves.

En el *Isla de Luzón* llegan los generales Escario y Rubín, 153 jefes y oficiales, y 2.057 individuos de tropa (...) Hoy también fondea en A Coruña, procedente de Matanzas el vapor *Montserrat*, con varios centenares de militares repatriados. Inmediatamente es admitido a libre plática, pues la salud a bordo es buena. Al *Montserrat* se le impone la cuarentena reglamentaria de siete días para el desembarco del pasaje y de la correspondencia. Los periódicos recuerdan la gesta de su capitán, Manuel Deschamps, que rompió el bloqueo yanqui hace cuatro meses y desembarcó en Cienfuegos con más de 500 soldados y abundantes víveres.

El pasado 16 de julio salió de nuevo de Cádiz, volvió a eludir el bombardeo enemigo y recaló en Matanzas, donde hacía días que no se veía el pan, con 8.000 raciones, 1.399 cajas de tocino, 805 sacos de habichuelas, 602 de garbanzo, 500 de harina, 213 fardos de bacalao y 25 cajas y barricas con medicamentos. La población como hoy en A Coruña, les hizo un recibimiento incomparable. El presidente norteamericano MacKinley llegó a ofrecer una recompensa con 80.000 duros, más el importe de la

venta del barco, a quien lograra apresar al *Montserrat*.

Manuel Deschamps, condecorado ya por la reina con la Cruz del Mérito Naval pensionada, es el héroe de la ciudad gallega. En los próximos días llegarán a la Península el *Isla de Panay*, el *Covadonga* y otros barcos, con lo que el número de repatriados rondará los 10.000 hombres. Son el contingente principal de nuestro ejército en Cuba, y en breve vagarán por los caminos de España, dejando su estela de remordimiento y dolor.

Para albergar al ejército de repatriados se han dispuesto los lazaretos de Pedrosa, en Santander; de San Simón, en Vigo, y de Oza, en A Coruña. Cuando atraca un barco, tanto el pasaje como su carga es desembarcado en el llamado lazareto sucio, donde se desinfectan y queman las ropas que pudieran traer gérmenes perniciosos. Se impone una cuarentena, más o menos larga, según los casos de enfermedades y fallecimientos que se hayan registrado durante la travesía (...).

Ángel María Bautista Castro Argiz se encomendó a Dios al desembarcar el 9 de febrero de 1899, en A Coruña. Estaba a salvo como un milagro del destino. Lo vieron llegar por el camino polvoriento de la aldea

de Láncara, ostensiblemente cambiado en corto tiempo. Los paisanos lo esperaban como un indiano de éxito, vestido de guayabera de hilo, sombrero de pajilla y con un brillante en el anillo. El hombre que tenían delante tenía una apariencia lamentable a pesar de su juventud, pues contaba con solo veintitrés años de edad. Se le notaba el ánimo contrariado y la salud endeble aunque hiciera un gran esfuerzo por disimular. A todas las desgracias se sumó su decepción por el olvido de la novia del pueblito de San Juan de Muro. Llegó de la guerra con la esperanza de reencontrarla y casarse, pero todo se derrumbó de un portazo. En una noche de suerte le ganó todas las partidas de naipes a don Osorio, su vecino de Láncara, dueño de un comercio y una cantina, quien había empeñado en el juego hasta su propia casa. A la mañana siguiente, el deudor le ratificó su palabra a Ángel, pero este, con una palmada en el hombro, le aseguró que no le debía nada, únicamente le pediría en pago dos trajes para su novia. Después supo ya no tenía sentido, ella no lo esperaba. Con los pocos ahorros disponibles decidió reponer fuerzas, alejarse e intentar fortuna por segunda vez, más allá del mar.

Durante los primeros días se dormía delante de las visitas que le disculpaban el agotamiento repentino provocado por el alivio de las tensiones. Fueron a recibirlo sus familiares, los amigos de la infancia, los vecinos y muy especialmente los primos Argiz con

quienes se bañaba en el río Neira o corría por los montes en mil aventuras.

En sus cavilaciones se consideraba un hombre afortunado, aunque recordaba a los difuntos de la travesía como recurrentes sábanas pálidas que la memoria izaba entre el viento y la penumbra del océano, aún tenía la cabeza sobre los hombros y no desvariaba. Las crónicas del diario *El Mundo* publicaban las tristes historias de los repatriados –él, como tantos otros, lo había sido porque no tenía familiares en la isla que lo acogieran–; historias que le confirmaban su ventura y la fatalidad de los otros. Antonio García, de Huelva, sufría accesos de locura y al menor descuido de sus familiares se echaba a la calle dando espantosos gritos. El sargento de Ingenieros, Adrián Samaniego, procedente de un desembarco en Barcelona, llegó en tren a Torredembarra, y en la estación misma, murió de la emoción al abrazar a su padre.

De tiempo en tiempo, Ángel María callaba. Pensativo, trataba de explicarse por qué habían llegado hasta ese punto irreconciliable las relaciones entre Cuba y su patria.

En la isla, la guerra había costado más de doscientas mil almas, los faros no funcionaban, los caminos resultaban intransitables, la economía se encontraba devastada, existía una terrible ausencia de niños y mujeres embarazadas y una nostalgia enfermiza de pueblos prósperos.

En la península ya casi nada tenía sentido, a pesar de que alguien como el viejo liberal Sagasta, presidente del gobierno, repitiera hasta el cansancio, con la esperanza de atenuar las decepciones, la célebre frase del monarca francés Francisco I: «Todo se ha perdido menos el honor». Los generales derrotados, arrastraban su fracaso en silencio y los soldados repatriados cargaban su miseria por todas las calles y los caminos de España. Lo decían los diarios: «¡Qué soldado el nuestro de Cuba...! Desarmado, triste, con su juventud herida de muerte por cruel enfermedad y por el desengaño del vencimiento (...) ¿qué es lo que queda aquí para rehacernos como nación?».

Esos malos pensamientos, la vejez de los tíos en Armea y la tristeza conforme de su padre Manuel ensombrecían a veces su determinación de volver, pero no lo hacían desistir, sobre todo porque Cuba, a pesar de la ruina por la guerra, seguía siendo un país nuevo con muchas posibilidades, que la fatiga y el escepticismo tremendos de España no podían ofrecerle, después que desapareciera, con los últimos cien años, la presunción del imperio. Por aquellos días se despidió de su casa en Láncara, de su padre, de doña María y de su hermano Gonzalo, a quien había encontrado hecho todo un hombre a los 17 años. Antes de la partida definitiva visitó en varias oportunidades San Pedro de Armea de Arriba para ver a su hermana María Juana y los tíos Juana y José, quienes

como viejos horcones, sostenían la casa del abuelo. La muchacha, a punto de cumplir los quince años, quería irse con él; se le colgó al cuello repitiéndole: «Llévame, llévame». Primero sintió grandes deseos de que su hermana lo acompañara en su segundo viaje a Cuba –vivir en la misma casa sería como habitar el hogar de la niñez perdida; no faltaría en la distancia, la charla sobre los viejos tiempos, la mano femenina en las cosas y el cariño familiar cerca de sí–; pero el llanto y la desolación de los tíos Juana y José ya *viejiños* y sus súplicas para que la niña de sus ojos no los dejara atrás, le hicieron recapacitar y convencerla: debía quedarse allí. Aceptó separarse de su hermana. Le prometió no olvidarla nunca, ayudarla por muy lejos que estuviera y escribirle, escribirle sin falta todos los pormenores de su vida para permanecer en la cercanía de la confianza y el afecto.

A Cuba, en sus conversaciones íntimas la llamaba «la isla de los asombros», y quienes no conocían bien al joven no suponían desvaríos y encontraban fundamento a sus sueños.

☞ Habana ☞

Las olas rompían primero en la llanura de los arrecifes y luego alcanzaban el abrupto promontorio y las paredes altas del Morro, iluminado a ratos por los espejos del faro de la bahía. El vapor *Mavane* de la Compañía Francesa de Navegación bordeó el litoral al oscurecer y echó el ancla en el puerto, bien entrada la noche.

Los pasajeros habrían de esperar al día siguiente para realizar los trámites de inmigración y el control sanitario establecidos por las autoridades norteamericanas, que asumieron la gobernación de la isla a las doce horas del primer día del año de gracia de 1899, cuando cesó en Cuba el señorío de España y comenzó el de los Estados Unidos.

La mayor parte del tiempo, el barco hizo la ruta con la mar en calma y el cielo despejado, solo al dejar atrás las Bahamas se sintió la proximidad de un frente frío del norte; hizo descender la temperatura, encrespase las aguas, lloviznar y opacarse el cielo. Abajo, en el fondo, la corriente del Golfo de México, halaba como un imán hacia rumbos inciertos. La gente de a bordo pretendía alejar un naufragio con plegarias. Casi todos eran gallegos como él, de pantalones gastados, sacos raídos, alpargatas y boinas negras que soñaban con

espantar la pobreza de sus bolsillos. Durante la travesía había conseguido reunir algún dinero mientras ganaba uno tras otro los juegos de naipes en las noches de insomnio y luna clara.

Si los rezos no consiguieron despejar del todo las brumas de tormenta invernal, al menos acercaron a los viajeros con palabras y sonrisas cordiales. Al llegar, todos sentían un poco el despedirse.

Desde la cubierta de proa, Ángel María observaba las luces del alumbrado de la ciudad en una madrugada lluviosa y fría.

«Señal de buena suerte» –se dijo mientras recogía sus pocas pertenencias y reparaba en su cumpleaños veinticuatro, justo al día de bajar a tierra. Las formalidades de aduana se cumplieron con prontitud y pocas horas después figuraba como pasajero sin familia en la lista de inmigrantes que arribaron al puerto de La Habana, el 4 de diciembre de 1899.

Por los muelles pululaban a esa hora los vendedores de pescado, las mujeres trasnochadas y los marines borrachos, con su uniforme azul intenso y las insignias blancas: U.S. Navy. Sin prisa y con equipaje ligero, recorrió despacio la parte antigua de la ciudad hasta llegar a un hotel pequeño y acogedor, cerca de la estación ferroviaria de Villanueva, donde probó por primera vez el café Caracolillo.

Ni árboles copudos ni canto de pájaros en las calles apretadas de balcones pequeños y adoquines

gastados. La calle Empedrado había dejado atrás la humedad del barro y las maldiciones del vecindario por el fanguizal sin chinas pelonas; en la calle de los Oficios nadie anunciaba servicios de escribanía de cartas o documentos oficiales, y en la calle Baratillo se vendía con premura lo imprescindible, mientras perdían espacio las fantasías.

Durante años y años, la capital acumuló discreta sus transiciones hasta presentarse un día diferente, como una ciudad moderna que ya conocía el cinematógrafo de los hermanos Lumière y había visto rodar el primer automóvil, un ejemplar de la fábrica francesa Le Parisiense.

Él no lo notaba, era uno entre tantos forasteros: agentes comerciales, promotores, inversionistas e inmigrantes pobres, a quienes se reconocía pronto por su ignorancia ante la frustración del ideal independentista que pesaba en el ambiente cargado de malos presagios.

En la calle Baratillo, una mujer le preguntó:

—¿Gallego?

—¿Cómo lo sabe?

—Es fácil, todos buscan algo, se les ve en la mirada —dijo, y añadió sus lamentaciones.

Sentada a la puerta de un oscuro local, ofrecía a sus clientes, entre promesas y buenos deseos, todo tipo de abalorios falsos. Hundía el cuerpo en el fondo de un sillón de mimbre agujereado, las manos le

sudaban copiosamente y estrujaban un pañuelo mientras miraba con envidia la proliferación de comercios espaciosos y modernos a un lado y otro de su oscuridad. Cada día la gente se interesaba menos en sus cristales de colores, amuletos de piedra, collares de semillas y espejos. Tampoco seducía la visión del pasado; en realidad importaba el futuro. Un hombre joven abrió muy cerca, y con rotundo éxito, una tienda donde vendían faroles, candiles, velas de cera y lámparas, transparencias bordadas y vitrales que convertían en arco iris los fulgores del sol y los repartían a las habitaciones interiores por el suelo, las paredes y las columnas. Otro comerciante estableció una tienda con telas rudas y delicadas, propias para alforjas y refajos, según la necesidad. Prosperaban: una quinalla surtida de tijeras, dedales y agujas de coser de todos los tamaños; una venduta de infusiones importadas y yerbas para las calenturas; un comercio de auténticas reliquias árabes. Un local exhibía fustas, monturas y espuelas de plata y otros materiales de oficina. Los establecimientos conferían al lugar una apariencia abigarrada y festiva.

La mujer miraba a su alrededor con tristeza y cansancio. El tiempo de vender ilusiones pasaba. El desconsuelo hacía más frágil y tenue su silueta la mañana en que Ángel María se detuvo ante el bazar.



En su segundo viaje pensó establecerse en Camajuaní, un pueblo pintoresco de Las Villas, que debía su existencia al tendido de la línea ferroviaria para conectar las zonas azucareras con los puertos de la costa norte, una región conocida y recorrida durante los días difíciles de la guerra. Además, allí mismo un pariente suyo poseía una finca. En realidad estuvo poco tiempo en ese lugar; se trasladó primero a Cayo Romano y luego mucho más lejos, a las minas de hierro y manganeso de Daiquirí y Ponupo, en Oriente, bajo la jurisdicción de Santiago de Cuba como capital provincial, donde prometían empleo y pagaban en moneda norteamericana, un verdadero privilegio en medio de la situación económica del país.

El calor era insoportable en la apartada zona. Los hombres contratados, solos, como ermitaños, se comunicaban con el mundo por los motores de línea que transportaban el mineral hasta Daiquirí para embarcarlo hacia los Estados Unidos.

Ángel María compartía con los otros trabajadores la barraca pestilente y las partidas de cartas o dominó, sentados sobre cajones de bacalao importado de Noruega, en una mesa forrada de viejos ejemplares del *Diario de la Marina* manchados de grasa. Aquellas reuniones cordiales duraban hasta tarde y en el ruedo de la conversación caían todos los temas imaginables: los bandoleros, el desprendimiento de rocas en uno de los túneles, la llegada de un vagón de muchachas como

sombras trashumantes y marchitas, o del único capaz cubano de por todos los contornos quien al escucharlos hablar de holganza y futuro, repetía a manera de epitafio unas palabras del coronel mambí Manuel Sanguily: «Parece que Cuba puede ser un paraíso para todos menos para los cubanos».

Por último, hablaban del casorio del hijo menor de una familia de inmigrantes ingleses establecidos por más de cuarenta años en la región, después que el padre llegó como empleado de La Consolidada, una de las primeras empresas dedicada a la extracción del mineral en Oriente, cuando Cuba era la principal abastecedora de cobre de la industria británica y los barcos iniciaban la ruta regular de la mayor de Las Antillas a Liverpool.

A finales del siglo XIX, a Londres se le iban los ojos y las apetencias tras el oro del África Austral, y los norteamericanos aprovechaban los espacios vacíos.

La Spanish-American Iron Corporation operaba en Daiquirí desde 1892. Durante los tres años de guerra, su neutralidad le permitió continuar los trabajos.

La Ponupo Manganeso Corporation, activa desde 1894, interrumpió sus exportaciones en el transcurso de la contienda y las reanudó en 1898. Entre 1902 y 1903, la empresa consiguió exportar grandes cantidades de mineral, sin preocuparse en lo absoluto por la seguridad de los obreros ni por la enfermedad de sus pulmones saturados de humedad.

Si Ángel hubiese decidido escribir entonces a casa, la carta hubiera dicho: Estoy bien, a Dios gracias, hago ahorros y paso el tiempo leyendo en periódicos viejos sobre historia y geografía. No me acostumbro al calor y a esta vida sin hogar.

Se decía que el clima era más fresco en las tierras de la Nipe Bay Company, y todo marchaba «viento en popa y a toda vela» con las inversiones de la United Fruit Company.

Era una historia larga la que había llevado al propietario de esa compañía a establecerse primero en Banes y después tierra adentro.

Hipólito Dumois, joven cubano descendiente de una familia francesa de Nueva Orleans, emigrada a Santiago de Cuba cuando la Louisiana pasó a ser territorio estadounidense, desarrolló plantaciones de «guineo» (plátano) en la costa norte oriental y fundó en 1885 el pueblo de Banes. En goletas suecas y noruegas sacaba por ese punto de la Bahía de Nipe los embarques de la fruta hacia Nueva York, donde abastecía cerca de un cuarenta por ciento del mercado. Alcanzaba tal volumen su negocio que el gobierno de Suecia-Noruega decidió bautizar una flotilla de sus buques con el nombre de *Hipólito y sus hermanos*, y así existían el barco *Hipólito*, el *Ernesto* y otros tantos hasta donde alcanzaron las naves y los nombres de la familia.

Con la tea incendiaria de los mambises quedaron arrasadas las plantaciones en 1895. Además, la gente

hablaba de una maldición que perduraría por más de cien años y no permitiría nunca la prosperidad del plátano en la zona.

Dumois marchó a Manhattan y conoció allá al magnate de la Boston Fruit Company, Andrews Preston. Este controlaba el mercado del banano en el nordeste de los Estados Unidos y traía cargamentos desde Centroamérica y Jamaica para abastecerlo sin interrupciones. Preston le compró tierras a Hipólito Dumois para abrirse camino en la producción de azúcar y sustituyó la antigua compañía por la United Fruit Company.

En 1900 fundó el Central Boston y en 1907, el Preston, no muy lejos de Guaro, donde el 28 de noviembre de 1906, don Ángel Castro Argiz abrió las puertas del comercio El Progreso, que giraba con un capital de doscientos pesos y contaba por adelantado con la presumible buena fortuna que un nombre como ese podía conferir a un sueño, el mismo de la ya muy afamada publicación periódica gallega.

La fonda estaba en el portal, unas pocas mesas con manteles de cuadros y taburetes de cuero bastaban para que fuera un espacio acogedor, abierto a la brisa de los árboles, bajo la sombra del techo de tejas y con el atractivo del ir y venir de la gente y las noticias al alcance de la mano; al fondo, la bodega ofrecía un variado surtido, con la estantería repleta de importaciones de España: quesos, aceitunas, avellanas,

turrones, chorizos, harinas de trigo, castañas, aceite de oliva y vinos en portentosas botellas y porrones.

Después del almuerzo, todo el pueblo se detenía y se refugiaba al amparo de los patios y las estancias interiores. Los mediodías, insufribles por el calor, con la luz vertical y el polvo fastidioso, penetraban por los resquicios de las persianas francesas. Entonces, Ángel María aprovechaba para revisar los diarios de la capital.

Fue en una revista *El Eco de Galicia de La Habana*, donde leyó por primera vez la letra del himno de su tierra. La publicación tenía fecha de 1905, le causó una gran impresión, pues los versos eran como una cabalgata de sus sentimientos, un recuento de ideas memoriosas donde se mecían los rumorosos pinos, refulgían los campos, emergían de las malezas los castros y se encrespaban los mares en una costa bravía. Casi dos años después de publicado el texto, el 20 de diciembre de 1907, las dos primeras partes del poema «Os Pinos» de Eduardo Pondal, con la partitura de Pascual Veiga, fue interpretado por primera vez en el Teatro Tacón de La Habana, fruto de las añoranzas de la emigración gallega, de la nostalgia de hombres como Ángel que muy lejos mantenían vivas las tradiciones y la comunicación por carta con su familia.

Con el inicio del siglo tuvo razones para sentirse abatido y triste. La correspondencia le trajo primero la mala noticia de que su padre, don Manuel de Castro Núñez, había fallecido de muerte natural, a las siete

de la mañana del día 12 de junio de 1903. Un nuevo cura, don Juan Francisco Vázquez González, le dio sepultura eclesiástica en el viejo cementerio en derredor de la iglesia de San Pedro de Láncara, allí donde también estaban enterradas Antonia y las dos niñas de los Castro Argiz que no habían sobrevivido al tiempo. Solo Petra permanecía bajo una losa distante, en el camposanto de la iglesia de Piedra de Saá, próxima a las parroquias de San Pedro de Armea de Arriba y de Santiago de Souto.

Como si no bastara ese pesar, apenas tres años después, murió doña María Fernández López, viuda de don Manuel. Don Ángel sabía que ella le había hecho compañía amorosa y delicada a su padre cuando más lo necesitaba y por eso él le agradecía en silencio. Doña María murió el 28 de abril de 1906 y no dejó hijos, solo Gonzalo Castro Argiz estaba allí, donde quedó en soledad. Todos serían ausencia perenne de la casa de Láncara.

Por aquella época, Ángel escribía a sus hermanos con la esperanza de que nunca se deshicieran los lazos de unidad. Su congoja y desconsuelo se disiparon solo mucho después, en 1908, al conocer del matrimonio de María Juana. Ella eligió el sagrado templo de su aldea de nacimiento para casarse con Antonio López Vázquez, también hijo de aquella parroquia. El cura don Francisco Vázquez González bendijo la unión con el autorizo del vicario de San Pedro de Armea, de donde Juana era

feligresa. Fueron testigos de la boda Gonzalo Castro Argiz, que entonces ya estaba casado, y Manuel López Vázquez, hermano de Antonio.

Sólo él, don Ángel, seguía en solitario su vida. Los hostales al borde del camino, propiciaban la afluencia a su comercio, siempre a disposición de los clientes.

A la tediosa y casi inoportuna hora del mediodía conoció a María Luisa Argota. Leía los periódicos y se enteraba de la subasta pública de la administración local de aduana, que no podía almacenar tantos bultos: dos cajas rotuladas con comestibles y ropa usada, otras dos de vino de Jerez, quince barriles de alquitrán... una lista interminable. Lo más interesante de las noticias era lo relativo a la jornada de ocho horas establecida para los mecánicos, operarios y jornaleros. La disposición exceptuaba a los maquinistas, fogoneros, marineros, vigilantes, mensajeros y carreteros, cuyos servicios se consideraban necesarios a toda hora. El olvido de los empleados no públicos encendía la polémica con mil y una sugerencias de solución y alguien proponía cerrar todas las instalaciones a una misma hora.

—¿A quién se le ocurre que los restaurantes, los cafés, las droguerías, las boticas y los hoteles cierren a las seis? —censuraba contrariado el novato comerciante, disgustado por la falta de visión e insensatez de las opiniones, y pensaba—. Hay que hacer algunas excepciones.

Meditaba cuando sonó la campanilla del portón. María Luisa dio las buenas tardes y solicitó una caja de bombones.

—Es para un regalo —dijo.

Él envolvió el estuche y la siguió con la vista hasta la calle. A un lado y al otro se alzaban las construcciones de estilo francés *balloon frame*, que los norteamericanos introdujeron en Banes, Antilla, Preston, Cueto y Guaro: casas tipo chalet con techo a cuatro aguas, portal a la avenida y corredores alrededor, paredes de madera machihembrada, el piso entablado de pinotea y una profusión de puertas y ventanas.

La silueta de la joven se recortaba en el paisaje con la nitidez reverberante de la claridad del mediodía y armonizaba con la apariencia altanera de la avenida.

Mientras más se alejaba, mayor atención ponía él en conocerle el rumbo. No necesitó saber dónde vivía porque sus visitas se hicieron frecuentes y, al encontrarse, no era el único con aquella sensación desconcertante.

Ella era de Fray Benito, en Gibara. Su familia se había instalado en Guaro tiempo atrás. Marcos Argota, el padre, trabajaba como funcionario de la United Fruit Company, y Carolina Reyes, la madre, hacía los quehaceres de la casa como era la tradición.

Don Ángel tenía treinta y cinco años y pensó que María Luisa sería su amor definitivo; pero no fue así.

Muchas personas del pueblo le auguraron poco tiempo a la unión y algunos adjudicaban después su final al maleficio de la casa adquirida por don Ángel en Mayarí. Edificada sobre recios pilotes por el doctor en farmacia Evaristo del Campo, quien vivía alucinado con su futuro matrimonio, nunca pudo ser habitada por él, porque murió casi a las puertas de su casamiento. Los familiares, consternados, vendieron el inmueble sobre el que recayó una nube de presagios, conjeturas, profecías, presentimientos.

Don Ángel era un hombre dispuesto a los esfuerzos y renunciaciones, a la sencillez. María Luisa, sin embargo, tenía ambiciones y vocación por la vida de ciudad. Muy a pesar de que don Ángel también cobijó su amor en aquella amplia casa de maderas machihembradas y pisos de mosaicos como tableros de ajedrez; al trasponerla daba por el fondo a las riberas del río Mayarí en la ciudad de ese mismo nombre, no fue feliz el matrimonio, celebrado a las siete de la noche del 25 de marzo de 1911, entre el señor Ángel Castro Argiz y la señorita María Luisa Argota Reyes. Fueron testigos de aquella unión efímera Pedro Gómez y José Álvarez, quienes ya se contaban entre los amigos cercanos de Castro.

Manuel, el primer fruto de esos amores, nació en Guaro unos diez meses después de la boda y se fue con la misma prisa con que había llegado, apenas un año después de su nacimiento. En mayo de 1913, ya

María Luisa estaba embarazada otra vez y a punto de nacer María Lidia. Le siguieron Pedro Emilio en 1914, Antonia María Dolores en 1915 y Georgina de la Caridad en 1918. Las niñas más pequeñas pasaron por la vida como una bendición huidiza. Ninguna de las dos se quedó por mucho tiempo, a pesar de las cataplasmas y las precauciones con encierros a cal y canto.

Era una época de fiebres, convulsiones y flujos incontrolables, a los doctores de la jefatura local de sanidad no les quedaba otra alternativa que sentarse a esperar en los vestíbulos el desenlace fatal o el milagro de Dios, como si fueran sacerdotes ordenados en una parroquia mucho tiempo abandonada y en cuaresma.

Las niñas murieron en la casa de la calle Leyte Vidal en Mayarí, donde vivía el matrimonio Castro Argota. Dejaron una impresión de flores secas en la pareja, una sensación de sudores estériles y amores irremediabilmente en fuga. Con ellas se marchó de una vez toda esperanza de cercanía entre aquellos dos seres distantes. Ángel pasaba largas temporadas en el barrio de Birán, donde explotaba unos terrenos cerca de los pinares. Siempre insistió en llevar a María Luisa con él, pero nunca pudo convencerla, entonces se olvidó de su ilusión y desistió para siempre.

Durante ese tiempo de ausencias frecuentes vivía de manera itinerante, como contratista de la United Fruit Company. Llegó a tener unos 300 hombres bajo

su mando. Con los ahorros de El Progreso empleó a un grupo de hombres y se hizo de una cuadrilla de bueyes para transportar caña y leña hacia los centrales azucareros de la zona, en una época amarga, cuando las maderas recias y preciosas fueron a parar a las calderas de vapor de los ingenios. Tumbaba montes que la compañía convertía enseguida en plantaciones de caña. Llenaba hasta setenta carros de dos mil cuatrocientas arrobas cada uno. Aceptaba contratos en terraplenes de línea y fomentaba las colonias de caña y la ganadería en la finca Manacas, donde inició la construcción de una casa para establecerse.

El paisaje le recordaba a Láncara, ese era el signo de que podría vivir una vida nueva. Su capital se incrementó con las zafras de la Primera Guerra Mundial, cuando los azúcares cubanos aseguraron las ventas a los aliados. Logró salir airoso de los enfrentamientos entre liberales y conservadores durante La Chambelona, la protesta armada contra «el cambio» en las urnas y la reelección del presidente conservador, Mario García Menocal.

De un lado, los alzados con las ropas deshechas, hambrientos y descalzos recorrían los campos como una epidemia; del otro, el ejército sin paga, seguía el rastro y amenazaba a los pobladores. Las partidas de uno y otro bando incendiaban propiedades, se batían a tiro limpio, sin importarles si en la trifulca mataban a un infeliz ajeno a la pugna por el poder. Todo terminó

con el despliegue del ejército y el desembarco de marines yanquis por los puertos de la isla.

Don Ángel tendría que resistir los embates de la crisis de los años 1920 y 1921. Entonces, el precio del azúcar descendió en picada y se arruinaron hacendados y colonos, propuso un convenio para la suspensión del pago a sus acreedores por tres años y, la moratoria le fue concedida sin dilaciones, respiró profundo cuando los abogados le entregaron los papeles; pero aún así, en los años subsiguientes debió desplegar toda su astucia y habilidad para conservar su patrimonio. Una y otra vez, en un período de fugacidad abrupta, don Ángel hipotecó sus propiedades, las vendió, las adquirió de nuevo, se reconoció deudor y pagó compromisos pendientes. En 1922, vendió sus fincas a don José Reyes y Hernández, quien las refundió en una sola titulada Manacas. En 1923, don Ángel las recuperó y luego, contando con ellas, en 1924, firmó con la Warner Sugar Corporation un convenio o contrato de servidumbre de paso, molienda de caña, refacción agrícola y otros actos y, además, contrajo una deuda con don Fidel Pino Santos y volvió a constituir una hipoteca sobre su posesión más preciada.

Con todo ello logró sobreponerse a las dificultades y las preocupaciones, pero los sobresaltos habían fatigado su espíritu y nunca conciliaba el sueño en la casa vacía, únicamente habitada por su imagen en los espejos.

❧ *Aroma* ❧

Ella olía a cedro como la madera de los armarios, los baúles y las cajas de tabaco, con el aroma discreto de las intimidades que, en su tibia y sobria soledad, recuerda los troncos con las raíces en la tierra y las ramas desplegadas al aire. Su olor perturbó los sentidos de don Ángel. No supo si era el pelo de la muchacha recién lavado con agua de lluvia y cortado en creciente de luna para los buenos augurios, o tal vez su piel de una lozanía pálida y exaltada. Quizás era él. Imaginaba cosas, las inventaba o las sentía sin buscarse pretextos o razones válidas.

Clareaba cuando la vio como era en ese tiempo: una joven crecida, de esbeltez de cedro, ojos negros y energía como la de ninguna otra campesina de por todo aquello. La observó de lejos con el cuidado de no espantarla con su apariencia hosca, sus cejas cenizas y su porte de roble. Tenía la fusta entre las manos para aliviar su impaciencia, dándole imperceptibles avisos a la cabalgadura, mientras ella pasaba de largo, en silencio.

Era la época de los temporales y las sombras del monte rezumaban humedades y rumor de alas. Lina tendría entonces unos diecinueve años y él rebasaba los cuarenta y cinco. Por un instante, solo

por un instante, pensó que estaba viejo y pesaban demasiado el compromiso de antes, las tristezas del alma y las marcas del cuerpo.

Con el paso de los días creció su pasión por ella, el ansia de hallar en su regazo un recóndito espacio para la ternura, para despojarse de toda su aparente reciedumbre. Anhelaba el cariño y los cuidados de una mujer como compañía siempre, hogar para su vida de ya largos itinerarios, tanto como el extendido camino paralelo de las líneas del ferrocarril, donde se perdía su vista mientras pensaba, sentado en el banco de madera, bajo el alero de la estación de trenes del poblado de A Poboá, y recordó lo afirmado por los viejos en su casa: que los trenes también tenían poderes curativos porque era bueno para los constipados inhalar los vapores de su máquina locomotora, que disipaban la frialdad de Galicia.

La lluvia de la madrugada permanecía en el frescor del campo y el rocío incesante de las hojas al rozarlas. Todo era un murmullo de alas mojadas y libélulas indiscretas, la mañana cuando don Ángel vio a Lina y quedó fascinado ante la magia de aquella aparición. Lo hizo evocar todo su tiempo largo y triste. Hasta ese día no la había visto pasar, pero a partir de entonces, cómo mantenerse impasible ante su presencia, si lo primero que había sentido era su olor a cedro.



El destino, las eventualidades, llevaron a la familia de Lina de un extremo de la isla al otro. El hogar se había fundado en Las Catalinas, un poblado ubicado en una de las márgenes del río Cuyaguatete, a pocas leguas del Camino de Paso Real de Guane, en Pinar del Río. El ciclón de 1910 arruinó a los cosecheros de tabaco y caña de azúcar, a los carreteros, leñadores y colonos; a quienes quedó como única puerta de salida a su grave situación económica, aceptar las propuestas de contratistas e irse al Camagüey a las zafras azucareras. Pasaron varios años y las penurias de la familia no tenían fin. Entonces, don Francisco Ruz Vázquez y doña Dominga del Rosario González Ramos volvieron a emprender viaje con el anhelo de mejorar su futuro, esa vez con rumbo al norte de Oriente, para trabajar con don Ángel Castro Argiz, el gallego de quien hablaba con entusiasmo Perfecto Ruz, el hermano de don Pancho.

Por las conversaciones de los mayores de la casa, Lina admiraba a don Ángel. Lo respetaba con una devoción casi religiosa. Cuando lo contemplaba de lejos sentía una sensación extraña, inquietante y alegre a la vez. Ella era una joven de diecinueve años y él era un hombre maduro con ímpetus juveniles, a quien los paisanos ponderaban por su rectitud de eucalipto y su callada bondad.

Las jóvenes del lugar lo reconocían atractivo con su estampa imponente, montado en el caballo, vestido

de traje de dril blanco y calado el sombrero de fieltro. La aureola de hacendado generoso propiciaba las cercanías. Todos iban a verlo porque escuchaba siempre y no era difícil hablarle donde fuera, a mitad del camino, en la oficina o en el portal de la casa. La espesura de las cejas negras ungían de fuerza la mirada clara. Ellas murmuraban sobre su soledad y le sonreían al saludar. Lina no. No podía explicarlo. Era un sentimiento nuevo, la aturdía sin saber qué hacer en su presencia. Verlo le dejaba un alborozo galopante en el pecho; se le salía por los poros y le costaba disimular. A ratos hacía entregas en la casona pero siempre intentaba no dejarse ver desde las habitaciones y los corredores para no encontrarse con él.

Don Ángel Castro Argiz no había reparado en ella. La conocía ¿cómo no?, desde que era casi una niña, pero no había percibido el cambio hasta el amanecer aquel, cuando aspiró de cerca su aroma a madera y reparó en la turgencia leve de los senos y en el contorno delicado de las caderas ocultos bajo la blusa y la falda amplias.

Si don Ángel representaba la autoridad severa y la humanidad personificadas, Lina era el vendaval, el genio y la energía.

En silencio, Ángel escuchaba al padre de la muchacha referirse a ella con orgullo. Don Pancho la mencionaba como ejemplo evidente de una estirpe ancestral. La joven montaba con destreza, dominaba

los caballos de mejores condiciones. La gente la buscaba para curarse las heridas o los malestares y ella siempre ayudaba dispuesta sin que le temblaran las manos. Era muy decidida y sólo conocía la timidez y la zozobra en asuntos de amor.



Lina le hizo recordar el amor adolescente y admirado, incapaz de musitar palabra, tributado en un tiempo a las señoritas de Madrid, tan elegantes, tan dueñas de sí. Habría de acopiar serenidad y dejar a un lado la timidez para enamorarla. Para llevársela desplegó todas sus ternuras, insistió sin desesperar, recurrió a los misterios de la fascinación, ideó sorpresas, enfrentó los prejuicios y rumores, demostró su filantropía, la acarició con una suavidad inimaginable en aquellas manos ásperas y la condujo por entre el gorjeo susurrante de los tomeguines y los zorzales que tejían el nido en los vericuetos y entrepaños de la escalera hacia el altillo, donde se amaron por primera vez, una noche de luna creciente, en el silencio de la casa de madera de pino.

❧ *Birán* ❧

Durante mucho tiempo don Ángel se dedicó, como contratista de la United Fruit Company, a sacar de las montañas todos los colmenares con abejas de España en cajas de palos huecos a como diera lugar; pero desde que las fincas, Manacas, La Española, María, Las Palmas y Rizo le pertenecían, tenía el firme propósito de fomentarlos en su propiedad, porque siempre harían falta en aquel sitio aislado del mundo, la cera para las velas y la miel para endulzar el café o mezclar con el ron o el aguardiente, un preparado de los cubanos veteranos de la guerra de independencia, vecinos de por allí, quienes lo reconocían como el mejor remedio para los constipados y las fiebres, en temporada de lluvias.

Manacas era su posesión más antigua. La adquirió por refundición de dos lotes de terreno, que «los hubo por compra hecha a Don Alfredo García Cedeño», según escritura otorgada ante el notario de Holguín doctor Pedro Talavera Céspedes, el 22 de noviembre de 1915. Allí levantó su ilusión y las edificaciones con el mismo estilo *balloon frame* de los poblados cercanos: el almacén de víveres y ropas, la fonda para los trabajadores, el barracón para los cortadores de caña y la casa principal, justo al borde del Camino Real a Cuba, poco tiempo atrás, la única vía de comunicación hacia el sur.

Las carretas cubrían el viaje por etapas, desde Mayarí, con una parada para hacer noche en el barrio de Birán, pasando por Palmarito y San Luis hasta llegar a Santiago, la escarpada ciudad, fundada por el conquistador Diego Velázquez en 1515, junto a la desembocadura del río Parada, en una bahía de bolsa, en la costa sur del país.

Don Ángel Castro compró las dos caballerías de La Española a don Genaro Gómez y Vilar en 1917 y, en octubre de 1918, la finca María, con otras treinta caballerías de tierra, a don Aurelio Hevia Alcalde y a Demetrio Castillo Duany, veteranos de la guerra independentista, quienes vivían en espaciosas mansiones del Vedado en La Habana, lejos de todos los terrenos conseguidos a muy bajo precio durante la ocupación militar de la isla, a comienzos del siglo xx, desde sus convenientes y ponderables posiciones en la sección de Estado y en el gobierno civil de la provincia de Oriente en Santiago de Cuba.

En noviembre de 1918 adquirió la finca Las Palmas, del señor Herbert W. Thonson y, por último, a mediados de 1919, poco más de una caballería a Sixto Rizo Nora. Fue don José Reyes Hernández –por muy breve tiempo dueño de la propiedad–, quien oficializó la refundición de las fincas en una sola, bajo el título de la propiedad más antigua y preciada: Manacas; por Escritura No. 46, firmada ante el Notario de Mayarí doctor Mariano Dou Pullés, el 1 de julio de 1922. La descrip-

ción de la propiedad perfilaba la finca en los siguientes términos:

«Finca Rústica Manacas», en el Barrio de Birán. Capacidad: -65 caballerías de tierra y 664 milésimas de otra. Lindero: -Norte: Finca «Sojo» de la que está separada por una faja de 5 varas de ancho; Sur: Finca «Sabanilla» de los Señores Aurelio Hevia y Demetrio Castillo Duany y con el Señor Emiliano Dumois, de la que está separada por el Callejón Dumois, denominado antes Alto Cedro; Este: con resto de la Finca «Sabanilla», y Oeste: Finca «Hato del Medio», de la que está separada por una faja de 5 varas de ancho por 22 metros 80 centímetros de largo, pertenecientes a los Señores Hevia y Castillo Duany.

Thonson y don Ángel habían decidido hacerse hacendados a la vez. El norteamericano pronto desistió de sus afanes y se marchó lejos sin que nunca llegara a conocerse nada más sobre su paradero. La gente afirmaba que habían aparecido en su memoria los fantasmas familiares, llamándolo una y otra vez al regreso de los parajes del trópico, la manigua, los azares y las desventuras alucinantes, a las nevadas y consistentes propiedades de sus antepasados; pero esas afirmaciones no pasaban de ser pura imaginación, fábulas de noches largas y cuentos de camino.

Cuando la claridad era opalina, los hombres de Birán aseguraban que por Las Palmas el día parecía noche por los tupidos palmares. Don Ángel Castro los protegía con la misma devoción con que plantaba cedrales, o madrugaba para repartir el desayuno a los peones al pie del trabajo, en los potreros, los corrales o las colonias de caña. Le apasionaban los cedros, disfrutaba su altura y las sombras bajo su copa redondeada y densa. La corteza le recordaba las láminas finas de madera con las que se alfombraban de fragancia las cajas de puros habanos, y los preparados medicinales con trocitos de árbol y hojas maceradas. A don Ángel le gustaba montar caballos buenos, adquirir los mejores gallos jerezanos importados a la isla por el puerto de Santiago de Cuba, y mantener limpios, los campos de caña bajo su jurisdicción. Sus aficiones no eran desmedidas, jugaba a las cartas cuando era joven, pero después hizo un juramento sabe Dios por qué razones y las abandonó definitivamente. También leía mucho y en los oscureceres en Birán siempre jugaba partidas de dominó con sus paisanos.

Algunos inmigrantes españoles, llegados de la península con la eterna ansiedad de los buscadores de fortuna, fundaron allí una cofradía para los recuerdos, las discusiones, y la compañía durante los insomnios, más largos en las noches despejadas. Entre ellos se encontraban sus primos Manuel y Ramón Argiz, a quienes había acogido con gusto en Cuba, y los ami-

gos César Álvarez, Antonio García, Nono Cid, Pedro Lago Vázquez y José Soto Vilariño.

En Láncara, a Manuel Argiz fue a despedirlo, al borde del camino cuando se iba para Cuba, una de sus hijas: Manuela Argiz. Ella no quería que se marchara, pero todos insistían en ese único camino para ayudar a los suyos. Desde pequeña lo acompañaba al mercado adonde llevaban los productos de la huerta, transportados en unas alforjas sobre una acémila dócil que podía por instinto recorrer sola el sendero. Manuela nunca olvidaría la partida de su padre, fue mucho más lejos que el resto de la familia para decirle adiós mientras su figura iba volviéndose diminuta por la distancia. Por eso sintió un gran júbilo cuando lo vio llegar de regreso muchos años después, vestido a la usanza de los países soleados donde no resultaban imprescindibles las mantas espesas, los chaquetones de lana ni las bufandas. Manuel Argiz sentía frío, mucho frío en Láncara y echaba de menos la calidez de la isla.

Después también trabajó por largo tiempo allí, para ayudar a los suyos, su cuñado don Antonio López Vázquez, quien con mayor frecuencia lo mantenía muy al tanto de las incidencias en las lejanas aldeas de Láncara y Armea, adonde regresó a pedido de Juana.

Los Rodríguez, García, Gómez, Silveira, Gallo, Guevara, Rizo, López y Martínez, se contaban entre sus empleados, casi todos ellos pertenecían a familias

cubanas insurrectas, empobrecidas después de tres años de guerra contra el despotismo español, a quienes no les quedó para legar a sus hijos más que la hidalguía de la honradez, la limpieza de sus ropas y la cobija de guano de sus bohíos, abiertos de par en par a la indulgencia y la hospitalidad por muy modestas que fueran sus condiciones. La gente del país sufría muchas calamidades, sin felicidad y sin fortuna.

A los haitianos y jamaicanos los traía a Cuba la Nipe Bay Company, y ellos se escapaban de allí para asentarse donde don Ángel. Entre la memoria y el olvido, pronunciaban las palabras de su pasado, lejano como una goleta que los llevaba de regreso a los orígenes, mientras cargaban agua en cántaros y encendían mecheros de pálidos y temblorosos destellos, cuya humareda espantaba los malos espíritus, el frío o la inobjetable soledad del desamparo.

Por ese camino de penurias llegaron al Birán de don Ángel Castro: Vicente Poll, Comparal, Luis Martínez, Pablo, José María, Mulo, Serrucho, Luis Cilón, Pití, Castillo, Eduardo Benjamín y tantos otros. Como en cualquier parte, trabajaban sin descanso y vivían sin familia, muchos compartían una misma mujer de dientes carcomidos, piel mustia y fiereza en la mirada, mientras deshacían u olvidaban el amor en chozas con piso de tierra y paredes de guano de palma, renegridas por el tizne de las farolas de kerosene, que se encendían durante la penumbra de los

zarzales y las nubes. Su vida era igualmente dura en Birán, sufrida y abnegada, pero también diferente. El propietario les ofrecía su consideración respetuosa y se compadecía de ellos. Podían verlo y hablarle sin temores, sin que importara el sudor de la camisa gasta o el fango en las alpargatas. Siempre tenía labor para ellos, accedía a sus peticiones y los amparaba de los excesos violentos de la guardia rural o los vaivenes del tiempo de hacer o no los azúcares en las fábricas de la United Fruit Company, el emporio norteamericano dominante en las inmediaciones de la Bahía de Nipe, con ciento treinta mil hectáreas de tierra dedicadas a plantaciones cañeras, algunas arrendadas, que limitaban las tierras del activo inmigrante español, de indudables dotes organizativas y suficiente carácter como para asumir la dirección de una empresa y hacerla prosperar con éxito.

Se decía que don Ángel había logrado refrenar el forcejeo impúdico de la empresa norteamericana. La United Fruit Company acostumbraba no solo a la despiadada explotación de los braceros, sino también a las expropiaciones forzosas de campesinos, al usufructo de tierras ajenas y a los desplazamientos subrepticios de linderos; todo lo cual le valió siempre una execrable reputación entre los trabajadores y sindicatos, y otra, de incontestables poderío e influencia entre hacendados, leguleyos, políticos y militares.

El batey había ido poblándose y apenas quedaba el recuerdo del rancho desolado de la familia Astorga, vecina de allí, en época anterior al asentamiento de don Ángel, cuando en las veinte caballerías de Manacas, solo vivían cuarenta y cinco personas en casas de guano muy distantes. Según la memoria de doña Giralda y Juan Martínez, vecinos del lugar desde finales del siglo XIX, don Ángel, después de comprarlas a los dueños, tuvo que pagar otra vez las tierras a los campesinos asentados en aquellos lugares perdidos de Dios: Genaro, Monterroso, Astorga, Quintana, López, Gallo, y otros, cuyos apellidos dieron nombre a muchos potreros de la finca.

La finca se encontraba situada en Birán, un barrio perteneciente al término municipal de Mayarí, cuyos límites habían sido fijados el 14 de septiembre de 1912, según lo dispuesto por el Ayuntamiento en 1908. Debía su nombre a un vocablo de origen aruaco; tal como Baní, Barajagua y Bitirí, entre otros, en la misma región. Contaba con los caseríos de Birán, Manacas, Colorado, Sabanilla y Sao Corona. Tenía colegio electoral en la Escuela Pública Mixta No. 15, una estación telegráfica sin servicio de correo, tres colmenares con cuatrocientas y tantas colmenas de abejas de España en cajas de palos huecos, minas sin explotar en La Juliana, Cedro, Guaro y Nipe –concesiones de la Spanish American Iron Co.–, montes vírgenes y unas pocas caballerías de tierra cultivada.

El ferrocarril particular de la Nipe Bay Company recorría cuatro kilómetros dentro del barrio, el puesto de la guardia rural estaba en Guaro, distante a unos veinte kilómetros, y un poco más cercano, a doce kilómetros, el paradero de la Cuban Rail Road Company, en Alto Cedro.

El 19 de febrero de 1913, poco antes de que don Ángel decidiera comprar terrenos en el paisaje cercano a los pinares, el alcalde era Eulogio Vega y el suplente, Amado Mendoza.



Asentada sobre horcones de caguairán, algunos más altos que un hombre, la casa principal parecía un roble; daba sombra y vida a todo cuanto la rodeaba: el almacén de víveres y ropas, la valla de gallos, la fonda, la escuela pública y los barracones de los cortadores de caña.

La finca prosperaba gracias a la dedicación de don Ángel y a su buena estrella, cuando se decidió a comprar los billetes con los que, en dos oportunidades, ganó el premio gordo de la lotería. El pasto de los potreros cubría cuarenta caballerías de tierra y las colonias de caña en producción, catorce. El ganado se reproducía bien y mejoraba la raza. Su rebaño tenía ochenta bueyes de trabajo, veintidós toros y

noventa y cuatro novillos, noventa y ocho vacas, cuarenta y cuatro crías y cuarenta y siete novillas, siete caballos, cinco yeguas y dos mulos de monta. Además, crecían en los corrales ciento cuarenta cerdos y quince carneros. Los guineos, las gallinas y los patos abundaban desperdigados por los matorrales.

—Con la crisis de los años veinte —explicaba don Ángel a sus visitas— solicité una moratoria para el pago a los acreedores.

Atrás habían quedado los días de bonanza que sobrevivieron para la venta del azúcar tras el final de la Primera Guerra Mundial, conocidos por los diarios, los comerciantes, y hasta los pobres con los bolsillos vacíos, como «La Danza de los Millones».

No tuvo paz hasta solucionar los problemas, con lo cual evitó perderlo todo de una vez, como en uno de esos naufragios repentinos cuando un vapor transoceánico tropieza, en medio de una mañana soleada y serena, con un arrecife inesperado, y se va a pique sin importar para nada la calma o la belleza aparentes del día.

—A Dios gracias, el peligro mayor fue conjurado —exclamaba don Ángel con alivio y sin poder prevenir los infortunios o depresiones con una ingenuidad alentada por sus deseos.

☞ Hijos ☞

La familia crecía y con ella la casa. Primero llegó al mundo Ángela María, el día 2 de abril de 1923, la primera hija de la segunda unión de Ángel. Nació envuelta en los vapores del agua hirviente de las palanganas y la suavidad pulcra de las toallas blanquísimas, el olor a alcanfor, los temblores de Lina, los paseos apurados de la mujer que hacía la limpieza, la presencia circunspecta del médico y el revuelo del padre pleno de alegrías, tras las inquietudes y la agitación de su espíritu. Diecinueve meses después fue el nacimiento de Ramón Eusebio, a la hora en punto de las siete de la mañana del día 14 de octubre de 1924.

La añoranza de don Ángel por las viviendas de Galicia lo llevaron a plantar una higuera cercana y a abrir espacios bajo el entablado del primer piso como refugio insólito para el ganado y las aves de corral, por el instinto de guardarlos de los soplos invernales de la península. Muchas veces repetía a quienes le preguntaban extrañados: «aquí también hay que abrigoarlos pero de los huracanes, los tornados, y las crecidas».

En esa época, la vivienda con una planta principal y el mirador en la segunda, un poco más pequeño que el resto de la casa, comenzó a extenderse por uno de sus lados. Se construyeron: la botica, el baño, la

alacena, un comedor más espacioso y la cocina. Por el otro lado también se alargó: levantaron el local de la oficina donde el asturiano César Álvarez llevaba con meticulosidad las cuentas de la propiedad. La casa ganó en amplitud y comodidad, y por el este, miraba a las montañas de los pinares. Todos esos cambios indicaban los aires de prosperidad que soplaban en Birán.

Ese mismo año de 1924, don Ángel había viajado presuroso a la ciudad de Santiago de Cuba para firmar el día 26 de abril, en compañía de su amigo don Fidel Pino Santos, en el bufete del doctor Ernesto Gavinet Horruitiner, un contrato ventajoso de servidumbre de paso, molienda de caña y refacción agrícola, recogido en la Escritura No. 382, y establecido con el señor Rogelio de Armas y Herrera, apoderado sustituto de la Warner Sugar Corporation, una sociedad anónima constituida y domiciliada en Nueva Jersey, Estados Unidos, según constaba en la escritura de sustitución de poder otorgada por el señor Arthur L. D. Warner que le transmitía facultades bastantes para el otorgamiento.

La Warner Sugar Corporation era propietaria de la finca central Miranda, a unos veintisiete kilómetros de Birán.

De acuerdo con los convenios, don Ángel constituía sobre su propiedad, y por un período de veinte años, una servidumbre de paso a favor de la compañía norteamericana, para que cruzara la línea del tren

entre sus colonias e instalara dos puntos de pesaje o chuchos, con las romanas y grúas indispensables para esa labor.

El ferrocarril, con una doble vía ancha y la extensión adecuada para el tiro de la caña del señor Castro, estaría disponible para la zafra de 1924-1925. El hacendado podría emplearlo también para la transportación de mercancías y frutos hasta el ferrocarril público o desde este.

El contrato de molienda establecía su obligación de entregar a la Warner Sugar Corporation, por veinte años, todas las cañas sembradas y por sembrar en terrenos destinados para ese cultivo en su finca.

Don Ángel contraía la obligación también de iniciar el corte y tiro, el día fijado por el administrador del central Miranda, el cual se lo comunicaría con quince días de anticipación, al comienzo de la molienda industrial.

En virtud del convenio, el colono declaró que la Warner Sugar Corporation le había entregado, con anterioridad al otorgamiento de la escritura, la cantidad de veinte mil pesos en moneda de los Estados Unidos de Norteamérica, unos dos mil pesos por cada una de las diez de treinta caballerías que hiciese sembrar y cuya siembra se comprometía y obligaba a realizar dentro del plazo de cuatro años, desde esa fecha, hasta el 1 de julio de 1927, cuando debía concluir el pago de la deuda.

Don Ángel pensaba, mientras el abogado y notario leía toda aquella papelería, que los tiempos más duros habían pasado porque el contrato constituía de cualquier modo una garantía, aunque se encontrara obligado a hacer la entrega de sus pagos de la deuda al señor Fidel Pino Santos, en la oficina del central Miranda.

Había quedado cancelada una hipoteca a favor de don Fidel Pino Santos. Confiaba en que no habría problemas, don Fidel Pino Santos era su viejo amigo, juntos trabajaron para la United Fruit Company, uno como contratista y el otro como comerciante. Hombre bajito, regordete, de ojos saltones, muy expresivos y gran astucia para los negocios, iba en ascenso como la espuma, lo cual resultaba visible en la cérea pulcritud del traje almidonado y la leontina de oro reluciente. Su padre, Miguel Pino, atraído por el comercio creciente de los Dumois, se avecindó por el año 1887, en Banes, un poblado fundado con la prosperidad de las plantaciones de guineo, y convertido a principios de siglo en el primer enclave en Cuba de la United Fruit. Allí, en un lugar tan distante de las capitales del país y la provincia, se hablaba inglés en cualquier esquina, llegaban las publicaciones más recientes de todo el mundo, se despachaban envíos hacia Nueva York, y se organizaban los sindicatos obreros con una fuerza inusitada debido a los atropellos y los desmanes de la compañía norteamericana.

Miguel Pino, de origen canario, triunfó en Banes como comerciante. Puso sus ojos en Caridad Santos, quien lo sobrevivió muchos años ataviada por dentro y por fuera con los rigores tristes del luto y la bendición para sus nietos entre labios.

De ese matrimonio nacieron diez hijos. Don Fidel Pino Santos, ocupaba el lugar del cabeza de familia y aprobaba o no los pasos en la vida de quienes lo rodeaban con una autoridad aceptada e incontestable.

Se decía que don Ángel Castro lo salvó una vez de la ruina total y el suicidio, durante la crisis de la banca en el año 1921, al prestarle cincuenta mil pesos, cincuenta vacas y un toro padre. A pesar de los rumores reiterados, don Ángel nunca lo confirmó, tal vez porque valoraba el silencio como un gesto imprescindible con el cual completaba su altruismo y demostraba amistad.

Lina aguardaba ansiosa a la entrada de la casa. Él llegó agotado del viaje, conforme y feliz con lo acordado. Conversaron hasta bien entrada la noche y se retiraron a dormir con la certeza de que podrían sobrellevar los temporales si se mantenían juntos.

Don Ángel no imaginaba entonces que las dificultades severas estaban por llegar. Nadie podía concebir la política oficial de restricción azucarera que sobrevendría como una maldición y, mucho menos, adelantar los acontecimientos desencadenados después por la dictadura machadista en todas partes.

Aunque aquel día de los convenios compartió la alegría anticipada de don Ángel, Lina no pudo sustraerse al sentimiento que refrenaba su euforia, o al menos le ponía bridas al entusiasmo de su esposo al celebrar los negocios con don Fidel Pino Santos. En realidad, ella misma no se explicaba sus razones para tanto sigilo, para tanta suspicacia, sentía algo así como una corazonada, como llamaban los viejos a los avisos del alma. Antes de apagar la luz en la habitación, rezó algunas oraciones y luego, con cierto escepticismo, musitó para sí: «Ojalá todo salga bien, ojalá no se olviden estos compromisos que no se firman en la casa de Dios».



Permanecían en vela los rumoreos de la manigua y estaba por agotarse la luz de los candiles cuando a las dos en punto de la madrugada del 13 de agosto de 1926, nació Fidel Alejandro Castro Ruz, un niño vigoroso de doce libras de peso, que ensanchó sus pulmones a la primera bocanada del aire de los pinares y se dispuso a sus días con la misma vehemencia de vida, pasión de hacer, y exuberancia natural que lo rodearon. Los haitianitos del batey se apresuraron en la maleza por hojas de yagruma y verbena con que enjuagarlo a esas horas, para la tersura de la piel y los buenos augurios.



Don Ángel demostraba su ternura sin palabras. Algo significativo en él, siempre abrumado de trabajo y preocupaciones. No regañaba ni discutía con frecuencia. Su mal genio y prestancia de hombre de carácter inspiraban respeto. Sin embargo, alisaba el pelo a los niños con una delicadeza fina y acariciante de flor, y si ellos sentían la necesidad de ampararse de algún regaño, no dudaban en refugiarse tras él, en quien reconocían una protección segura.

La madre regañaba, peleaba o castigaba. Los niños la sentían más cercana. Al viejo lo envolvía una aureola de autoridad, aunque no impusiera la disciplina ni las prohibiciones.

A ella, los hijos la trataban con mayor naturalidad y confianza. Establecía el orden y los horarios, los arropaba bajo la frazada a la hora de dormir, los bañaba y vestía, adivinaba sus ánimos, y hasta corría tras ellos o daba unas palmadas cuando se habían excedido en sus diabluras, pero esto ocurría si lograba darles alcance, si lograba capturarlos, porque los muchachos, sobre todo Ramón y Fidel, ya la conocían y escapaban a la más mínima evidencia o amenaza de castigo.

Toda su bondad, Lina la volcaba en cuidados amorosos y desvelos, sin olvidar sus obligaciones al frente de la casa. Además, sabía curar malestares y padeci-

mientos. Lo mismo indicaba un purgante de agua de carabaña, que unas cucharadas de aceite de ricino, tan espeso y desagradable, que era preciso mezclarlo con malta de cebada y taparse la nariz para poder tomarlo sin chistar. Cada día les suministraba vitaminas, y de forma esporádica emulsión de Scott, un medicamento de marca norteamericana, blanco y denso, elaborado con aceite de hígado de bacalao y azúcar, comprado en la farmacia de Castellanos, en Marcané, siempre al tanto de la última novedad y fiel a la tradición de las mejores y más distinguidas droguerías del país.

Lina atendía con esmero a don Ángel y le indicaba el guisaso de Baracoa, una pequeña planta muy buena para los riñones, tanto como el agua de coco, según aconsejaban los campesinos, acostumbrados por la ausencia de los médicos a curarse con los palos, los frutos y las raíces del monte.

Segura de sí, activa y de mucho carácter, a veces se inquietaba porque no siempre dependía de ella el restablecimiento de los hijos y el esposo, entonces apelaba al Señor y le rezaba oraciones desesperadas, sin renunciar a los curativos, las abluciones, los cocimientos, o los masajes que alguna campesina, diestra en esos menesteres, aplicaba concienzuda en los vientres aventados y en las inflamaciones tras las rodillas.

A los niños, aún pequeños, los vacunaron contra la viruela. A Fidel la úlcera se le puso tan purulenta que la marca le quedó para toda la vida en el pie derecho.

Las desgracias solían llegar con las epidemias. Para el sarampión tomaban un jarabe de pelusa de maíz. La varicela requería un tratamiento interminable de lavativos. El paludismo se sudaba al sol. Las heridas se curaban con miel y emplastos improvisados, pero muchas veces esos remedios no lograban conjurar el tétanos.

Lo mismo ocurría con las parturientas. De nada sirvió implorar a las vírgenes, a los apóstoles y a los mártires, para salvar a la hermana de Lina: Antonia, casada con José Soto Vilariño, un español de Valladolid, mayoral principal de don Ángel en la finca. Antonia –la madre de Luis, Ana Rosa y Clara–, murió estremecida por las fiebres puerperales poco después de dar a luz una niña nombrada María Antonia, circunstancia que a don Ángel le recordó en lo más íntimo su infancia.



Para el hacendado resultaba imposible negarse a una solicitud apremiante, siempre se compadecía y daba alguna orden para la tienda o proporcionaba trabajo donde no existía, porque los pedidos en las zafras de 1926 a 1927, de 1927 a 1928, y de 1928 a 1929, se redujeron drásticamente. Aunque por lo regular lo hacía en las tierras arrendadas a Carlos Hevia, casi como

una previsión ante futuros reclamos; siempre ofrecía su consentimiento para que los campesinos se establecieran allí y laboraran en una pequeña parcela de tierra para el autoabastecimiento de sus familias. En Manacas, que era su propiedad, vivía sólo Marcelo López, compadre de mucha confianza de don Ángel. Marcelo llegó a ser alcalde de barrio y a inscribir a un numeroso grupo de guajiritos de por todo aquello.

El hacendado no se olvidaba de su origen campesino y era un hombre espléndido a pesar de su delicada situación económica. Entre los peones, los vaqueros y los agricultores, lo reconocían como un «dueño sentimental». Su mujer percibía los peligros y actuaba con mayor rigor, quizás con el instinto maternal de preservar la holgura para sus hijos. Lina defendía la estricta administración del dinero, aunque también ella terminaba corriendo con los enfermos, asumiendo los gastos de los infelices y ahijando a los niños de la localidad.

Don Ángel viajó a Santiago de Cuba en noviembre de 1928 para reconocerse ante el abogado y notario público de esa ciudad, doctor Eduardo Vinent y Juliá, como deudor del señor don Fidel Pino Santos por la cantidad de ciento veinte mil pesos oro, moneda acuñada de los Estados Unidos de Norteamérica, cuya suma se comprometía a devolver al vencimiento del término de cinco años –a contar desde aquella fecha y prorrogable a cinco años más– y a contribuirle,

mientras no efectuara su devolución, con el interés convenido del ocho por ciento anual, pagadero por mensualidades vencidas en el domicilio del acreedor donde se pactó el cumplimiento del contrato.

Hipotecaba por segunda vez su finca, en garantía de pago del principal de sus intereses y de cuatro mil pesos más consignados para gastos y costos en caso de litigio.

Ambos, don Ángel y don Fidel Pino Santos, eran reconocidos como amigos íntimos y conversaban sin que otros participaran de sus planes o acuerdos. Nadie sabría con rigor qué vínculos los unían ni cuáles eran sus propósitos. Se visitaban y su trato era cordial y familiar. Don Fidel Pino Santos siempre fue bien recibido en Birán, e incluso, el tercer hijo de don Ángel y Lina, se llamaba como el señor apoderado porque alguna vez se pensó que este sería su padrino de bautismo. En realidad lo fue de Raúl, el más pequeño de los varones Castro Ruz. Don Ángel visitaba con frecuencia al matrimonio de don Fidel Pino Santos y Exuperancia Martínez Gandol, en su casa de la calle Corona No. 32, en Santiago de Cuba. Una década después, cuando don Fidel Pino Santos enviudó, Lina Ruz asistió al velorio con Angelita.

A pesar de las excelentes relaciones entre don Ángel y don Fidel Pino Santos, la situación mantenía tenso al deudor y sólo se le notaba expresivo al recorrer la finca o salir de viaje para ventilar negocios

con sus proveedores de mercancías, los propietarios de grandes almacenes en La Habana Vieja.

En la capital, de una sola vez, resolvía varios asuntos: verse con el médico el problema de la vesícula y pagar sus contribuciones al Centro Gallego de La Habana, al que pertenecía desde 1909, cuando contaba treinta y tres años de edad y aún no se había casado por primera vez. En la fotografía del carnet, su expresión adusta revelaba la soledad de un hombre sin hogar, llevaba rapada la cabeza, un saco a cuadros y una camisa abotonada hasta el cuello.

Las disposiciones reglamentarias del centro constituían un extenso pergamino. Para ejercitar los derechos sociales, incluso los sanitarios, era requisito indispensable presentar el recibo. Los asociados que ingresaban con más de cincuenta años, no tenían derecho a la asistencia sanitaria.

El recibo incluía al dorso una guía con las direcciones del Palacio Social, la Casa de Salud La Benéfica, el plantel Concepción Arenal, las consultas de los médicos y especialistas, los laboratorios clínicos y los abogados.

De España, las últimas nuevas eran la extensión alcanzada por el sindicato encuadrado en la Federación Católica Agraria en toda la región de Lugo y la aparición de Solidaridad Gallega, un movimiento agrarista desarrollado especialmente en A Coruña y otros lugares aislados de Galicia, uno de los últimos:

Láncara. Ángel veía con escepticismo esos movimientos, pero los consideraba de esperar porque allí era muy dura la vida de los labriegos y era presumible que alguna vez se movilizaran en pos de mejoras.



La Nochebuena de ese año de 1929, don Ángel dispuso la entrega de alimentos para todos los campesinos de por allí. De no ser así, la mayoría no tendría nada especial para la ocasión, solo un plato de harina de maíz y unas viandas, porque con la caída brusca del precio de los azúcares, se encarecieron las mercancías, sobre todo el jabón, los aceites, la carne y las harinas, acaparadas y revendidas por los especuladores a precios inaccesibles.

Había quien no deseaba endeudarse y otros no se atrevían a llegar hasta el portal de la casa para solicitar a don Ángel Castro otro anticipo. Él solía acomodarse en su sillón de palma y pajilla de mimbre, en el corredor del frente de la casa, donde acostumbraba prodigar su generosidad.

Recién pelado y afeitado por Lina en el sillón de barbería en la habitación contigua a su dormitorio, allí, en la oficina, Ángel ventilaba asuntos electorales y de impuestos con todas aquellas autoridades recién llegadas de la municipalidad o la provincia. Allí también

almorzaba, comía y disputaba las partidas de dominó por las noches. En Navidad, se le veía el rostro complacido, aunque aquella vez no se escucharan las castañuelas y los taconeos de las españolerías, ni la voz potente del tenor italiano Enrico Caruso, en los discos del fonógrafo RCA Víctor, que sobre la repisa del comedor de las visitas era una verdadera atracción a pesar de la cuerda imprescindible al final de cada melodía.



Don Ángel aquietaba su alarma dándole vueltas entre las manos al sombrero. Ya había aclarado y Lina no había dado a luz. Con la misma lentitud del goteo de rocío, el alumbramiento demoraba. Despertaban los ruidos cotidianos del batey. Isidra Tamayo pasaba a ratos con las sábanas empapadas de sudor, envuelta en el olor de los alcoholes y las lociones desinfectantes, y con una expresión de desconcierto en el rostro. A la una en punto de la tarde escucharon el llanto del recién nacido. Isidra dio la buena noticia con una sonrisa amplia. Al nacimiento de Raúl Modesto, el 3 de junio de 1931, sobrevendrían los de Juanita el 6 de mayo de 1933; Enma, el 2 de enero de 1935, y el de Agustinita el 28 de agosto de 1938. Cada alumbramiento feliz era una experiencia extraordinaria y al

mismo tiempo un alivio muy grande cuando ambos, la madre y la criatura, salían airoso de esa difícil prueba de la naturaleza. El arribo de cada uno de sus vástagos, su presencia saludable y alegre constituía para don Ángel una compensación a las penas y vicisitudes de antaño, bien valía haber pasado por todo si su ruta de viaje conducía a otros seres entrañables.

❧ *Santiago* ❧

Con la vista fija en las metáforas que las nubes de humo creaban en el aire, don Ángel tomó el tren en el paradero de Alto Cedro para viajar a Santiago. Permaneció en silencio mientras desfilaban ante su vista los campos de caña, las chimeneas de los centrales azucareros, los bohíos campesinos, las guajiras extendiendo al sol la ropa recién lavada sobre las piedras de los arroyos, los hombres a caballo y los faroles apagados en plena luz del día, mientras se balanceaban colgados de la lentitud de las carretas. Abstraído en sus preocupaciones lo sorprendió la llegada a la ciudad. Apenas podía creer que había pasado el tiempo y el viaje había concluido. Se sacudió la modorra y el desánimo, y encaminó sus pasos hacia el pequeño hotel de sus estancias habituales tras meditar y concebir las posibles salidas a su situación. Esa misma tarde visitaría la casa de don Fidel Pino Santos para llegar a acuerdos preliminares. Debían presentarse al otro día en el bufete del abogado y notario público, doctor Eduardo Vinent y Juliá. El plazo de la deuda vencía y habrían de adoptar una determinación. La familia Pino Santos vivía en una residencia de columnas espigadas y vitrales floridos. El viajero llegó al final del mediodía, cuando comenzaban a atenuarse

los calores intensos y soplaba la brisa frágil de las cuatro de la tarde. Sin que nadie los importunara, conversaron en la sala, con el propósito de hallar la mejor solución para los dos.

—Este es uno de los mejores vinos de España —aseguró don Fidel Pino Santos mientras tomaban algunas copas de Tres Ríos y el visitante sentía en las sienes y la nuca todo el peso de la incertidumbre que solo el pago definitivo de la deuda podría evitar.

Don Ángel conservaba arrendadas un número considerable de tierras en los Pinares de Mayarí y encaminó sus mayores esfuerzos a la extracción de la madera, lo aconsejable en períodos de crisis como los corrientes: el precio de los azúcares andaba por el suelo en el mercado mundial y la industria se encontraba deprimida, en medio de la debacle política y las represiones sangrientas que estremecían al país. Don Ángel presintió el estallido, lo intuyó con nitidez, tal como una vez adelantó el fracaso de la guerra de España en Cuba.

A pesar de su perseverancia, de las diligentes iniciativas productivas y los empeños por salvar su más preciada posesión, no tendría otro remedio que poner la finca resultante de la refundición de las cinco tituladas Manacas, Las Palmas, María, Española y Rizo, a nombre del acreedor, hasta encontrarse en condiciones de satisfacer los intereses de su adeudo.

Oscurecía cuando se despidieron con el compromiso de verse a la mañana siguiente en el bufete del

abogado. Esa noche percibió condensada toda la soledad del día en la habitación del hotel, en los escaparates sombríos, las gavetas vacías, la oscuridad de las paredes y la desolación de la luna del espejo, donde se reflejaba la inquietud de su espíritu, a pesar de las garantías ofrecidas de que todo continuaría igual para dar tiempo al tiempo.



Sobre el escritorio de caoba se amontonaban los expedientes y la papelería, el timbre para detener las discusiones, las carpetas de piel, el tintero. El notario, reclinado hacia delante, leía en voz alta la escritura de cesión en pago. Transcurría el 20 de julio de 1933.

La finca hipotecada abarcaba sesenta y cinco caballerías y seiscientas sesenta y cuatro milésimas de otra, según plano levantado por el agrimensor Felipe Xiqués, y estaba sujeta en su totalidad a un contrato de molienda de cañas celebrado entre la Sociedad Anónima Warner Sugar Corporation y el deudor, así como a una servidumbre de paso para el uso de una línea de ferrocarril.

Al no satisfacer don Ángel los intereses de su adeudo, el acreedor acudió a las autoridades judiciales y estableció el procedimiento sumario hipotecario. El juicio se encontraba en el trámite de segunda

subasta y para el acto se había señalado el día 31 de julio del corriente. Tendría lugar a las nueve de la mañana, en la Sala de la Audiencia del Juzgado de Primera Instancia de Mayarí, el poblado al norte de la provincia, resurgido una y otra vez de las inundaciones, donde radicaba la cabecera municipal a la que se adscribía el batey de Birán, hacia donde miraban sus pobladores si era necesario hacer efectivas las disposiciones oficiales o acudir a la iglesia. El deudor cedía en pago la finca al no poder satisfacer a don Fidel Pino Santos el importe de su acreencia. Al final del documento firmaban ambos y el notario daba fe del convenio.

A pesar de la escritura, al menos en apariencias, nada cambió en el batey ni en la finca, y acaso, el tiempo para recuperar la propiedad formaba parte del pacto silencioso entre caballeros, sellado por la antigua amistad entre don Ángel y don Fidel Pino Santos. La adversidad no dejaba de inquietar, mortificar y alarmar al hombre batallador que desde su llegada a Cuba soñaba con la estabilidad de su economía y un futuro promisorio para los suyos.

❧ *Revelaciones* ❧

La casa se ponía en pie antes del alba. El cocinero García venía por el camino, alumbrándose con un farolito a las cinco de la mañana. Ramón y Fidel veían la luz desde la ventana de su habitación. García colaba el café del desayuno y comenzaba los trajines del día siempre cantando: «Mal rayo parta a mal rayo que mi caballo mató, si no fuera por mal rayo, caballo tuviera yo».

Del automóvil de cranque manejado por Lina en los años veinte, ya no quedaba ni el recuerdo, y en la finca toda la transportación era a caballo, por los caminos polvorientos convertidos en lodazales, debido a las lluvias del norte o el sur, o por entre bosques tupidos o naranjales.

Las mercancías se trasladaban en carretas de bueyes, desde Birán, conducidas de ida y vuelta a la estación del ferrocarril a cuatro kilómetros, o al ferrocarril cañero del central Miranda, a un kilómetro de la casa, por donde se movía un vagoncito traqueteante que utilizaba la familia para salir de viaje o volver de la ciudad, entre plantaciones de caña y un reverberante azul de cielo.

En la casona del batey no era como en Santiago, donde las luces eléctricas alumbraban el oscurecer de

las calles y las viviendas desde 1907. En Birán persistían los faroles, las lámparas de aceite, las velas de cera y los mechones de Luz Brillante. Resultaba mejor mirarse a la luna de los espejos bien temprano en la mañana, disipadas las sombras, los cristales refulgían con la claridad del día.

En una de esas observaciones, Lina se descubrió con un vestido de talle a la cintura y falda larga, zapatos de tacón alto y punta estrecha, medias blancas y sombrero de ala breve. Todo el conjunto acentuaba la misma delgadez de sus años juveniles, pero ya tenía algunas líneas en la comisura de los labios y al final de la mirada de sus achinados ojos vivos. Don Ángel conocía los cambios del vientre y los pechos de su mujer cuando venían los hijos, pero en ese tiempo su figura estilizada era casi la misma que al enamorarse. Él se le acercó por detrás y quedaron mirándose.

Lina detalló a su esposo en el vidrio azogado. Don Ángel Castro llevaba un saco de casimir abotonado al frente, pantalón claro y botas altas de montar. Cumplidos los sesenta años, todavía era un hombre vigoroso, de apasionamientos y sentimientos frágiles.

Ella a veces perdía los estribos, maldecía su estampa de gallo fino y sus ambivalencias. Molesta, le reprochaba sus tardanzas y preparaba venganzas pueriles cuando él regresaba tarde de andarse por ahí, con amoríos pasajeros. Sin embargo, don Ángel siempre volvía a la suavidad de su regazo y a la firmeza de

su carácter, lo que le resultaba imprescindible para vivir la vida, enamorado hasta el final.

Don Ángel se marchaba esa tarde a los aserríos de los Pinares de Mayarí, para supervisar el corte de la madera con los menguantes de luna, la forma de evitar, más tarde, la invasión de comejenes en los horcones y las tablas. Aunque no abandonaba sus colonias de caña para no incumplir los compromisos con el central Miranda, la extracción de madera le reportaba entonces hasta trescientos pesos diarios, un importante ingreso para su economía de inversiones y adeudos. Diecisiete camiones descendían cotidianamente desde la sierra de los pinares con su preciosa y frágil carga de maderos de pino.

Iban juntos don Ángel y su hijo Fidel, quien demostraba vocación de explorador durante las vacaciones en casa. A la luz de las fogatas en el campamento de los trabajadores forestales, don Ángel narraba, siempre en español, las historias de la guerra, de sus viajes por el Atlántico, de las minas y de sus años como contratista en la United Fruit Company. No se percataba, pero en aquellos recorridos de largas distancias, lejos de la casa, se mostraba mucho más conversador y expresivo. Fidel notaba el cambio de carácter y lo atribuía a la nostalgia, porque el viejo era de contar poco, y reservarse el pasado con el mismo recogimiento de un ermitaño. También creía que el viejo no hablaba la lengua de sus antepasados,

acostumbrado al castellano de las gentes de la isla, a la compañía cubana en todos los momentos, incluso en los de amor, y así, en lo íntimo, pronunciaba solo las palabras que su mujer podía entender; pero viva, en lo hondo, estaba en su alma la música de las palabras gallegas, las palabras que relumbraban cálidas durante las noches de invierno, en las paredes de piedra. La floresta restallante de los bosques de copales de resina perfumada, caobas, júcaros, carolinas, cedros, cuabas y marañones, daban sombra durante el recorrido por las perdidas veredas del monte. Su influjo y el del sosiego, el mutismo y la paz del camino, le transformaban al hacendado el ánimo severo en una catarata de confesiones y anécdotas, mientras su hijo disfrutaba escuchándolo y viéndolo contento. Había frío, y al hablar, el aliento era en la oscuridad una bocanada de brisa pálida.



En el campo se guardaba un recogimiento rígido y triste ante la certeza de que Dios se moría el Viernes Santo, por eso era imposible e inapropiado alegrarse, bromear, hablar en voz alta o reírse. Aquellos eran días de unción sagrada y la abuela doña Dominga y Lina rezaban con fervor ante los altares. Don Ángel también lo hacía, pero más callada

y recogidamente, al levantarse y al acostarse. Él era devoto de Santa Bárbara.



Los diarios recibidos en Birán eran todos de centro y derecha. El *Diario de la Marina*, militante furibundo de la reacción y el franquismo, informaría de adversidades y derrotas en el campo republicano y el lector que era Fidel consolaría a García, para convencerlo de que los combates no iban tan mal. Los periódicos *El Mundo*, *Información* y *El País*, llegaban desde La Habana, y por fortuna, sus noticias resultaban más objetivas. De Santiago se recibía el *Diario de Cuba*.

García era analfabeto, pero intuía certero, como quien ha vivido y sufrido mucho. Era un antimilitarista convencido. No quería oír hablar de un cura, por esa conjunción del clero y los terratenientes de España vivida largo tiempo. Blasfemaba contra Dios y todos los santos del cielo, pero lo hacía en voz bien baja para que Lina no escuchara sus maldiciones anticlericales.

Don Ángel calificaba a García de comunista. Según él, todos los partidarios de la República eran comunistas. La República había impulsado la reforma agraria, y ello era un indicio radical para que don Ángel estableciera su posición de antemano. El hacendado era uno en su bondad, en su espíritu

generoso, y otro en sus ideas políticas conservadoras. No le gustaban los sindicatos, según su opinión, creaban caos, desorden.

Según las cándidas definiciones de don Ángel, en el grupo figuraban el telegrafista Valero, Nono Cid, César Álvarez y García. Don Ángel los tenía por comunistas aunque no lo fueran y sin que ellos mismos tuvieran idea de lo que significaba serlo. A pesar de su origen campesino humilde, defendía las posiciones e intereses de los propietarios de tierras, aunque ejercía su autoridad de forma patriarcal, venerable y bienhechora.

Los españoles del batey se dividían en partidarios de Franco y afiliados a la República, pero era un antagonismo amistoso por el aprecio familiar entre ellos. Durante las partidas de dominó discutían y los ánimos se exaltaban, sin embargo, pasado un rato, había desaparecido cualquier vestigio de desavenencias.

Por las cartas recibidas de San Pedro de Armea, escritas por su hermana María Juana, la novedad de los años veinte en el valle de Láncara había sido la construcción del aeródromo de A Cha de Santa Marta, todavía en funcionamiento en medio de la guerra civil. Juana contaba sobre el aterrizaje y despegue de todo tipo de aeroplanos, algo ya rutinario para los vecinos de la localidad. En los días y las noches escuchaban el ronronear de los motores en el aire y luego, como si la tierra temblara cuando se deslizaban por la pista.

—Un aviador terminó siendo muy desafortunado —aseguraba. Era novio de una joven de Láncara y deseó regalarle una reverencia con piruetas que terminaron por estrellar su nave en el campo. Estelita y Victoria, las sobrinas de Ángel nunca olvidarían aquel episodio triste y romántico. Juana concluía su misiva poniéndolo al tanto de la guerra, durante la cual, los labriegos dejaron de ver los aviones como papalotes coloridos e inofensivos, pues al mirar a lo alto nunca se sabía si eran los temibles bombarderos alemanes o italianos.

Don Ángel conocía la gravedad de la situación española y también temía por los suyos. Rogaba a Dios todas las noches para que su familia no saliera herida de la contienda. Si alguien podía saber lo terrible de la guerra, era él; la había sufrido durante tres años.

Cuando todo terminó, supo que los brezos y el tojo invadieron poco a poco el aeródromo. El área fue convertida otra vez en tierra de labor. Del aeropuerto solo quedaron en pie, como mudos testigos, algunos restos de construcciones en la zona próxima al viejo camino hacia Armea de Arriba.

❧ *Cartas* ❧

El revuelo en la casa no tenía que ver con el llanto de Agustina, muy pequeña, ni con el mariposeo de Enma a pocos días de cumplir los tres años. Tampoco eran los hijos más grandes, pues permanecían en Santiago; los varones en el Colegio Dolores y Angelita en el instituto. Ellos arribarían para las vacaciones navideñas en solo unas semanas. Aquella irrupción bulliciosa y trémula a un tiempo, era de don Ángel. Traspuso el umbral, dejó el sombrero y el bastón en la sala y se adentró llamándola con premura:

—Lina, Lina, mira qué campanada de fiesta, de misa de domingo. Mira Lina qué sorpresa tan maravillosa.

Mientras la llamaba, don Ángel agitaba unos papeles en el aire hasta colocarlos sobre la mesa del comedor espacioso y comenzó a leer la carta. Le había escrito su hermano Gonzalo, establecido en Buenos Aires, y la felicidad le bullía en el alma, hasta desbordársele por los ojos y el tono de la voz. Luego, dijo:

—En cuanto tenga una oportunidad, le respondo, pero bueno: mejor será hacerlo con calma y no ahora mismo pues no atinaré a hilvanar ideas. Todos los recuerdos, Lina, me vienen ahora a la cabeza. ¡Qué alegría!

El 5 de diciembre de 1939, al mediodía, don Ángel aprovechó el reposo callado de esas horas, para escribir a Gonzalo:

Muy querido hermano:

Recibimos oportunamente vuestra atenta de 18 de octubre ppdo. la que ha sido para todos en esta casa motivo de muy grata sorpresa y deseándoles que al recibo de ésta disfruten todos Uds. de una perfecta salud. Por acá todos bien; a Dios gracias. Me dices en la tuya que ya has cumplido 59 años y ayer precisamente he cumplido yo los 64 y que Dios nos permita a todos el cumplir algunos más hasta ver criados a todos nuestros hijos. Me preguntas que cuántos tengo y te diré que son nueve. Cuatro son varones y cinco son hembras. Y tú ¿cuántos tienes? De España recibimos carta hace poco y también las contestamos, congratulándonos de que hayan salido con bien de la guerra. Esperamos que ahora que sabemos unos de los otros no habrán de demorarse sus cartas y que nos dejarán conocer a menudo cómo andan ustedes por esa República hermana.

Saludos muy afectuosos de todos los de esta casa para Uds. y recibe tú el más atento saludo de tu hermano.

Con su letra desparramada y vacilante, don Ángel estampó su firma y con ella el deseo de que alguna vez fuera posible el reencuentro con su hermano.



El hacendado consideraba a Roosevelt como un gran estadista, criticaba sus «excesos liberales», pero no le parecía mal su política anticrisis. Roosevelt había propiciado la recuperación económica de los Estados Unidos al adoptar como política económica oficial el keynesianismo, y con ello también la de los países latinoamericanos, especialmente la de Cuba, dependiente no solo del precio de los azúcares en el mercado mundial, sino además del acordado con Norteamérica.

Las presiones económicas no apuraban a don Ángel como antes. Aunque no había recuperado la propiedad de su finca continuaba explotándola de conjunto con unas diez mil hectáreas arrendadas a los veteranos de la Guerra de Independencia. Por ello, el viejo presu- mía cercano el momento de reordenar sus asuntos, y de que Manacas volviera al patrimonio familiar.

Las colonias de caña extendían su verdor hasta las laderas de los pinares. Don Ángel mantenía el empleo a sus obreros, aunque para ello acarrearán agua desde el río en temporada de sequía. Los hombres de don Ángel trabajaban por el doble del

salario pagado en otros lugares. Estaban organizados en cuadrillas, con un capataz al frente.

Sin restricción azucarera, permanecían altas las cuotas para cada uno de los cultivadores. Las producciones de don Ángel Castro ascendían a unos cuatro millones de arrobas de caña.

Con el aumento de precio por la guerra en Europa y las zafras grandes, el hacendado recibió unas dos mil setecientas toneladas de azúcar, que a unos tres centavos, significaban unos ochenta mil pesos. Debía descontar los gastos de corte, transporte y cultivo, pero incluso así, los ingresos no eran bajos. También obtenía recursos del ganado, los comercios y la madera. Con seguridad, la cifra total rebasaba los cien mil pesos. Ese dinero se quedaba allí, se repartía en el batey, porque ni él ni Lina sabían decir que no y resolvían los apuros, no solo de las familias de por allí, sino también de los braceros de la United Fruit Company o de la gente que atravesaba por Sao Corona en tiempo muerto, para irse a buscar trabajo en los cafetales de Mayarí Arriba.

La mesa del comedor de la casona grande de Birán se extendía casi hasta la cocina. Manuela Dupont, una haitiana «aperfilada», de mediana estatura, educación discreta y respetuosa, se encargaba de la limpieza de la casa, mientras su madre, Alicia, trabajaba como lavandera.

Manolita Dupont ayudaba ese día a Lina y al cocinero a poner el mantel, las fuentes, los cubiertos y

los platos y a descorchar las botellas de vino. Como todos los años en las grandes ocasiones, la familia se reunía a la hora del almuerzo con la misma disciplina y sobriedad, en torno al cocido de garbanzos con oveja. A un extremo de la mesa, el padre, al otro, Fidel, por los lados: Lina: Ramón, Raúl, las niñas de la casa, la prima Clara y la tía María Julia Ruz.

El viejo interrumpió un instante la conversación y parándose de la mesa encaminó sus pasos a la oficina-comedor, registró en su papelería y regresó con la copia de una solicitud de ciudadanía cubana firmada el 2 de enero de 1941, y con el documento expedido por el Ministerio de Estado el 19 de septiembre del propio año.

—Ya ven. Ahora soy ciudadano cubano.

La solicitud de ciudadanía era el recuento de los viajes y las estancias de don Ángel desde que saliera por segunda vez con rumbo a Cuba. Leerlo era como escuchar la voz del viejo narrando su propia historia. Decía:

EL DOCTOR AMADOR RAMÍREZ SIGAS, JUEZ MUNICIPAL Y
ENCARGADO DEL REGISTRO CIVIL DE CUETO, ORIENTE,
CUBA.—————

Certifico: —Que al folio número 558, 559, 560 y 561, del Tomo número Uno de la Sección de Ciudadanías de este Registro Civil a mi cargo,

aparece el acta número 65 correspondiente a ÁNGEL CASTRO ARGIZ, V.B., cuyo tenor literal dice así: «En Cueto, Oriente, siendo las diez de la mañana del día dos de Enero de mil novecientos cuarenta y uno, ante el Doctor Amador Ramírez Sigas, Juez Municipal, Encargado del Registro Civil, y de Alberico Gómez de la Torre, Secretario, comparece el señor Ángel Castro Argiz, natural de Láncara, Lugo, España, mayor de edad, propietario, casado y vecino de Birán, con el objeto de realizar ante este Registro Civil su renuncia de la ciudadanía española que actualmente posee y optar por la cubana que es la de su legítima esposa; y a ese efecto el señor Juez le hizo saber las penas con que se castiga el delito de perjurio en causa criminal y penalidades en que incurre y después de prestar el juramento de Ley, dijo: «Que nació en el pueblo de su procedencia el día 4 de Diciembre de mil ochocientos setenta y cinco; encontrándose inscripto su nacimiento en el pueblo de su procedencia, no presentando la certificación por no serle posible en este acto; que es hijo de Manuel y Antonia, naturales de España, blancos, labrador y su casa, ya difuntos; que llegó a este país desembarcando por el puerto de La Habana como pasajero sin familia del vapor «Mavane» de la Compañía Francesa, el día tres al cuatro de diciembre de mil ochocientos

noventa y nueve, donde fijó su residencia en Camajuaní, Cayo Romano, Ponupo, en Guaro, Central Preston, y luego en Birán de este Término, desde mil novecientos diez, donde ha vivido sin interrupción alguna. —Que contrajo matrimonio civil en este país el día veinte y siete de marzo de mil novecientos once con María Luisa Argota Reyes, natural de Fray Benito, blanca, de su casa, y vecina de Santiago de Cuba, en el Juzgado Municipal de Mayarí, acta que consta al folio ciento noventa y cinco del libro siete; con la que tiene cinco hijos nombrados Pedro, María Lilia, Antonia María Dolores, Georgina de la Caridad y Manuel, inscriptos en el Registro Civil de Mayarí, los dos primeros mayores de edad, y los últimos todos difuntos, encontrándose estos inscriptos en el Registro Civil de Mayarí, siendo María Lilia casada, no presentando la certificación, por no serle posible en este acto; que el nacimiento de su esposa se encuentra en el Registro Civil del Juzgado Municipal de Fray Benito y que su nombre completo es María Luisa, hija de Marcos y Carolina, naturales de Cuba, el primero difunto y ella de esta vecindad. —Que se encuentra comprendido en el caso b) del artículo 13 de la Constitución, y caso b) del artículo veinte y nueve del decreto sobre Migración y Ciudadanía y asimismo de acuerdo con lo que determina el Decreto

número ochocientos cincuenta y nueve de mil novecientos ocho; que estos datos son exactos y positivo que renuncia de una manera irrevocable su actual nacionalidad española y jura su declaración de optar a la cubana, que es la de su legítima esposa, siendo su deseo libre y espontáneo que jura cumplir bien y fielmente la Constitución y leyes que rigen y las que en lo sucesivo rigieren, así Dios lo ayude. Que estos dichos lo justifican los testigos señores Laureano Martínez y Agapito Martínez, naturales de España, mayores de edad, casados, comerciantes y vecinos de Cueto, los que juran ser cierto y constarles las circunstancias consignadas por el compareciente señor Ángel Castro Argiz. Fueron testigos presenciales los señores Antonio Casaus Sánchez y Vicente Rodríguez Machado, mayores de edad, empleado, casado y Mandatario Judicial el primero y el segundo soltero, empleado y vecinos de este poblado. Exhiben los comparecientes sus carnet de extranjeros. El señor Juez tuvo por hecha la renuncia de la ciudadanía española y por optada la cubana que es la de la legítima esposa del señor Ángel Castro Argiz. Leída y hallada conforme, se estampó en ella el sello del Juzgado y la firman todos con el señor Juez. Certifico.

—Hay un sello del Juzgado. Firmado: Dr. A. Ramírez Sigas. —A. Castro. —Laureano Martínez.

—Agapito Martínez. —A. Casaus. V. Rodríguez.
—A. Gómez de la T.

Es copia fiel de su original y para entregar al señor Ángel Castro Argiz, expido la presente certificación en Cueto, Oriente, Cuba, a los seis días del mes de Agosto de mil novecientos cuarenta y uno. (...)

La respuesta tenía el sello del Ministerio de Estado de la República de Cuba:

19991/41

La Habana, 19 de Sep de 1941

Vista la instancia presentada por Ángel Castro Argiz solicitando se le expida Carta de Ciudadanía cubana, y los documentos que con ella acompaña; considerando que el interesado ha acreditado hallarse comprendido en el inciso B del Artículo 13 de la Constitución y haber efectuado la correspondiente inscripción en el Registro del estado civil y, considerando que su petición se ajusta a lo prescrito en los decretos presidenciales números 183 de 15 de diciembre de 1902, y 3022 de 15 de octubre de 1940, extiéndase a su favor la Carta de Ciudadanía

que solicita y prepárese para la firma del señor Ministro de Estado.

Firmado por el Subsecretario y más adelante señala:

La Habana, 19 de Sept de 1941

Con esta fecha y en virtud del decreto que antecede, extiéndase Carta de Ciudadanía a favor de Ángel Castro y Argiz natural de Lánacara-Lugo-España de 66 años de edad, de estado casado e hijo de Manuel y de Antonia, por hallarse comprendido en el inciso B del Art. 13 de la Constitución.

REGISTRADA al número 4164 folio 473 del Libro 19

Y firma el Jefe del Negociado (...)

☞ *Tiempos* ☞

A la sombra de la casa, don Ángel Castro revisaba los diarios. El sillón se mecía al ritmo lento y acompasado de sus piernas. Sostenía entre sus dedos un tabaco aún sin encender; le daba vueltas, lo amasaba, lo olía, lo distanciaba para observarlo, hasta que lo prendía, sin apartar la vista de los titulares y las fotografías impresas en el papel de los diarios. Desde principios de marzo, el periódico *Información* comentaba los debates sobre la propuesta de Juan Marinello –presidente del Partido Socialista Popular, senador de la República, profesor y miembro del Consejo Nacional de Educación y Cultura–, a favor de eliminar la enseñanza privada. Respaldaban esa idea, intelectuales progresistas, maestros rurales, artistas y obreros ilustrados, entre otros sectores. Se escandalizaban el clero y la derecha, y don Ángel lo consideraba un verdadero sacrilegio.

El viejo permanecía pensativo aquella tarde. Su hijo Fidel casi terminaba el bachillerato en Belén y oficializaba sus estudios en el Instituto de Segunda Enseñanza No. 2 de La Habana. Habían transcurrido tres años desde que partiera por el camino fangoso de Alto Cedro, y desde entonces, el alumno de Belén había visitado la casa sólo durante los meses de vacaciones.

Durante todo ese largo tiempo, Birán y don Ángel habían vivido de un modo abrupto la tormenta y la calma. Primero fueron las desavenencias con Pedro Emilio, el hijo varón de su primer matrimonio, quien apurado en dineros, no obró bien con los de casa; luego, el proceso demorado del divorcio de don Ángel con su primera esposa María Luisa Argota, un desenlace irrevocable y contundente, facilitado por la Ley de Divorcio Vincular de 1918, que la constituyente de 1940 asumía para brindar esa posibilidad a los ciudadanos cubanos, quizás la razón esencial por la que don Ángel, tantos años después de establecido en la isla, decidió asumir la ciudadanía antillana y hacer dejación de la española. Apenas un año después, la felicidad nunca soñada a los sesenta y siete años: en la mañana del 26 de abril de 1943, Lina y él se presentaron ante el doctor Amador Ramírez Sigas, juez municipal y encargado del Registro Civil en Cueto, para formalizar su unión de tantos años en una ceremonia discreta y sencilla. Ella permaneció serena. Él, mientras la miraba en silencio, recordaba la primera vez que la había sentido cerca, con aquel olor a cedro de las mamparas, los armarios, los baúles y la delicadeza de las cajas de estampas floridas para guardar pañuelos de seda. Después, habían llegado los hijos de ese, su segundo matrimonio, quienes al paso de los años crecían como cedros, con la firmeza y la ternura de los troncos de árbol. Los hijos fueron

inscriptos ante notario de manera oficial por don Ángel en los finales de aquel propio año de 1943.

Ya se habían matrimoniado Ramón y Aurora de la Fe Castillo, a quien todos llamaban Zuly; y Angelita y Mario Fraga, militar de carrera. La casa iba poblándose de la alegría de los nietos. Primero fueron las niñas: Dulce María, de Ramón; y Mirtza, de Angelita.

Ramón, junto a Zuly, una joven con la estampa de una adolescente, vivía entonces en El Perico, y tal como lo había dispuesto don Ángel, Ramón atendía las colonias de Hevia y Panuncia. Raúl y Juanita trabajaban en la oficina de la propiedad; Enma y Agustina estudiaban. Fidel había llegado lejos, donde nunca su padre soñó y era, a todas luces y confesiones, el orgullo de la familia.

El *Diario de la Marina* publicaba en la página nueve un comentario sobre el Debate Científico-Pedagógico «realizado en Belén, el sábado 22 de la semana pasada, en relación con los problemas de la enseñanza». Don Ángel recibió una grata sorpresa, el periodista mencionaba a su hijo, decía que disertó —desde las conservadoras posiciones del colegio, por supuesto—, sobre las relaciones entre la enseñanza oficial y la privada en los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España, Holanda, Turquía, Alemania, Rusia y Cuba.

El viejo Ángel se incorporó, apuró sus pasos al almacén con el periódico en alto y llamó a su mujer

con gran revuelo. Por la noche lo comentó con sus amigos de las partidas de dominó. Sentía satisfacción y una alegría interior que le chispeaba en los ojos claros. La tertulia olvidó ese día abordar otros temas candentes: Cuba saldría bien de la guerra; otros no lo consideraban así y mencionaban el hundimiento, en 1942, de los vapores cubanos *Santiago de Cuba* y *Manzanillo*, lo cual fue posible por las acciones de espionaje del alemán Heinz August Lunin, fusilado el 16 de noviembre de 1942, en el castillo habanero del Príncipe.

En las conversaciones recientes, los contertulios recordaban el desastre de los años veinte, después de la Danza de los Millones, y algunos preveían, con la paz en Europa, una caída en picada de los precios del azúcar.

Las promesas de los auténticos se habían esfumado en unos meses de gobierno, ¿quién podía confiar si se habían olvidado ya de la diversificación de la economía y de la industrialización del país? El Partido Comunista tenía células en Preston, Cueto y Marcané, y cada vez se inflamaban más los ánimos a medida que se aproximaba el tiempo muerto o las compañías norteamericanas intentaban desalojar a los campesinos. En Birán vivían algunos comunistas. Paco, el dependiente del almacén y casi todos sus hermanos eran miembros del Partido. Alguien había traído a colación las semanas turbulentas, cuando la compañía Altagracia trató de expulsar a los campesinos

de los cuartos de Orozco y Pontezuelo. «Fue por 1923 ó 1925 y no lo consiguieron» –especificó otro. Mientras los pronósticos colectivos estudiaban las probables reacciones de la población, algunos se mostraban optimistas y otros se adherían al vaticinio terminante de quien con frase lapidaria, dramática y augural aseveró: «Si las cosas siguen así, la gente va a luchar».



El tenedor de libros César Álvarez continuaba su trabajo en la misma oficina. El viejo Ángel repartía, prodigaba con una desmesura que luego no encontraba contrapartida en los ingresos. La gente llegaba de las plantaciones de la United Fruit, donde los administradores norteamericanos no contaban con potestades para adelantar fondos, todo allí era en efectivo, no había crédito posible, y mucho menos prestar ayuda a los trabajadores en tiempos desolados de silencios fabriles. Tampoco les interesaban las penurias, y el desamparo de la multitud no era su problema.

Sin embargo, en Birán estaba el hacendado gallego al frente de numerosas hectáreas, o arrendatario de todos los terrenos de las inmediaciones –serían en total unas 11 000 hectáreas bajo su mando–, con la posibilidad cierta de adoptar decisiones y disponer de medios y dinero para socorrer a los infelices

en situación desesperada, por lo que la gente acudía a él, lo mismo para buscar empleo temporal, o un vale con que llegarse a la tienda o a la farmacia de Castellanos en Marcané.

Era un hombre accesible, a quien se respetaba mucho. Salía a cabalgar y la gente lo abordaba en el camino, iban a verlo a su oficina o al corredor que rodeaba la casa, donde tomaba el fresco en las calurosas tardes de verano.

Desvelos

La humedad de la brisa anunció temporal para la tarde. Don Ángel dispuso que se aseguraran los portones y las ventanas, se acopiaran leña y agua suficientes para varios días, se recogieran los animales y se trasladaran los niños para la casa asentada sobre la tierra, donde habría menor peligro. Todavía era un hombre fuerte, montaba a caballo y recorría la finca de uno a otro extremo sin importarle para nada sus setenta y dos años.

Esa mañana se veía cansado, con el rostro fruncido, como si intuyera peligros. Todavía no le había comentado a Lina las noticias de los diarios sobre Fidel. Prefería no hacerlo por ahora. Ella andaba muy ocupada, disponiendo en el almacén para que no fueran a mojarse las mercancías y asegurando las ventanas y portones de la casona.

Información, Prensa Libre y el *Diario de la Marina* publicaron algunas semanas antes la detención de su hijo, su conducción al Servicio de Investigaciones Extraordinarias Especiales de la Policía, así como la posterior liberación. Entonces Fidel estudiaba en la Universidad de La Habana. Se afirmaba que Unión Insurreccional Revolucionaria, dirigida y orientada por Emilio Tró, apoyaba al grupo de Humberto Ruiz

Leiro en sus luchas por la decencia universitaria y los derechos estudiantiles.

La propuesta de solicitar esa ayuda había sido iniciativa de su hijo, como una manera de enfrentar los atropellos y bravuconadas intimidatorias de los grupos de pistoleros del policía Mario Salabarría, que querían hacer su voluntad en la universidad y reprimían las manifestaciones de los movimientos revolucionarios estudiantiles. Fidel consideraba enfrentarlos sin caer en la tentación de pedir protección a Genovevo Pérez Dámera, jefe del ejército, comprometido con el gobierno de Grau. Todo eso aseguraban los diarios.

Don Ángel sabía que su hijo portaba un arma y por ello sentía un desasosiego inevitable. Conocía que el teniente Quesada, de la policía universitaria y cómplice de aquellos grupos, había intentado desarmar a Fidel y solo consiguió una respuesta desafiante y serena: «No, esta pistola no te la entrego y si la quieres coger, la agarras por el cañón».

El viejo desconfiaba de la calma. La detención repentina, en la esquina de Mazón y San José, confirmaba sus aprensiones. En las declaraciones a la prensa, su hijo refería los hechos: «Fueron encañonados a la una de la tarde, por ametralladoras y pistolas que apuntaban desde tres autos».

Fidel andaba en problemas, iba al frente en las manifestaciones estudiantiles, se solidarizaba con las

demandas agrarias de la Federación Campesina de Cuba, luchaba contra la permanencia de Grau en el poder, contra la dictadura de Trujillo en Dominicana y por la independencia de Puerto Rico.

El hacendado percibía el verdadero temporal. No era el que descendía de los pinares. Temía y desesperaba en silencio. Era una sensación ambivalente, porque ese hijo suyo era un hombre de respeto, alguien para admirar. Incluso así deseaba apartarlo de los riesgos. Quizás un viaje al exterior cambiaría el rumbo a sus pasos.

Ese mismo día, mientras diluviaba, la pareja conversó sentada en los sillones de mimbre, forzada al descanso a esas horas tempranas por la ventolera del sur. Ella se inquietó, pero no exteriorizó su angustia. Para disimular su nerviosismo apuró el café.

Aunque don Ángel seguía siendo un hombre robusto, ya no era el mismo. Su corpulencia se acentuaba en algunas libras, y los párpados caían agotados sobre sus ojos, sin los destellos de antes ni siquiera para las vehemencias del amor. Llevaba la cabeza rapada como en su juventud, una camiseta abotonada en el cuello y unos pantalones muy anchos, con tirantes. Ella no deseaba verlo apesadumbrado. Lo consentía en sus caprichos y callaba los temores, haciéndole creer que ignoraba las noticias. Sin confiar en el éxito de aquella diligencia, lo alentó en la idea de escribir al Ministerio de Estado.

El 4 de julio, don Ángel solicitó el pasaporte, y el 7 de ese mismo mes de 1947, firmó la autorización de viaje.

Que viene a autorizar expresa y especialmente a su hijo Fidel Alejandro Castro Ruz, natural de Cueto, provincia de Oriente, de 20 años de edad, estudiante y vecino de la calle 21 No. 104 Vedado, La Habana, para que pueda trasladarse a los Estados Unidos de Norteamérica, o cualesquiera otro país que estime conveniente.

Don Ángel intentó proteger a su hijo, pero no consiguió apartarlo de la idea de luchar contra la dictadura de Trujillo. Fidel no había participado en la organización del movimiento, pero sintió que su deber era enrolarse como soldado. Conocía a un grupo de emigrados dominicanos, entre ellos al escritor y luchador Juan Emilio Bosh Gaviño, a quien apreciaba por su valía intelectual, y sólo podía expresar su solidaridad de esa manera. Hasta el sitio de previa concentración de los contingentes, llegó Lina para persuadir a su hijo de enrolarse en aquella aventura, pero su visita no valió de nada porque él había empeñado su palabra y consideraba como un deber insoslayable permanecer allí, a pesar de que en el aire se presagiaba el naufragio. Cuando la expedición de Cayo Confites –como se denominó a aquel esfuerzo libertario– se

malogró, el refugio de Fidel fue la casa de Birán, adonde llegó tras lanzarse a las aguas de la Bahía de Nipe y seguir un trayecto accidentado y oculto. Lina, al verlo, se llevó las manos al pecho. El padre, después del abrazo, reiteró su temor y el deseo de verlo terminar los estudios.



Iba a volver a la Universidad. Fidel matricularía por la libre para aprobar las asignaturas pendientes de segundo año y parte de las de tercero, aunque eso significara no tener derechos políticos en momentos en los que contaba con una gran ascendencia entre los estudiantes, lo prefería a repetir el año y perder el tiempo. Su presencia en La Colina, causó gran sorpresa, era como un resucitado, todos lo creían desaparecido en las profundas aguas de la Bahía de Nipe y devorado por los tiburones.

Don Ángel se sintió satisfecho. En lo más íntimo aspiraba a que su hijo no se involucrara más en manifestaciones y movimientos políticos. Sin embargo, Fidel seguiría el combate en las calles de La Habana con la vehemencia de siempre. Fidel condenaría el asesinato del joven Carlos Martínez Junco, el ultraje a la campana de La Demajagua, la corrupción del ministro de educación José Manuel Alemán y sus

cómplices: Mario Salabarría, Manolo Castro y Rolando Masferrer. En carta abierta de los dirigentes de la FEU a la opinión pública, reclamarían la destitución del presidente Ramón Grau San Martín.

Raúl ya era un joven de dieciséis años, y a Ramón le iba bien en sus colonias de Hevia y Panuncia; además, vivía más cerca de la casa porque por El Perico asolaba el bandido Baguá, y cualquier cosa podía ocurrir con ese demonio de bandolero. Angelita había concluido sus estudios de mecanografía, taquigrafía y contabilidad y tenía dos niñas: Mirtza y Tania. Pronto daría a luz al tercer hijo. Su vida transcurría de uno a otro sitio, pero siempre regresaba de vuelta a Birán en largas temporadas, como si el batey fuera el mástil de un barco. Juanita deseaba quedarse allí y trabajaba en la oficina con César Álvarez, el tenedor de libros. Enma y Agustina estudiaban.

Los asuntos económicos de la finca marchaban bien, sin los aires de holgura exagerada conferida por otros. Don Ángel invertía sus dineros en todo. No podía decirse que poseyera grandes sumas depositadas en los bancos, porque los ingresos y egresos se equilibraban con la asistencia a los campesinos y a los trabajadores del batey, en una balanza cada vez más frágil. Las ganancias de las plantaciones se quedaban allí mismo, en el Birán de Castro.

El viejo se mostraba entonces optimista en relación con la próxima zafra: «Será una de las grandes»

—afirmaba. La expansión de la industria no tenía tanto que ver con el establecimiento de nuevas fábricas como con el empleo de equipos de un alto rendimiento, y por otro lado, esta vez, los precios no sufrirían las oscilaciones desproporcionadas y repentinas de los años veinte, según sus favorables predicciones.

En la casona, los hábitos se mantenían inalterables. Lina y don Ángel continuaban profesándose el mismo amor sublime de siempre. Se cumplían los horarios de los almuerzos y las comidas. Las partidas de dominó animaban la conversación por las noches; entonces la ausencia de García, el cocinero, se hacía más notable, porque ya se encontraba muy enfermo.

❧ Cedros ❧

Don Ángel descansaba en el corredor de la casa. Sentado en el sillón de mimbre, balanceaba los pies mientras leía en la revista *Bohemia* las narraciones insólitas de las primeras páginas. Siempre tenía la duda: ¿serían apuntes de la realidad o fantasías? La publicación no decía una palabra al respecto, como para dejar espacio a la deducción propia, a la idea de cada lector, con lo cual añadía a su vez, una pizca de misterio a lo narrado.

Lina puso la carta sobre las piernas de su esposo y le susurró al oído: «Viejo, carta de Bogotá». Él inclinó el cuerpo hacia adelante, olvidado de la pereza del mediodía. La alegría le tembló en las manos, mientras rasgaba el sobre y desdoblaba las cuartillas. Observó la letra del hijo y adivinó el cuidado al escribir para que se entendieran bien los recuerdos y experiencias del viaje. En la firma de su hijo Fidel, el viejo gallego descubrió su propia manera de enlazar la O con la tilde de la T en el apellido y le resultó imposible disimular su orgullo.

Bogotá, 3 de abril de 1948

Querido Papá:

Ya en Bogotá donde pienso permanecer algunos días, puedo sentarme tranquilamente a escribirles. En Caracas nos pasamos cuatro días. La ciudad está unos cuarenta kilómetros del aeropuerto, la carretera que conduce del aeropuerto a Caracas es verdaderamente fabulosa pues tiene que atravesar una cordillera de montañas de más de mil metros de altura. Venezuela es un país muy rico, gracias principalmente a su gran producción de petróleo. Allí se hacen grandes negocios pero la vida es bastante cara. En cuanto a lo político actualmente el país marcha admirablemente bien. Rómulo Betancourt dejó la Presidencia con deudas personales y la administración Pública es muy honrada. El pueblo está muy satisfecho de su actual gobierno que está realizando una serie de medidas que tienden a beneficiar el país.

De Venezuela nos trasladamos a Panamá. El aeropuerto está en la zona del canal, el cual pudimos apreciar desde el avión a poca altura. La ciudad de Panamá está bastante cerca del canal y permiten visitarlo lo que no pude hacer debido a nuestra breve estancia en ese

país, pues teníamos necesidad de estar en Bogotá el día 31 del pasado. Ese día temprano salimos de Panamá y volando sobre la costa del Pacífico nos dirigimos a Colombia. Hicimos escala en la ciudad de Medellín que es una de las más ricas e industriales de Colombia que está en el Departamento de Antioquia (aquí en vez de Provincias hay Departamentos). Después continuamos el viaje hacia Colombia o mejor dicho hacia la Capital. Para llegar a Bogotá el clípper de cuatro motores en que viajamos se remonta a una enorme altura. Los ríos como el Magdalena y el Cauca, muy caudalosos, lucen como rayas blancas en la superficie de la tierra. La ciudad de Bogotá está a 2 500 metros sobre la superficie del mar que a esa altura semeja un Valle rodeado de pequeñas colinas.

El panorama de la naturaleza muy hermoso y la vegetación completamente distinta a la de Cuba. A pesar de estar tan cerca a la línea del Ecuador debido a su altura la temperatura es muy fría, apenas sube 15 grados y frecuentemente baja de 10, por lo que hay que estar constantemente abrigado.

La ciudad de Bogotá es muy moderna y casi tan grande como La Habana. Hay mucha

actividad y constantemente hay un enjambre de personas en la calle como nunca he visto en ningún lado. Una ciudad muy culta y civilizada. Un gran porcentaje de los colombianos tiene sangre india y se caracterizan por la calma.

La riqueza principal de Colombia es el café, pero no sucede como en Cuba cuya única riqueza importante es el azúcar, haciendo depender el bienestar del país en un producto expuesto a desastrosas bajas en el mercado mundial, sino que también tienen una gran riqueza en las minas de plata y también oro. Las esmeraldas se producen en grandes cantidades y son las mejores del mundo. También tienen mucho ganado y producen además, en cuanto a alimentos, todo lo que consumen. La vida es barata. El compañero mío y yo vivimos en el Hotel Claridge que es bastante bueno, cobran \$9.50 diario por cada uno (pesos colombianos, en dólares, equivalentes a \$4.00 aproximadamente) y la comida es magnífica.

Bueno papá, no te voy a seguir contando si no nada tendré que decirte en otras cartas. En Bogotá no sé seguro que tiempo habré de estar. En este viaje que realizo estoy organizando un Congreso Latinoamericano de Estudiantes que deberá celebrarse aquí

en Bogotá, contamos con la adhesión de casi todos los estudiantes de América. Tuve éxito completo entre los estudiantes de Venezuela y Panamá, la prensa nos está respaldando y en Panamá hablé durante media hora en una de las estaciones más oídas del país. En Bogotá llevo ya casi tres días, pero apenas he desplegado actividad alguna pues me estoy orientando.

La ciudad está llena de banderas por la Conferencia. Cuando estemos reunidos los representantes de todas las Universidades pensamos tener entrevistas con los principales representantes de cada nación.

Yo llevaba cartas para varios altos funcionarios venezolanos, los que no pude ver porque era semana santa y para esa fecha hay una inactividad absoluta en estos países y estaban todos por el interior. A Rómulo Betancourt que también tenía yo una carta para él, de un buen amigo suyo, lo pienso ver acá en Bogotá. Estuvimos en la casa del Presidente actual de Venezuela y la familia nos trató muy amablemente. La hermana del presidente se comunicó con él que estaba de veraneo en el interior para comunicarle nuestro interés en verlo y le contestó que el lunes estaría de regreso a Caracas y nos podría recibir, pero era viernes y nosotros

teníamos que salir al día siguiente para Panamá. ¡Qué distinta democracia a la cubana, donde las puertas de las casas de los gobernantes están vedadas al ciudadano!

Desde luego que estas gestiones yo las hago como dirigente estudiantil cubano y al objeto de obtener respaldo y ayuda a nuestro movimiento. Los argentinos han dado el mayor aporte hasta ahora pero pienso que también el gobierno colombiano nos ayude. De Bogotá no sé qué marcha seguiré. Hoy llega a Bogotá procedente de la Habana, a reunirse con nosotros, uno de los argentinos que más está cooperando.

Puede ser que siga con él hasta la Argentina y me pase allá tres meses becado, por el Gobierno o regrese a Cuba. Si continúo para la Argentina realizaré en el mes de Septiembre mis exámenes en la Universidad de la Habana para entrar en cuarto año de Derecho, pues tengo mucho interés en terminar mi carrera. Estos viajes le aportan a uno un gran número de conocimientos y experiencias al mismo tiempo que le abren grandes horizontes y perspectivas.

Te envío con la carta una fotografía del compañero mío y yo aquí en Bogotá, al lado de la estatua del General Santander lo que no se distingue.

Por separado te envió unas vistas de la famosa Cartagena de Indias, hoy una de las principales ciudades de Colombia.

Mi dirección está arriba a la izquierda. Espero recibir noticias de ustedes pronto. A la carta deben ponerle sello aéreo.

Besos para todos y tú recibe un fuerte abrazo de tu hijo que te quiere, Fidel.



Don Ángel anhelaba que su hijo Fidel se apartara de los asuntos políticos, las protestas callejeras, los mítines, y consiguiera librarse de las amenazas de atentado de los grupos gangsteriles como el de Masferrer.

Depositó su esperanza en el próximo matrimonio y en el intenso plan de estudios para concluir tres carreras, optar por la beca Bustamante, que daba la oportunidad del financiamiento y, de ese modo, cursar Economía Política en los Estados Unidos o Francia.

El 24 de mayo de 1948, poco antes de las elecciones de junio en las que triunfó el anticomunista Carlos Prío Socarrás, cuyo gobierno fue más del nocivo y falaz «autenticismo», don Ángel lo escuchó por una emisora radial. Fidel discursó en un mitin ortodoxo en Santiago de Cuba, donde casi emplazó al mismísimo Eddy Chibás para que fuera leal al pueblo si resultaba

vencedor. Aseguró que si trataban de arrebatarse la victoria al pueblo, las fuerzas revolucionarias tomarían los fusiles para conquistar el poder. El padre consideró incendiarias sus palabras, pero también reconoció la valentía del muchacho.

Aún así lo prefería apartado de los desórdenes. Mientras estudiara, él estaba dispuesto a ayudarlo en sus gastos, a agilizar gestiones o interceder en algún asunto.

—Ojalá pase este vendaval —comentó a Lina, la mañana de los preparativos de su viaje. En ese instante se componía con toda delicadeza. Él no podría asistir a la ceremonia, sus malestares y el trabajo de la finca no se lo permitían. Debía conformarse con imaginar a su hijo en el altar de la iglesia de Nuestra Señora de la Caridad, en Banes, el pueblo de su amigo don Fidel Pino Santos.

Observó a Lina con detenimiento. La reconocía como una mujer hermosa. Su figura, más robusta, no había perdido del todo la cimbreante esbeltez de su juventud y mucho menos la fuerza del carácter alegre, dispuesto y enérgico.

La elegante compostura destacaba los aires de belleza natural. Llevaba el pelo ondulado y por entre los rizos asomaban unos pendientes pequeños.

Estaba de moda acentuar el tono de las cejas y los labios y sombrear el rostro con discreción. Lina no acostumbraba a arreglarse sino en contadas ocasiones.

Cuando lo hacía, la apariencia lozana de sus cuarenta y cinco años asomaba a su rostro, y solo la rudeza de sus manos delataba el largo tiempo de vida tesonera en la finca de Birán. No había otra mujer más dispuesta por aquellos contornos.

Si era necesario se iba a Marcané a descargar las mercancías y a contabilizar las entregas para el almacén al pie del ferrocarril. Bajo la lluvia, no la amilaban ni el relampaguear en los cielos, ni los ríos crecidos, ni las ventoleras.

—¡Válgame Dios que estás junto a mí! —dijo don Ángel al despedirla. Sintió la soledad, acompañada por la vejez de los espejos que una vez le desveló el alma, en la casa entrañable, de armarios, camas y baúles descomunales con el olor a cedro suscitándole recuerdos.

Plantaba cedros con la discreta e íntima ansiedad de convertir en perdurables las cortezas finas y los aromas benditos para el amor, y para que una estirpe noble y digna creciera en casa.

☞ *Manacas* ☞

En la habitación del hotel en la ciudad, el viejo revisó los diarios matutinos con la avidez habitual y, casi a las ocho y media de la mañana, salió junto a Lina rumbo a la cita en el bufete del abogado y notario público, colegiado y con residencia en Santiago de Cuba, doctor Mario Norma Hechavarría. Había llegado el momento de recuperar y poner a su nombre la propiedad de la finca, cuyo valor superaba el de la deuda con don Fidel Pino Santos.

El potentado y viejo amigo de don Ángel andaba mal de salud. Sus malestares tenían que ver con el hígado o el páncreas. Sus recaídas eran cada vez más frecuentes.

Ya no eran posibles aquellas visitas prolongadas a Birán, cuando don Fidel Pino Santos pasaba horas sentado en la mecedora del corredor, conversando con la doctora Ana Rosa Sánchez, a quien amó con locura en aquellos años de viudez.

Don Ángel conocía el riesgo y la situación era delicada. Si aquel hombre –ingresado en el hospital– moría de repente, estaba perdido. La finca se encontraba a su nombre sin ninguna otra garantía. No era una hipoteca, todo aquel negocio se basaba en una relación de amistad de muchos años.

Don Ángel llamó a su hijo, ya graduado en la universidad, y le encargó la solución del problema. Fidel tenía autoridad y prestigio como abogado para representar los intereses del padre, pero en realidad se trataba de hilar fino, con suma delicadeza, para persuadir al potentado de la necesidad de traspasar la finca, otra vez, a nombre de su legítimo dueño.

Fidel visitó al enfermo en el hospital y la doctora Ana Rosa le permitió pasar sin dilación. El abogado se preocupó por las dolencias del amigo de la familia, conversó con él un buen rato, y luego le planteó el encargo de don Ángel Castro Argiz, la necesidad de resolver aquella situación, un asunto demorado por casi veinte años, desde la mañana de julio de 1933, en que su padre acudió al despacho del abogado y notario público doctor Vinent y Juliá para firmar la escritura de «cesión en pago» de la finca a favor de su acreedor. No resultó difícil convencerlo. Don Fidel Pino Santos comprendió sus razones y de inmediato impartió instrucciones para solucionar el problema.

Los esposos Castro Ruz se presentaron en el bufete, con el nerviosismo contenido de las grandes ocasiones, el 20 de julio de 1951. Para entonces, los abogados y las escrituras habían recorrido un prolongado, fatigoso y complicado camino hasta ese punto de la negociación, en que el apoderado Raúl Pino, les vendía la propiedad de la finca Manacas.

Una mezcla de euforia y calma coincidían en el ánimo agitado de don Ángel. Sus temores se disipaban de una vez. Volteaba el sombrero entre las manos o se aferraba al brazo de su esposa, mientras el notario leía la extensa papelería del convenio que después firmó aquella calurosa mañana.



En ese tiempo Angelita contaba veintiocho años y vivía por temporadas en la casa grande de Birán. Era la hermana mayor y no resulta difícil notarlo a primera vista porque era muy alta, casi como sus hermanos Ramón y Fidel. Se parecía a don Ángel en lo desprendida y generosa, los haitianos la llamaban Chicha, con mucho cariño y la reconocían como un ángel de la guarda.

Enma y Agustinita aún estudiaban. Se parecían en su fina delicadeza, aunque a veces discutían sobre las enseñanzas de Cristo, de acuerdo con la visión católica de una y la protestante de la otra.

Los dieciséis años de Enma anunciaban en ella la misma esbelta delgadez de su mamá. Era desenvuelta y audaz. Agustinita no, tímida, todavía conservaba la silueta adolescente de sus trece años. Don Ángel la distinguía por ser la menor, la veía menuda, frágil, con vocación para el sufrimiento silencioso.

La personalidad de Juanita, en cambio, suponía un carácter fuerte y un espíritu emprendedor. Había heredado de sus padres la disposición para los negocios. Pasaba todo el tiempo ideando las maneras de conseguir por sí misma la prosperidad ansiada, pendiente de las economías y el trabajo.

Ramón vivía en Marcané, atendía con esmero las colonias de caña de la finca y se proponía fundar otros negocios, pero sobre todo, tenía sus aspiraciones filantrópicas como aquella de construir una iglesia en el pueblo, para lo cual contaba con la buena voluntad y la fervorosa devoción de la esposa del farmacéutico, de Lina y de algunas otras señoras del pueblo.

Raúl vivía en La Habana con Fidel. Ambos visitaban con frecuencia a Lidia, la hermana mayor del primer matrimonio de su padre. Recién graduado Fidel de bachillerato, enviudó Lidia. Al esposo le habían diagnosticado el mal de Hopkins, y ella se mantuvo a su lado todo el amargo tiempo de la enfermedad. Cuando él murió, ella heredó una pequeña pensión y alguna propiedad familiar en Santiago de Cuba. Entonces decidió mudarse para la capital. Alquiló una casa para que su hermano «habanero» viviera con ella. No sólo él, también Raúl, Enma y Agustinita lo hicieron por temporadas.

Lina no se acostumbraba a la ausencia de Raúl, sentía nostalgia de su familiaridad, de su apego cariñoso y sus constantes travesuras.

Don Ángel hablaba con frecuencia de Fidel y de Raúl, y a Lina le daba la impresión de que lo hacía para sentirlos más próximos. Al mismo tiempo se obstinaba y de ninguna manera accedía a que Angelita se pudiera llevar de Birán a sus hijos varones.

—Líbreme Dios de permitirlo. Tony y Mayito se quedan —profería contumaz.

Angelita viajaba mucho y con ella, casi siempre, las niñas: Mirtza, Tania e Ileana, que era la más pequeña. En la tozudez de su padre descubría la ternura y la nostalgia. Deseaba la cercanía de los nietos quizá para compensar las distancias que una vez lo separaron de sus hijos.

En los últimos tiempos, Lina percibía en su esposo una disimulada inquietud. Sin confesárselo, la compartía también. Los noticieros de radio y televisión hablaban de los artículos de Fidel que *Alerta* había publicado sobre las fincas de Prío, los negocios oscuros del gobierno y las cantidades de dinero entregadas a los pandilleros en el mismísimo Palacio Presidencial.

Nadie sabía cómo iba a terminar todo. Don Ángel y Lina se preocupaban por sus hijos, sobre todo, por el que andaba metido en mil problemas, llevaba como abogado el caso del asesinato del joven Carlos Rodríguez y había logrado que el juez dispusiera el encarcelamiento del comandante Rafael Casals y del teniente Rafael Salas Cañizares.

Las pruebas contra Carlos Prío las había conseguido Fidel gracias a la colaboración de varios amigos, viejos y nuevos compañeros de combate como Gildo Fleitas, José Luis Tassende, Pedro Trigo, René Rodríguez... Sobrevolaba las tres fincas del presidente Prío en una avioneta pequeñísima, cuyo piloto la alquilaba a cinco pesos la vuelta. Con una cámara fotográfica y una de cine captaba las imágenes comprometedoras.

Don Ángel no perdía una sola de las alocuciones de su hijo en la radio. Sabía que retaba a mucha gente influyente, a Batista sobre todo, a quien nadie más osaba denunciar en público.

Al atardecer, don Ángel acercaba la mirada a la pantalla del televisor marca Crosley, fabricado en Cincinatti, Ohio, Estados Unidos, en 1940, para conocer el rumbo de los acontecimientos por los noticieros. Recordaba a su hijo Fidel discutidor, por momentos hasta impertinente, durante las visitas de don Fidel Pino Santos a la casa. Ellos conversaban y Fidel, contenida su irritación, hacía preguntas desde un punto de vista muy diferente. El viejo se percataba de que el joven no se proponía discutir con ellos, tenía sentido común y respetaba. Por eso, luego de la fugaz interrogante, permanecía en silencio.

Don Ángel lo conocía como a la palma de su mano, por eso descubría en Fidel su contrariedad cuando debía callar lo que pensaba. Su hijo, demostraba respeto con una delicadeza irreprochable como de polvo de alas.

❧ *Despedida* ❧

Los romerillos amarillos y blancos iluminaban el paisaje del batey y la anacahuita anchurosa extendía cada vez más su sombra, al borde del Camino Real a Cuba, entre el almacén de víveres, donde Lina despachaba y administraba diligente, y el correo-telégrafo, que don Ángel logró establecer allí porque en otro tiempo solo existía un banco de pruebas. En Birán, al principio, solo don Ángel recibía y enviaba telegramas.

Si se rompía la línea telegráfica de Mayarí a Santiago de Cuba era muy difícil localizar la avería. Birán se encontraba justo en el centro norte de la región oriental y fue allí, en La Sabanilla, donde se estableció la estación para operar los interruptores. Si la transmisión llegaba al municipio o a la capital de provincia, se sabía en qué tramo buscar las roturas.

Las gestiones de don Ángel, en 1925, permitieron que la oficina abriera sus puertas y el telegrafista Valero iniciara su trabajo de clasificación de correspondencia, envío y recibo de mensajes.

Con el contrato de molienda de cañas entre Castro y la Compañía Warner Sugar Corporation en 1924, se instaló también un teléfono de magneto para la comunicación con el central Miranda y su administrador. Los niños de la casa miraban deslumbrados,

como magia verdadera, aquel aparato mediante el cual se hablaba a la distancia después de dar vueltas a una manigueta.

Desde entonces la anacahuita había esparcido con profusión sus ramas por el aire y algunas niñas se divertían danzando flores de Carolina como bailarinas, sobre la piel ruda de los taburetes, y otras, ensartaban maravillas para hacerse coronas de princesa o collares de hawayanas.

Transcurría el mes de abril del año 1953. Fidel observaba con atención el espacio entrañable de su infancia. Desconocía si alguna vez volvería. Aquella era una despedida íntima, callada.

Todo lo que Fidel definía como urgencias económicas del país lo había aprendido en sus largas conversaciones con los trabajadores del batey y con don Ángel, con quien intercambiaba opiniones sobre los asuntos económicos de la finca y de Cuba. Sus vehemencias justicieras tenían raíz en lo vivido.

El viejo poseía propiedades, inversiones, ingresos importantes todos los años, pero no tenía acumuladas grandes cantidades de dinero.

Fidel sabía que allí se protegía a la masa creciente de trabajadores. Tanto su padre como su madre tenían sentido de la propiedad, pero al mismo tiempo ejercían con humanismo la administración general y la del comercio. Quizás al principio la riqueza creció, pero llegó el momento en que la situación so-

cial equilibró los ingresos y los gastos, incluso en medio de la relativa bonanza.

Se detuvo por primera vez a detallar el paso del tiempo en el rostro y la mirada, en la estampa de sus padres. Ahora, sin que ellos lo percibieran, él los miraba con otros ojos. Lina ya no era una muchacha esbelta, tenía unas libras de más y necesitaba espejuelos. Don Ángel conservaba el aspecto venerable de los patriarcas. Tania, una de las nietas, cumplía estricta y rigurosa las indicaciones del doctor y le daba las medicinas a su hora con una puntualidad de sol que amanecía.

Ángel Castro conservaba agilidad y fuerzas como para recorrer la finca a caballo y dirigir con la misma lucidez de su juventud, pero cada vez apoyaba más su anatomía en un bastón. Continuaba rapándose la cabeza como en sus años mozos, vestía pantalón con tirantes, y durante los mediodías se refrescaba en los portales con una penca de junquillos o guano como abanico. Perpetuaba su costumbre de los desvelos hasta la madrugada para levantarse antes de la clareada y bajar a la cocina, donde el jamaicano Simón le servía el desayuno.

Nada conmovía las costumbres: las partidas de dominó por las noches, el retumbar de los tambores haitianos a lo lejos, las fiestas de marimbas y guitarras, los bautizos numerosos para aprovechar la presencia, de Pascuas a San Juan, de un cura errante, y el

hábito de comprar a los billetteros una franja de papel para invocar la suerte, que en otro tiempo le prodira dos veces el premio gordo.

Los Sábados de Gloria los haitianos andaban los caminos vestidos de diablos con cascabeles. Los hijos de Angelita los veían pasar a la distancia, entre los algarrobos y las mariposas, como colores contrastantes en el fondo azul o verde del paisaje.

Mientras meditaba, Fidel sonreía al recordar las travesuras de la infancia. Lina les corría detrás y él, con su civismo, se detenía en seco para salvarse de la tunda que la madre siempre prometía y casi nunca propinaba. Otras veces, ellos se encargaban de desaparecer los cintos y las fustas de su lugar en el corredor de la casa, o simplemente se refugiaban detrás del sillón donde don Ángel descansaba. Allí, a la sombra del viejo, nadie se atrevía, nadie insinuaba pegarles.

Fidel presentía en su padre una intuición, pero don Ángel no le dijo nada, como quien valora inestimable y vital el silencio. Fidel nunca intentó convencer a sus padres de sus ideas políticas, su lucha les causaría grandes sufrimientos, pero confiaba en la sensibilidad fuerte de Lina y en la capacidad de don Ángel para apreciar los hechos políticos, los acontecimientos históricos en la vida de un país. Con esa convicción se despidió de ellos sin mirar atrás y sin saber que aquel sería su último encuentro con el viejo.

Don Ángel preludiaba un estremecimiento. La visita de Fidel a la finca en ese momento, le predispuso. Algo estaba sucediendo y él no podía evitarlo. No articuló palabra, no se dio por aludido, pero agradeció el gesto del hijo de ir a verlos.

☞ *Mariposa* ☞

Los rumores frondosos de la manigua durante la noche habían cedido al silencio del rocío, la mañana del 26 de julio de 1953, que nadie presagiaba tormentosa, cuando uno de los soldados de la Guardia Rural irrumpió en la casona de Birán diciendo que debía presentarse en la Jefatura Superior en Marcané, porque en Santiago de Cuba había problemas. Con voz alterada y en un recuento de frases inconexas aseveró que el Cuartel Moncada había sido atacado. El soldado se marchó con prontitud, pero tras él quedó flotando en los espacios de la casa una sensación de inquietud, desazón y sobresalto.

La certeza de que Fidel y Raúl estaban involucrados pesaba como una nube densa entre el techo alto de la casa y los hombros de la familia.

El viejo lloraba con desolación frente a la imagen del Sagrado Corazón, imploraba una y otra vez por la salvación de sus hijos. Lina soportaba el dolor sin dejarse arrastrar. Debía mantenerse lo más serena posible porque su esposo ya era un anciano y no podían ser dos las piedras que rodaran hacia el profundo abismo de la desesperación. Ella contenía sus lágrimas y lo consolaba: sus hijos saldrían con vida. Mientras, en su interior, se conmovía y vibraba exaltada por la duda.

Lina, para calmar a don Ángel, le repetía una y otra vez: «Son hombres, viejo, son hombres».

En aquella afirmación ponía toda su certeza de que los tiempos que evocaba eran una ineludible ausencia. Los hijos acunados con amor en su regazo habían crecido. No olvidaba las experiencias vividas cuando Ramón era pequeño. Si la brisa traía olor a hierba mojada y humedad de sombra, el niño se ahogaba, cambiaba de color y respiraba entrecortadamente, con unos silbidos roncocalmente apagados después de las inhalaciones de mentol y el aceite tibio de bacalao con el que ella le frotaba el pecho en las noches despabiladas de presentimientos angustiosos. Desde entonces, Lina no había vuelto a experimentar un desasosiego tal. Ahora sentía otra vez la aflicción quemante de un presagio de su alma. No sabía explicar aquella ansiedad encabritada y la rara mezcla entre el orgullo más alto y el dolor perenne.

Los hijos habían crecido y comenzaban a andar su propia vida, sin que ella pudiera hacer otra cosa: debía apoyarlos en sus determinaciones como lo había hecho desde siempre, con una afirmada resignación o quizás mejor, con una resuelta aceptación de su valentía y sus riesgos. Para convencer al esposo apelaba a los recuerdos, mencionaba la expedición a Cayo Confites, el viaje a Bogotá, y los innumerables peligros que Fidel logró vencer durante todos sus años universitarios.

Don Ángel daba pena. Su natural distinción y prestancia disminuían con tal recogimiento, parecía mucho más viejo y a sus ojos se encontraba desvalido. Desmadejado, permanecía en el sillón sin moverse, mientras sollozaba con unos quebrantos llenos de tristeza. Atento a las noticias, no se separaba de la radio. Fumaba con fruición el tabaco al que daba vueltas y apretaba entre los dedos. Levantaba los ojos con la mirada, la imaginación y las preocupaciones como perdidas en las volutas de humo desvanecidas en el aire.

Al mediodía, todos se miraban sin que nadie se atreviera a confesar sus temores ni mencionar palabra. Las alas de una mariposa levitaban a contraluz en un parpadeo tenue, efímero, luego descendían para volver a alzarse en un susurrante revoloteo de silencios y luminosidades coloridas por todo el corredor de la casa grande. Lina seguía con la mirada el fulgor de la mariposa: más cerca, más lejos, lánguido, vertiginoso; inmóvil unos instantes; fotografiado en pleno mediodía de polvaredas y reverberaciones. Por instantes permanecía absorta en las idas y venidas del insecto. La mariposa se adentraba por el portón del frente y se posaba sobre las flores de papel en el búcaro de porcelana, sobre la pequeña mesita de la sala. Lina no conseguía tranquilizarse y andaba de un lugar a otro con un aire abstraído, mientras rezaba con fervor sus oraciones y hacía que todos los niños de la casa y sus hijas, Angelita y Juanita, se hincaran

de rodillas frente a la imagen de la Virgen Milagrosa. También doña Dominga rezaba.

De siempre, los hijos de don Ángel lo habían visto leer con avidez los periódicos llegados de La Habana y prestar atención a los asuntos políticos y a los acontecimientos relevantes del mundo. Pero el viejo no imaginó nunca que la historia iba a crecer en su propio hogar, en el mismo Birán, y que sus muchachos serían protagonistas de un tiempo, de una Revolución.

«Mariposita de primavera/alma sublime que errante vas/ por los jardines de mis quimeras (...)», el aparato de radio junto al fonógrafo RCA Víctor había arrebuñado en el viento la melodía que Lina recordaba con el vuelo incesante de aquella mariposa, cuyo aletear fue quizás lo único que atenuó un poco sus nervios hasta el momento feliz, cuando terminó la zozobra de más de cuarenta y ocho horas.

🕸 Fuego 🕸

El incendio comenzó por el altillo. Don Ángel olvidó uno de sus tabacos en la mesita de noche, junto a la lámpara. El tapete bajo la campana de cristal fue lo primero en incendiarse con unas llamaradas intensas, extendidas en un segundo al entablado del piso y las paredes de la casa de pino. Pocos muebles pudieron salvarse de las llamas. Ardieron las cartas y las fotografías de la familia, las estampas religiosas de Lina, la colección de estuches de tabaco de cedro guardada por don Ángel, los horcones de caguairán, los tablones de la escalera del mirador, donde anidaban los pájaros. El fuego, que se reflejaba en colores vivos, quebró la luna de los espejos.

Era el 4 de septiembre de 1954. Una de las lavanderas de la zona, presa de sus miedos y aprensiones, se persignó:

—¡Ave María, si un espejo roto son siete años de mala suerte!

El presagio comenzó a susurrarse como la pólvora por todo el batey. Ramón se encontraba en el monte cargando madera. Cuando descendió del camión atiborrado de postes para cercas, ya todo ardía.

Los hombres no sabían qué hacer, corrían de un lugar a otro impotentes. La gente se reunió alrededor

del incendio, pero no había remedio, no existía manera de poderlo apagar para evitar el desastre total.

«Siempre se puede volver a empezar» –pensó Lina en su desconcierto.

Don Ángel recorría con la mirada las ruinas humeantes y sin confesarlo a nadie dijo para sí: «Es el principio del fin, todo acabó», y no sabía cómo ni por qué pero todo aquello le recordaba los tiempos de la guerra, durante su primera estancia en Cuba.

Con la ausencia de la casa grande, Birán entró en otro tiempo. Quizás se trataba de todo lo contrario, quizás él era quien marcaba el inicio de la decadencia y los agotamientos. No deseaba pensar, pero continuaba meditabundo, mientras anhelaba que no se le agotaran las fuerzas.

Cuando se incendió la casa, don Ángel y Lina vieron derrumbarse los pilotes y desaparecer las habitaciones de tantos recuerdos, pero la vida los había colocado en circunstancias mucho más dolorosas y asumieron la desgracia con resignación. Las represalias que por el ataque al Moncada podrían sufrir sus hijos los inquietaban perennemente. Lo único que importaba para ellos era que Fidel y Raúl salieran ilesos de la venganza y el odio.

Por fortuna, para entonces Angelita vivía en el hotelito del batey y allí conservó, con su ancestral desvelo por las pequeñas cosas, las estampas fotografiadas

por los artistas ambulantes en los años 1920 y 1930, las memorias más antiguas de la casa y la familia.

Cándido Martínez demoró tres días haciendo divisiones en la casa de los altos del bar La Paloma. Acondicionó las habitaciones provisionales, y luego hizo grandes armarios y cómodas para guardar la lencería que habrían de adquirir los dueños de la casa tras el desastre. También confeccionó amplias camas de caoba, mesas de noche y portarretratos, sillas y balances.

Ramón dirigió la remodelación de La Paloma. Los trabajadores construyeron una meseta de azulejos en la cocina; sobre el piso de ocuje y júcaro colocaron mosaicos, y abrieron algunas ventanas. Juan Socarrás lo pintó todo de azul.



Tras los sucesos del Moncada, la prisión en Oriente y en la Isla de Pinos, y la amnistía; primero Raúl y luego Fidel marcharon a México, a mediados de 1955.

Cuando liberaron a sus hijos, a la alegría inmensa de don Ángel de tener al menor de los varones en la casa, le siguió la certeza de que su vida corría peligro.

En presidio, Raúl había encontrado alivio en escribir a casa, y al conocer que como por obra de magia, su padre se había recuperado con la noticia de la

amnistía, anotó su deseo: «Ojalá podamos llegar a tiempo». Para Raúl ver otra vez a su padre significaba mucho. Durante la visita a Birán conversó largo rato con él; no lograba convencerlo; el viejo no quería que sus hijos se fueran tan lejos y solo cambió de opinión esa misma tarde al escuchar el noticiero, donde informaban sobre una denuncia contra su hijo menor por poner una bomba en el cine Tosca, en la Víbora, un lugar desconocido para Raúl. Aquel encuentro fue la despedida definitiva, aunque ninguno de los dos tenía esa certeza, probablemente el viejo lo vislumbraba. En la pequeña habitación, utilizada por don Ángel como oficina-comedor y salita privada, Raúl se dirigió al viejo y le dijo:

—Ya ve papá, no nos queda otro camino —y el viejo asintió, resignado y triste, seguro de lo inevitable de aquel sacrificio. Después, Raúl se asiló en la embajada de México y partió hacia el país azteca.



Don Ángel los apoyaba. Estaba preocupado, intranquilo, pensando que las dificultades para sus hijos eran muy grandes y que tal vez morirían, pero aún así estaba de acuerdo con su lucha.

Lina y don Ángel leyeron las declaraciones de Fidel a la prensa:

Ya estoy haciendo la maleta para marcharme de Cuba, aunque hasta el dinero del pasaporte he tenido que pedirlo prestado, porque no se va ningún millonario, sino un cubano que todo lo ha dado y lo dará por Cuba. Las puertas adecuadas a la lucha civil me las han cerrado todas. Como martiano, pienso que ha llegado la hora de tomar los derechos y no pedirlos, de arrancarlos en vez de mendigarlos. La paciencia cubana tiene límites.



Envuelto en la vorágine casi ininteligible de las contadurías, el bastón apoyado en la silla de trabajo, con el sombrero sobre la mesa y el tabaco entre los labios, don Ángel atendía las informaciones del noticiario cuando de pronto escuchó que Fidel se encontraba enfermo, muy delicado de salud. Una punzada leve le hincó el pecho, se impresionó y comenzó a pasear la habitación con demora. Una aflicción de témpano en pleno deshielo se reflejaba en su rostro, sudaba mucho y miraba a su esposa buscando refugio. Sobre los hombros de Lina pesaba la preocupación por todos.

El padre llamó a Lidia a La Habana, consternado y ansioso por recibir noticias de su hijo. Ella acababa

de comunicarse con Raúl y logró tranquilizarlo. «No había motivos para tanto desvelo» –le dijo–. Fidel se restablecería pronto, su enfermedad era todo el invierno que no le cabía en el cuerpo, la secuela de la vida solitaria y húmeda de la prisión, los insomnios, la excesiva actividad y el arduo trabajo.

En la distancia, a Fidel le daba pena con los viejos, aunque no estaban solos, porque allá, en la proximidad del batey y la familia, permanecían Ramón y su familia en Marcané; Angelita, los niños y Juanita.

Fidel sabía que sus padres se inquietaban por ellos. La preocupación les nublabla la tranquilidad y les quitaba el sueño. Los viejos tenían la niebla del mar en el pensamiento y su ánimo solo cambiaría con el regreso de los hijos. Por eso, Fidel valoraba aún más el apoyo de sus padres, su cariño incondicional, su entereza y respeto.



Lina enfrentaba sus dolencias y las de su esposo con hidalguía. Se sometía a un nuevo tratamiento con inyecciones que la mejoraba, pero don Ángel no lograba recuperarse del todo: primero fueron las fiebres y los delirios presagiosos de un constipado, luego la hidropesía. Lina quería llevarlo a la Colonia Española en Santiago o a La Habana, pero él sólo estaba de

acuerdo con ver al cardiólogo Suárez Pupo, de Holguín. El día del viaje, los sorprendió un temporal en el camino a Birán, con sus destellos fugaces y premonitorios de ríos crecidos, gente volada y palmas decapitadas. Debieron pasar la noche relampagueante en casa de Ramón, en Marcané.

Durante la sobremesa, don Ángel hablaba de los muchachos. Estaba preocupado porque no sabía si les había llegado el giro de cien pesos que les había enviado. Al escucharlo, Lina se preguntaba si el frío sería tan fuerte en México como lo era en La Mensura, la meseta de los pinares, donde el rocío quemaba al desprenderse del follaje.



Enma y Agustinita vivían con Lidia en La Habana. Enma concluía el tercer año de Pedagogía y finalizaba sus estudios de piano. Agustinita, cursaba el Secretariado en inglés y español.

—¡Cualquier día ese animal te da un susto, ya no estás para esos largos recorridos por la finca! —protestaba Lina ante el empecinamiento de don Ángel en su rutina. De modo habitual, él llenaba las alforjas de tabaco y se iba en el caballo blanco a repartir provisiones entre los trabajadores, sin hacer caso de los reparos de su esposa.

Según su opinión, la bestia era mansa y la montura negra, de primera, con la pieza superior repujada, con decoraciones florales como una copia del paisaje montuoso de Birán.

Otras veces, don Ángel andaba cuadrilla por cuadrilla, para distribuirle desayuno a la gente, con la delicadeza de solicitar el consentimiento del capataz como condición primera e ineludible. Hacía el recorrido en uno de aquellos vehículos de dos diferenciales, similares a un camión ligero, muy utilizados en el campo y que Lina manejaba con destreza. Era una mujer «de armas tomar».

En esa obstinación temeraria, Fidel se le parecía. Cuando alguien titubeaba, él intentaba demostrar lo contrario, y muchas veces arriesgaba la vida, sobre todo, al no dar paso los bravos afluentes del Nipe.

Esa tarde don Ángel regresó temprano de sus habituales rondas y dictó una carta para Raúl, firmada de su puño y letra:

Birán 3 de.....

Sr. Raúl Castro

Estimado Hijo:

He recibido tu carta por la cual veo que estás bien de salud, y Fidel sabía por la radio que estaba en New York. Yo de mis males me encuentro un poco mejor, Lina estuvo

en la Colonia en Santiago unos cuantos días porque se le infectó una inyección, ya está aquí, y se encuentra mejor.

Supongo que en estos días te habrán girado algo de la Habana, y anteriormente lo habrán recibido también, todo se hace como se pueda, ya que la situación mía no es muy ventajosa.

Por lo demás todos estamos bien.

Ruego a Dios por la salud y tranquilidad de Uds., y reciban la bendición de sus padres que siempre les recuerdan con todo el afecto y cariño.

A. Castro

D. Reciban saludos míos, escribiré
Alfonso

❧ *Esperanza* ❧

En el cuarto de La Paloma se mantuvo la misma disposición de las camas que en la casa grande, quizás para sentir la habitación con la misma familiaridad cálida del mirador, donde don Ángel y Lina iniciaron sus amores y criaron durante muchos años a los hijos. Allí, en el lugar más íntimo de Birán, el viejo guardaba la foto de Fidel que Lidia le envió desde La Habana.

El 31 de diciembre de 1955, las dolencias de don Ángel empeoraron y fue necesario llamar al médico con urgencia. Se sobrepuso a la crisis porque, a pesar de sus ochenta años, continuaba siendo un hombre fuerte, a quien el corazón fallaba solo en intermitencias fugaces.

Ramón y Juanita trabajaban juntos en la administración de la finca, aunque don Ángel era la máxima autoridad y decidía en los asuntos esenciales. En realidad, hacía falta empeñarse duro para volver a sacar a flote aquella tierra, como si la decadencia del dueño condicionara con ella la suerte de la finca. Solo los cedros conservaban su esplendor imperturbable.

A los intensos trabajos de la zafra, sobrevino un tiempo de inercia. El viejo apenas velaba por sus colonias de caña, cifraba sus esperanzas en la vega y los sembrados de maíz, y algunos lo consideraban un

esfuerzo inútil, algo así como la última prueba de sus ánimos emprendedores. Juanita mostraba expectativas discretas en relación con los ingresos. Según ella, los capataces no laboraban ni exigían lo suficiente y el trabajo con los subcolonos resultaba engorroso.

Ramón se ocupaba de los sembradíos. Vivía pendiente del clima, los métodos de cultivo, la limpia de los campos, y la reparación y mantenimiento de los equipos. Supervisaba y emprendía, con la misma disposición con que Lina administraba el comercio donde vendían bisuterías, ropas, víveres, bebidas y artículos de ferretería. También mantenía la contabilidad rigurosa de los suministros disponibles en el depósito, detrás de la tienda. Allí había laborado por muchos años Antonio Castro.

Lina regresó de la capital con su esposo, después de haber sido atendida por el doctor Milanés, director de una clínica en Boyeros. El médico la ingresó para curarle la úlcera en la pierna, don Ángel no quiso marcharse y se quedaron juntos durante los tres meses del tratamiento. Ella empeoró, y lo que al principio era una pequeña llaga se convirtió en un verdadero cráter. Don Ángel sufría con el dolor de su mujer. Deseaba operarse una hernia, pero después de los análisis clínicos los especialistas no aconsejaron la intervención, debido a los cansancios del corazón que el viejo sufría sin dolor. Los esposos Castro determinaron volver. La larga permanen-

cia en la clínica había sido un verdadero derroche de tiempo y dinero.

Con sarcasmo unas veces y escepticismo otras, los diarios y publicaciones de la capital mostraban incredulidad en relación con las palabras de Fidel Castro: «Puedo informarles con toda responsabilidad que en el año 1956 seremos libres o seremos mártires».

—Confío en esa premonición —respondía don Ángel cuando le preguntaban.

En la casa no existía duda de que Fidel regresaría a Cuba ese año. Lo conocían demasiado bien. El viejo pasaba el tiempo pendiente de la noticia, del regreso, como en la historia de la *Biblia*, en que el padre iba todas las tardes a un alto y aguardaba ansioso el retorno del hijo pródigo, aquella parábola poética del *Antiguo Testamento*, que tanto había impresionado a Fidel de niño.

Jubiloso y expectante, ese era el estado de espíritu del viejo Ángel, apegado a la raíz de sus orígenes. Había recibido con alborozo y satisfacción el hecho cierto y conmovedor de que los gallegos del lado de acá del Atlántico, simpatizaban con sus hijos. Lo hacían con pequeños y grandes gestos; los paisanos de México, Buenos Aires, Montevideo y Caracas. Era como una espiral de pertenencia a la Galicia profunda. Sus compatriotas, a su vez, estaban muy orgullosos de que fueran hijos de un gallego quienes le abrieran camino a la historia de Cuba, tan soñada siempre, tan próxima al destino de todos.

Don Ángel sacó de una cajita de madera los papeles conservados como reliquia en el velador, junto a la cama. Releyó las cartas de sus hijos, escritas mientras esperaban el juicio o después, cuando ya estaban reclusos en el Presidio Modelo, en la Isla de Pinos. Fue repasándolas con la vista y con las manos, una por una, en un gesto de cariño:

Prisión de Oriente
Septiembre 23 de 1953

Sr. Ángel Castro
y Sra. Lina Ruz.
Birán

Mis queridos padres:
Espero me perdonen la tardanza en escribirles, no piensen que es por olvido o falta de cariño; he pensado mucho en ustedes y sólo me preocupa que estén bien y que no sufran sin razón por nosotros.

El juicio comenzó hace dos días; va muy bien y estoy satisfecho de su desarrollo. Desde luego es inevitable que nos sancionen, pero yo debo ser cívico y sacar libre a todas las personas inocentes; en definitiva no son

los jueces los que juzgan a los hombres, sino la Historia y el fallo de ésta será sin duda favorable a nosotros.

He asumido como abogado mi propia defensa y pienso desenvolverla con toda dignidad.

Quiero por encima de todo que no se hagan la idea de que la prisión es un lugar feo para nosotros, no lo es nunca cuando se está en ella por defender una causa justa e interpretar el legítimo sentimiento de la nación. Todos los grandes cubanos han padecido lo mismo que estamos padeciendo nosotros ahora.

Quien sufre por ella y cumple con su deber, encuentra siempre en el espíritu fuerza sobrada para contemplar con serenidad y calma las batidas adversas del destino; éste no se expresa en un sólo día y cuando nos trae en el presente horas de amargura, es porque nos reserva para el futuro sus mejores dones.

Tengo la más completa seguridad de que sabrán comprenderme y tendrán presente siempre que en la tranquilidad y conformidad de ustedes está siempre también nuestro mejor consuelo.

No se molesten por nosotros, no hagan gastos ni derrochen energías. Se nos trata bien, no necesitamos nada...

En lo adelante les escribiré con frecuencia para que sepan de nosotros y no sufran.

Los quiere y les recuerda mucho:
su hijo
Fidel.

Dos telegramas decían:

SALGO HOY ISLA DE PINOS. ESTOY BIEN
CARIÑOS. FIDEL

NUEVA GERONA
OCTUBRE 18 1953 LAS 9, A.M.
LINA RUZ. BIRÁN.

ESTAMOS BIEN.
FIDEL Y RAÚL.

Eran palabras fugaces, escritas en la premura de dar aliento y para confortarlos. El viejo Ángel conocía bien ese deseo de atenuar la preocupación y los miedos en los seres queridos, ¿cuántas veces calló sus vicisitudes en la guerra del 95 para que su padre, el viejo Manuel, en Láncara, no sufriera por él? No lo engañaban, aun cuando pareciera que lo conseguían, los dejaba creerlo y agradecía el ansia de sus hijos por calmarlos a él y a Lina.

Queridos padres:

Recientemente recibimos carta de esa. Tanto Raúl como yo estamos perfectamente bien de salud y deseamos que no se preocupen por nosotros. El pasado día 23, Myrta, Enmita y Lidia estuvieron en ésta a vernos, también trajeron a Fidelito que está crecido y fuerte. Se ha señalado el tercer viernes de cada mes como día de visita para nosotros desde las 12 m. hasta las 3 p.m. El próximo caerá por lo tanto el 20 de noviembre.

En esta prisión prácticamente no necesitamos dinero pues no se gasta absolutamente nada, está un poquito mejor organizada que la de Boniato. En cuanto a cuestiones de ropa Myrta se ha encargado de enviarnos lo necesario. Invertimos nuestro tiempo en estudiar y enseñar a los demás. Todo el mundo nos envía libros y estamos organizando una Academia. Según noticias es unánime el criterio en la calle de que nuestra prisión será breve.

Esperando tengan mucha conformidad, se despide de ustedes con besos y abrazos su hijo

Fidel.

Don Ángel tuvo que desdoblar la carta para ver con claridad la letra redondeada y pequeña de Raúl.

El menor de los varones había escrito a nombre de su hermano Fidel y en el suyo propio, el día en que el viejo cumplía setenta y ocho años. Don Ángel recordaba muy bien aquel detalle de apego afectuoso. Fue como si le dijeran al oído: «Eh, viejo, no nos olvidamos de esta fecha y nos alegramos por ti»:

Querido papá:

Espero que al recibo de esta te encuentres bien en unión de todos, nosotros bien.

Hoy día 4, lo primero que hacemos al levantarnos, son estas líneas para que veas que te recordamos con todo el cariño que te mereces, ganado como buen padre que siempre has sido. Este mes como caso especial, nos han cedido dos días de visita que serán el domingo 13 y el viernes 25 y según Mongo nos dijo, Mami piensa venir a vernos este mes, aunque nosotros tenemos muchos deseos de verla, creemos que es mejor que no venga hasta el próximo mes de Enero, pues en primer lugar: si ella viene a vernos ahora, Ud. y las muchachitas se quedarán solos en estos días de Pascuas, que tanta falta hacen las madres en los hogares. Así estos días pasándolas Uds., unidos estaremos mejor nosotros. En segundo lugar: hace solo unos días, el 20 del pasado mes, recibimos

una amplia visita y además seguramente que Myrta y Enma o Lidia nos vendrán a ver en esta oportunidad.

Si es posible nos hacen algunas letras para saber de ustedes, ya que son pocas las noticias que recibimos de esa. Díganos sobre todo el estado de su salud, puesto que últimamente ha estado enfermo.

Bueno, padre, sin más por el momento; déle muchos cariños a todos, un fuerte abrazo a Alfonso de nuestra parte y usted reciba todo el cariño y felicitaciones de sus hijos que le piden la bendición:

Raúl y Fidel

☞ Aguas ☞

Desde el Moncada, don Ángel vivía orgulloso de los muchachos y seguía sus pasos, atento a los detalles, las sutilezas o las noticias. Lina experimentaba una sensación distinta, ella era la madre, y como tal, rezaba fervorosa por la vida de sus hijos, deseando con toda el alma verlos de vuelta en la casa sanos y salvos.

Los perros aullaban afuera y la brisa húmeda de los pinares empapaba las hojas de tabaco y los mosaicos del piso. Don Ángel resbaló a la una de la madrugada. Faltaban horas para las primeras luces. Angelita se encontraba en La Habana y Ramón en Marcané. Enma, Lidia y Agustina, permanecían exiliadas en México. Juanita vivía en la casa. Nadie presintió la urgencia. Al mediodía llegó Ramón. Trasladaron al enfermo al hospital en el poblado de Marcané, donde trabajaba el doctor Jaime de la Guardia Silva. Enviaron un aviso al doctor Fajardo, de Mayarí, y esperaron por el cardiólogo Suárez Pupo que, como debía viajar desde Mayarí, no pudo atender a don Ángel hasta el atardecer.

Según los especialistas, se trataba de una hernia estrangulada. A las cinco de la tarde lo trasladaron al quirófano. Un momento antes, el cura entró en la habitación y don Ángel se confesó y comulgó.

Ramón pasó la noche a su lado, escuchando sus disposiciones para cuando se marchara definitivamente. Hablaba de Fidel y Raúl, y no olvidó mencionar el anillo del brillante que debía heredar Fidel, porque lo había prometido al primer bachiller de la familia. Ramón eludía la conversación. No quería que el viejo pensara en el final, no podía ser que se acabara su tiempo antes del regreso de «sus muchachos», pero al anciano se le apagaron las fuerzas, el 21 de octubre de 1956. Restaban solo cuarenta y dos días para el desembarco de la expedición revolucionaria.

Ramón no sabía cómo avisar a Fidel. Llamó a la CMQ y la emisora radial transmitió la noticia. A Fidel le avisaron sus hermanas; ellas presenciaron su conmoción callada.

Fidel recordaba lo que su padre, anciano y enfermo, decía con frecuencia: que iba a morir sin ver de nuevo a sus hijos. Meditaba cuánto había quedado por preguntar al viejo, por saber de su vida. Habría sido maravilloso conversar con él sobre esas mínimas cosas que, sólo cuando alguien no está, se definen como una nebulosa densa e impenetrable.

Fidel debía crecerse ante la amargura de la pérdida, razonaba y resistía, pero ninguna de esas actitudes mitigaba su pena. Supo la noticia al observar el rostro callado de sus hermanas Lidia, Enma y Agustina, «que tenían algo muy grave que confiarle», reunidas en silencio en la sala de la casa de Orquidea Pino y Alfonso

Gutiérrez, en el Pedregal, aquella casa-cuartel general que, a pesar de la discreción, de alguna manera era siempre ámbito de bullicio, reuniones, encuentros.

Fidel percibía vacía la casa esa vez, como un barco fantasma varado en medio del vendaval. Para él la fortaleza no consistía en la insensibilidad. Necesitaba ser fuerte y lo sería. Solo quien fuera capaz de ser sensible, debía sobreponerse, aunque nunca consiguiera olvidar. Permanecía en silencio y abstraído, perdido en los recuerdos. Colocó los tabacos al lado del agua. Tenía quince años cuando el viejo le brindó por primera vez habanos y vino, como una forma de distinguirlo sin palabras ni elogios, porque respetaba su presencia y autoridad con una discreta admiración inconfesada.

Con el clima seco de México la capa suave de los tabacos se debilitaba y se partía. Tomó uno y comenzó a absorber el humo con la misma fruición con que su padre lo hacía el día que ellos asaltaron el Cuartel Moncada. Años después, en los días difíciles de la Sierra, se acostumbraría a reservar uno en la mochila, para los momentos más reconfortantes y para los más difíciles. Así conseguía soportar la escasez, hasta que llegaban buenas o malas noticias. Si se trataba de un acontecimiento feliz, lo disfrutaba sentado en un horcón caído. Si llegaba una noticia dolorosa, sobre un compañero muerto o un problema grave, entonces se apartaba y fumaba pensativo su tabaco.

Raúl, impresionado y triste, escribió entonces a su hermana Juanita:

Con la muerte de nuestro padre, sé los sufrimientos que estás pasando. El tiempo y el ánimo no me permitieron hacerte unas líneas. A última hora es ya imposible, pero te envío esta foto y con ella todo el cariño que por ti he sentido, reiterándotelo una vez más. Llénate de fortaleza y valor ya que los tiempos que se avecinan así lo requieren. ¡Ojalá los pueda ver pronto a todos!

Fidel telefoneó desde México. El ejército rodeó la casa de Ramón en Marcané. Alguna gente, atemorizada, no asistió al velorio. Dos compañeros del Movimiento 26 de Julio llevaron unas azucenas blancas y entregaron a la familia una nota breve: «Muchos no vienen porque tienen miedo».

Para el entierro, como una larga y lenta ola, llegaron los trabajadores del batey. Conmovía sobre todo, ver a los haitianos más ancianos hacer el recorrido a pie, apoyados en sus bastoncillos de guayabo, a lo largo de los ocho kilómetros hasta el cementerio desolado, demasiado distante de los cedrales y alejado del canto de los mayitos en las copas de los júcaros en el Birán de Ángel Castro, que tanto se parecía por su verdor y el constante fluir de las aguas

a la lejana tierra de Láncara. Don Ángel decía: «En Birán nunca hay seca, siempre llueve» y ponía el oído para escuchar cómo rodaba el agua por las acequias, cómo goteaba del techo, cómo corría por el río cercano, cómo caía abundante de los cielos... y, al final, era el mismo susurro de siempre, el del agua en las piedras de la casa, las aguas del Neira en su memoria y en su corazón.

☞ Hasta las piedras cumplen ☞

*Espíritu del agua sube lento a la atmósfera,
se condensa y es nube llevada por el viento.
Truena, relampaguea, llueve,
y el agua vuelve al agua, no como el polvo al polvo,
sino como regreso vital a los arroyos,
los ríos, las lagunas y las presas.
Hace reír la yerba, sonreír al árbol,
aviva las germinaciones,
penetra en las entrañas de la tierra
y pasa por el filtro de las rocas
que la conservan fresca y pura,
respondiendo al llamado de la sed,
porque las piedras cumplen el mandamiento bíblico
de dar agua al sediento.
Agua para los secos labios,
amor para las almas secas.*

JESÚS ORTA RUÍZ
(Indio Naborí)

✿ Expediciones y hallazgos ✿

Para escribir esta historia de vida, la autora consultó numerosos libros, papelerías y sitios en Internet, que le permitieron familiarizarse con las costumbres y tradiciones gallegas, el contexto histórico en el que se desarrollaron las diferentes etapas de la vida de don Ángel, y las características del paisaje natural y urbanístico de Galicia y específicamente del municipio de Láncara, en España.

También se hizo indispensable un acercamiento al puerto de Cienfuegos por donde don Ángel desembarcó en 1895; a la región de la entonces provincia de Las Villas y los acontecimientos de la guerra que allí tuvieron lugar, pues él era quinto del Batallón de Isabel II que se encontraba destacado militarmente en esa zona; a la Habana de la época en que don Ángel regresó como inmigrante, y a las localidades por donde pasó hasta que se estableció en Birán, en el Oriente de nuestro país.

Los libros consultados fueron *Los pazos de Ulloa* de Emilia Pardo Bazán, 1986; *Hidalgos y Casas Señoriales de la Provincia de Lugo, Ayuntamientos de As Nogais, Pedralito y do Cabreiro y Triascastela y Genealogía de Fidel Castro Ruz, Apellidos Castro y Argiz*, del investigador lucense Luis López Pombo; *Galicia selecta*, 2007.

Anuario Turístico; la novela *Gallego* de Miguel Barnet; la guía turística publicada por la Editorial Everest, 1991, *Láncara, para vivir*, de Julio Giz Ramil; el volumen publicado por Ediciones Boloña, Publicaciones de la Oficina del Historiador, 2001, *1102 días en el Ejército Español, Recuerdos de un soldado en la guerra de Cuba*, José Moure Saco, una compilación y prólogo de Ramón Dacal Moure, y el *Diario de Campaña del Generalísimo Máximo Gómez*. Además, la autora siguió el curso de Historia de España que dictó, en Universidad para todos del Canal Educativo, la Doctora Aurea Matilde Fernández y como invitados, los doctores Leonor Amaro y Reynaldo Sánchez.

En Internet, consultó un gran número de artículos sobre diferentes aspectos de la cultura gallega como los mitos y leyendas, los trajes, las fiestas tradicionales, las construcciones, los utensilios y costumbres domésticas, el mobiliario de las viviendas, y los quehaceres habituales con que a lo largo de la historia se han labrado un camino en la vida los pobladores de Galicia.

Los orígenes, la historia y los sueños del pueblo gallego también fueron motivos de exploración. La emigración como ruta, las navegaciones por la Costa de la Muerte en los vapores de la Compañía Trasatlántica Española, los reclutamientos para las guerras y el establecimiento en paisajes distantes, más allá del Océano Atlántico, constituyeron puntos de un iti-

nerario que también recorrió las riberas del Neira y los montes de Láncara.

Las búsquedas incluyeron además sitios sobre las florestas, la fauna, el relieve y el clima del municipio de Láncara y de toda Galicia.

De especial interés resultó el artículo *Las gentes del norte de España vistas por los madrileños (siglos XVIII y XIX)*, publicado por la Enciclopedia Virtual Miguel de Cervantes, así como la cronología de Máximo Gómez durante la guerra del 95 y otros trabajos que ofrecen información histórica y mapas de los pueblos de Placetas, Caibarién, Camajuaní, Manajanabo, Vueltas y Remedios, en la zona central de la Isla, donde operaba el Batallón de Isabel II, al cual pertenecía don Ángel.

Estas consultas complementan las vivencias y testimonios a que dio lugar la visita realizada a España en junio de 2007. El recorrido incluyó la ciudad capital de España, Madrid, y las ciudades de Galicia: Santiago de Compostela, Lugo y Vigo, y los poblados del municipio de Láncara: San Pedro de Láncara, San Pedro de Armea de Arriba y A Poboia de San Xiáo.

Fue muy revelador acceder a los documentos que guardan los archivos Diocesano del Obispado de Lugo e Histórico Provincial de Lugo, de la parroquial de San Pedro de Láncara, y del Servicio Histórico Militar en Madrid. Unos perfilaron las raíces genealógicas y los sucesos felices y tristes de una familia, otros

definieron fechas y travesías marítimas, avatares en la guerra, regresos y partidas definitivas de la península.

Estas travesías tuvieron punto para zarpar en todo lo investigado y escrito para el libro *Todo el tiempo de los cedros*, de la Casa Editora Abril, 2003.